

PRECIO

$ 1.25

Impreso en la Argentina — Printed in Argentine

NRI EON

CURA ARS



El cura de Ars

HENRI GHEON



Editorial Difusión

HENRI GHEON

EL SANTO CURA DE ARS

Traducción de

A. QUINTANA SOLÉ

EDITORIAL DIFUSION, S. A.
Tucumán 1859 - Buenos Aires

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

Es propio de los grandes corazones descubrir la necesidad principal de la época en que viven y consagrarse a ella.

P. LACORDAIRE

El más grande de los corazones es el corazón de un santo. Porque, no contento de abrirse al prójimo y al desconocido, quiere contener a toda la humanidad pecadora u hostil, es a Dios mismo a quien contiene.

Nunca se ha hablado tanto del amor entre los hombres como desde hace aproximadamente dos siglos. Sin embargo, nunca se ha codiciado más anhelosamente los bienes terrenales, como si tales bienes fuesen inagotables, debidos inmoderadamente a todos, como si esa codicia desenfrenada tuviera delante de sí horizontes sin límites y no tuviese que chocar, tarde o temprano, con cien codicias rivales que, a su vez, exigirán su parte, es decir, TODO cuanto el mundo —que da tan poco— puede dar.

En la cumbre de la ambición insaciable están todas las crueldades, la envidia, el odio, la rebelión, la guerra, y la caridad no empieza sino donde comienza a renunciarse a la ambición.

Cabe preguntar si es humano amar a los hombres,

pese a que cada hombre lleva en sí un germen herido de amor al prójimo.

Eso es inhumano. Eso es sobrehumano. Eso presupone una gracia de lo alto, la visión oscura o clara de un fin que excede al hombre y del que el hombre tiene su dignidad esencial. No está permitido a los hombres amarse verdaderamente entre sí, sino como hijos de un mismo padre. Fuera de ese parentesco común, ninguna inclinación, ningún lazo podrá unirles de modo duradero y perdurable. Los lazos del placer son frágiles, los lazos del interés son duros.

Asimismo, su amor a Dios da la medida de las almas grandes, adviértanlo ellas o no, o compréndanlo a medias.

Tal es el secreto de la caridad milagrosamente activa que floreció en el corazón y abrasó el de Juan María Bautista Vianney, sacerdote contemporáneo, destinado, al parecer, a devolver su sentido verdadero a esos "ideales cristianos que se han enloquecido" (Chesterton), que, a los tres años de su nacimiento, Francia, posesa, lanzaba a todos los ámbitos del universo.

CAPITULO I

LA JUVENTUD DE JUAN MARIA

Verdaderamente, uno se sentiría tentado de convertir en cuento esta ingenua y maravillosa historia, que no es tan ingenua y maravillosa sino por ser verdadera y de una veracidad profunda.

Se comenzaría así:

"Había una vez, en Francia, en la provincia de Lyon, un pastorcito cristiano que, desde su más tierna edad, amó la soledad y a Dios.

"Como los Señores de París que habían hecho la Revolución impedían a la gente rezar, iba con sus padres a oír Misa al fondo de un granero.

"Los sacerdotes se ocultaban y cuando eran apresados, les cortaban la cabeza.

"Fué por eso que Juan María Vianney alentó el ensueño de hacerse sacerdote.

"Pero si bien sabía rezar, no disponía de la sabiduría. Guardaba las ovejas y labraba los campos. Entró tarde en el seminario y fracasó en todos sus exámenes.

"Como las vocaciones se hacían escasas, al fin de cuentas se le aceptó de cualquier manera.

"Fué nombrado párroco de Ars y allí permaneció hasta morir.

"El último sacerdote de Francia y en la última aldea de Francia.

"Pero fué un verdadero párroco, lo que no sucede a menudo.

"Lo fué tan completamente que la última aldea de Francia tuvo el primer párroco de Francia y que Francia entera viajó para verle.

"Entonces, convertía a todos cuantos se le acercaban y si no hubiera muerto, habría convertido a Francia entera.

"Curaba las almas y los cuerpos; leía en los corazones como en un libro.

"Y la Santísima Virgen le visitaba, y el demonio le tironeaba de los pies, pero no acertaba a impedirle ser un santo varón.

"Fué investido canónigo, caballero de la Legión de Honor, y luego Bienaventurado.

"Mientras vivió, nunca pudo comprender por qué.

"Y esa era la mejor prueba de que había merecido su gloria.

"Esto sucedía en el siglo XIX, que en el Paraíso, donde se conoce el valor real de las personas, se llama el siglo del Cura de Ars.

"Pero Francia no se apercibió en absoluto".

Es la pura verdad. Pero hay que ver la otra faz. En el reverso está el drama, centro de mil otros dramas: el hombre que salva, y a qué precio salva — y millares de hombres salvados.

El cielo, la tierra y el infierno concurren a ello. Para evocarlo se precisarían cinco o seis Balzac. *La Comedia Humana* es un juego de niños, comparada con la que se representó en Ars, durante más de treinta años

y exactamente en el mismo tiempo. Todos los hilos entre las manos de un pobre sacerdote.

No apuntemos tan alto, pero reunamos honradamente los rasgos exactos que varios testigos y tres biógrafos del santo, los señores Monnin, José Vianney y Francisco Trochu, nos ofrecen en sus memorias y en sus libros. El material es inmenso y no lo agotaremos. Pero si nuestro trabajo pone en el lector el deseo de compenetrarse más, habremos alcanzado nuestro fin. No inventaremos nada. Este librito es su verdadera historia.

II

Una vocación. He aquí un gran misterio. Sin embargo, es preciso aportar una explicación.

A fines del siglo XVIII, la nobleza y el pueblo ya casi no creen. Pero el campo ha conservado intactas sus tradiciones; por lo menos en ese rincón lionés, donde los habitantes fueron siempre derechos y tercos, con un matiz de jansenismo. Se asegura también, auténticamente, que Pedro Vianney, el abuelo de Juan María, recibe en su casa a vagabundos.

No es que no se encuentren malos sujetos por los caminos. Pero se desconfía menos que hoy y, por encima de la prudencia humana, se coloca todavía la verdad evangélica, según la cual un pobre, todos los pobres, son la imagen viva de Cristo.

Todos los biógrafos del santo cura han prestado gran atención a la misteriosa visita de un célebre mendigo a ese campesino que indudablemente no ha leído a Rouseeau. Sin embargo, vamos a decir para quienes lo ignoren, quién era Benito José Labre.

Escándalo y prurito de su siglo, ese hombre extraño había ido de Artois a la Trapa de Sept-Fonds para

llevar allí la vida más dura que fuera posible. Su salud no lo resistió. Entonces se hizo peregrino y, sin techo, se entregó a la vida al aire libre. Como en otro tiempo San Alejo, fué desde entonces "el pobre" rechazado, burlado y apaleado; acogido algunas veces con benevolencia; él nunca la tuvo para sí mismo. Ayunaba tres veces por semana, sufría el frío y el calor, soportaba plagas de insectos asquerosos y molestos, rezaba sin cesar y no hablaba nunca. Contestaba con un movimiento de cabeza con la mayor afabilidad. Visitó todos los santuarios célebres: Roma, Loreto, Compostela, pasó la mitad de su vida andando y la otra mitad de rodillas delante del altar. Murió de miseria, a los treinta y cinco años. Era como la sombra dolorosa de Cristo que atravesó por este mundo refinado e incrédulo, para advertirlo, para protegerlo tal vez, del próximo desastre.

Así, pues, este mártir de los caminos se presentó en 1770 en la casa de Pedro Vianney, que quedaba camino de Roma. Fué nutrido y muy bien acogido y hospedado. Incluso adivinado. Se le rogó que bendijera a los niños. Entre éstos se hallaba el pequeño Mateo, que llegaría a ser padre de Juan María.

¿Fué por casualidad que llamó a esa puerta? ¿Fué por casualidad que, diez y seis años más tarde, el nieto de Pedro Vianney recibiría el nombre del Bautista y del discípulo bien amado, unido al de la Santísima Virgen?

La Providencia no hace nada sin tener sus motivos.

El nombre de pila es también una protección, mejor dicho, nos da un protector.

Así, los santos son siempre procreados espiritualmente por otros santos, vivos o muertos, que acuden en ayuda de su familia natural.

Este nació bajo el triple signo de la humildad, de

la pobreza y de la castidad cristianas — y esas palabras, que son sinónimos de amor, significaban algo para sus padres.

III

Al norte de Lyon, en medio de un paisaje cambiante y verde, existe un pueblo de algo más de mil almas, que se llama Dardilly. Allí puede verse todavía la casa granja, bien firme y conservada, donde vivían el padre y la madre de nuestro héroe. Mateo Vianney y María Beluse fueron padres de seis hijos. El cuarto era Juan María.

Es un poco difícil imaginar la vida que llevaba una familia de campesinos en aquellos tiempos. Hay que pensar a la vez en los hermanos Le Nain y en las litografías que representan *"la bendición en la cabaña"*. Mucho trabajo, pero mucha paz. La tierra exigente que arrastra hacia abajo, pero la fe entera que impulsa hacia arriba. Se cree sólidamente. Se habla de historia sagrada en familia, lo mismo que hoy se comentan las noticias dudosas que traen los diarios; la palabra de los Profetas vale más que la de los periodistas. Y se reza en común la oración de la tarde.

Juan María aprende al mismo tiempo como nació Jesús y como brota el trigo. Aquello no le sorprende más que esto: lo que es, es. Cuando tiene la edad necesaria para ir a trabajar al campo, lo mandan allí a cuidar los animales. Es un muchacho despierto, reflexivo, que sabe que su padre es un buen obrero y admira la piedad de su madre. Como decía él mismo más tarde: "La virtud pasa fácilmente del corazón de las madres al de los hijos".

El trabajo sordo del escrúpulo, el rigorismo, se ex-

plican fácilmente en un Luis de Gonzaga, que nace en el ambiente inimaginablemente disoluto de una corte del Renacimiento. Si no quiere enlodar su alma, no tiene más recurso que vivir con los ojos bajos. Juan María, en cambio, mira de frente; nada puede escandalizarlo. Pero la impetuosidad de su naturaleza se halla doblada con una necesidad de recogimiento que ya se pone de manifiesto. Dirige sus miradas hacia el interior, no tanto para ver el *mal* —que sólo conoce de oídas— como para ver mejor el *bien*. Por encima del trabajo justo, de la vida regular, de los hábitos de oración, en una palabra, del espectáculo diario que por suerte tiene frente a sus ojos, tiende hacia el Bien Soberano del que dependen todos los demás. Le gustan el trabajo y el juego, pero ha descubierto algo mucho mejor. Nada pusilánime, sino magnánimo, se abstiene para poseerlo todo.

Uno de los hermosos cuadros de Pablo Borel (1), única justificación desde el punto de vista artístico de una basílica menos que linda, refleja una tradición que nada contradice. Una tarde, la madre, que busca en vano a su hijo, lo descubre en el fondo del establo. Está de rodillas entre la paja y alza entre sus manos una estatuíta de la Santísima Virgen, que constituye su juguete predilecto. No oye entrar a su madre: reza. Es un juego extraño a los cuatro años de edad. Pero los niños suelen desconcertar a las personas mayores: la originalidad no los asusta. ¡Loco sería quien juzgara su porvenir de acuerdo a las ocurrencias espontáneas de su fantasía! ¡Y más loco aún quien osara responder de la persistencia de sus buenas disposiciones!

Excepto, sin embargo, en el caso de que deban defenderlas. Un poco de contrariedad no perjudica a los sentimientos profundos del alma. Si nuestra naturaleza

(1) Que decora la actual Basílica de Ars.

débil, olvidadiza de su bautismo, hubiera tenido que recobrar sus derechos sobre el alma del pequeño Vianney, la miseria de la época se hubiera opuesto a ello con una violencia decisiva. Un año más y tendrá que ocultarse para obrar bien. A pesar suyo, la Revolución Francesa va a colaborar en la formación de un santo.

IV

En el pueblo de Dardilly, aquel gran acontecimiento había pasado desapercibido. Un sacerdote juramentado había substituído al venerado párroco de la parroquia; porque éste, luego de haber jurado, se había retractado de su vergonzoso juramento. Los Vianney no sospechaban que tenían que habérselas con un hereje. Pero su modo de hablar, más constitucional que edificante, terminó por abrirles los ojos. Poco a poco, los fieles desertaron de la vieja iglesia. Empezaba la persecución.

Se ocultaba a los sacerdotes proscritos. Se les procuraba un refugio, un rincón oculto, un disfraz y víveres. Todo el mundo se daba cita para el domingo en un lugar secreto. Iban allí de noche. A veces, el camino era largo. Un granero hacía las veces de iglesia y una artesa de altar. Estaba prohibido rezar en voz alta. El sacerdote corría el riesgo de ir a parar al cadalso y los fieles a galeras. En aquella época valía la pena ser cristiano.

No, no eran Misas comunes aquellas a las que asistía Juan María. El mismo sacrificio, pero con todo su precio, puesto que el Don de la Sangre de Dios comportaba el don de sí mismo. ¿Qué es un sacerdote?, se preguntaba el niño. Un hombre que acepta la muerte para seguir siéndolo. Era preciso que el sacerdocio fuese una dignidad muy alta y muy hermosa, y que la muer-

te, determinada muerte, abriese a la vida todo un horizonte.

El pueblo estaba triste desde que las campanas dormían. La estatuíta de la Santísima Virgen que Juan María llevaba consigo a la cama todas las noches, había tenido que ser escondida en un armario o detrás de un artesonado, junto con las imágenes de los santos y el Crucifijo. . . Se desterraba a Dios de Francia.

El niño debió prometerse hacerlo volver.

V

En nuestro siglo frenético, nadie envidia la condición de pastorcito de rebaños. Silencio, soledad, ocio, todo cuanto hace falta para alimentar el alma. Los de hoy —todavía se precisan— apenas saben leer, llevan consigo al campo malas novelas folletinescas y sueñan en el cine. En aquellas épocas más humanas, hasta los muchachos llevaban en su zurrón unas medias para tejer. Miraban a su alrededor, y no solamente a las truchas que podían pescar en el río, o los pajaritos que podían cazar con sus trampas. Rezaban más, también, o se hallaban en mejores disposiciones de rezar. No se les había enseñado que el cielo pertenece a los aviadores. Si no lo hubiesen sido por naturaleza, por lo menos no se les había privado los medios para serlo. Y esa es la razón por la que tantos pastores y pastoras se convirtieran en amigos de Dios.

Después de haber tejido un buen rato, Juan María se brindaba el lujo de la oración. Bastante hábil en los trabajos manuales, modelaba con arcilla pequeñas imágenes de santos, con mayor frecuencia la de la Santísima Virgen. La colocaba en el hueco de un viejo sauce, la adornaba con flores silvestres y rezaba ante ella su rosario.

Constituía una curiosidad para los pastores de la vecindad, que vivían sin Misa desde tres años atrás. Sus padres no tenían el celo y el heroísmo de los Vianney; frente a las iglesias cerradas, se habían resignado perezosamente a no seguir creyendo.

Le preguntaban que es lo que hacía él allí y quién era aquella mujercita de arcilla. Entonces daba las explicaciones solicitadas, encontrando gran placer en ello. No por vanidad, sino por convicción y, también, por piedad hacia aquellas pobres almas. Las verdades recibidas de labios de su madre, de los sacerdotes refractarios cuyas enseñanzas seguía a escondidas, sin duda también de Dios mismo, que lo elevaba ya a la sabiduría por el amor, acudían milagrosamente a sus labios. Los oyentes, sentados en la hierba, formaban círculo a su alrededor. Supongo que si alguien hubiese tomado notas del contenido de aquellas lecciones de catecismo improvisadas, las habría encontrado casi idénticas a las que iba a impartir treinta años después en el orfelinato de "la Providencia". Contará más de sesenta años de edad, habrá convertido acaso a más de cien mil pecadores, pero será todavía un niño que habla: el tono directo, la frase popular, el sentido al desnudo.

"Hijos míos, hay que amar a Dios más que a todo.

"Hay que honrar a sus padres y obedecerles.

"No hay que pecar, porque el pecado es una ofensa.

"Si pecáis, arrepentíos y corred a haceros lavar".

Uno de sus sermones nos pone de manifiesto un rasgo de la vida pastoral en la que ha debido inspirarse en ese valle de Chate-Merle, donde presentía ya su sentido profundo:

"Habrá que proceder como los pastores que están en el campo durante el invierno — la vida es un invierno muy largo—: encienden fuego; pero de vez en cuando van de un lado a otro en busca de leña para

conservarlo. Si, al igual que esos pastores, supiéramos mantener siempre encendido el fuego del amor a Dios por medio de oraciones y de obras buenas, no se apagaría nunca."

Los adultos, los "vivos", debían muchas veces echarse a reír. Pero como también él sabía reír, quedaban cohibidos y escuchaban como los demás.

Aquel misionero de siete años se hizo popular entre los Pastores. Ya no se negaban a rezar con él, a cantar salmos, a tomar parte en la procesión. Porque se le había ocurrido pasear la estatuíta de Nuestra Señora alrededor del prado, detrás de una cruz construída con madera sin desbastar. En aquel juego que era un culto, desempeñaba el papel de oficiante; imponía a todos la gravedad conveniente y, cuando era preciso, el silencio. Sus jóvenes compañeros se hallaban convencidos, como él, de que hacían algo noble, bello, meritorio y —lo que no disminuye en nada el valor del hecho—, prohibido.

A los ocho años aprendió a leer.

A los diez años confesó con uno de aquellos sacerdotes siempre perseguidos, que iban de pueblo en pueblo disfrazados con indumentaria laica. El acontecimiento tuvo lugar en su casa, "al pie del reloj" según precisa él mismo.

Tenía más de trece años cuando hizo su primera comunión, junto con algunos otros niños, en un castillo de los alrededores, detrás de los postigos bien cerrados.

En 1800 las iglesias fueron abiertas nuevamente. Dios había regresado. Pero muchos lo habían olvidado.

Por suerte, Ecully —lugar próximo a Dardilly—, país natal de la madre de Juan María, recibió como párroco a un apóstol que se llamaba Padre Balley. Era a él a quien debía corresponder el honor y la misión de adivinar, alentar y formar al futuro santo.

VI

El Padre Balley estaría actualmente en los altares, si Dios llamara a ellos a toda la Iglesia de sus Santos. Pero sólo nos hace conocer y honrar a un reducido número de ellos, aquellos a los que asigna un papel personal y terrestre, si cabe decirlo así, en la tragedia de nuestra salvación.

Entre un hermano apóstata (que posteriormente abjuró de su apostasía) y otro hermano mártir de la fe, el Padre Balley poseía un alma firme y *desgarrada*, exaltada por el ejemplo del sacrificio y por la necesidad del rescate. Satanás había diezmado varias veces el ejército de los buenos sembradores y, sin embargo, la cosecha era grande. Era preciso suscitar y educar obreros nuevos.

También el padre de los Vianney, a medida que iba haciéndose viejo, necesitaba obreros que le ayudasen. Ahora, Juan María ayudaba a su hermano mayor en la tarea. Trabajaba concienzudamente; a menudo más de lo que sus fuerzas permitían. Endurecía en la tarea su cuerpo, destinado a asumir tantas penas y trabajos.

Pero su vocación le seguía a todas partes. Leía el *Evangelio*, la *Imitación*, la *Vida de los Padres*. No experimentaba la menor impaciencia. Esperaba la hora de Dios. Su madre había adivinado su secreto. Obtuvo del jefe de la familia el permiso necesario para mandar a Juan María a *instalarse* en casa de su tía Margarita Humbert, para que pudiera recibir las lecciones de un sacerdote.

Nunca se alcanza a comprender lo más hermoso. ¿Qué fueron esos cinco años de "vida oculta" (manejaba el arado como Nuestro Señor el cepillo) para ese gran muchacho delgado, sarmentoso y torpe, que veía pasar el tiempo sin que le *aproximara a su finalidad?* ¡Cuán-

ta aceptación, cuánta dulzura, cuánta perseverancia! Después de lo cual, casi sin estudio —algo menos que una enseñanza primaria, poco más que un analfabeto—, ese labriego de diez y nueve años se presenta al Padre Balley.

Al principio, éste le había rechazado. Pero cuando le oyó hablar tan vivamente, tan finamente (como esos campesinos de antigua raza que llevan en la sangre lo acumulado a través de varios siglos), tan firmemente de la única ciencia valedera, de la que procede de Dios, el teólogo le abrió los brazos.

¿Carecía nuestro escolar de memoria o solamente de ejercitación? ¿Tenía, como se ha dicho, la cabeza demasiado dura? Se encuentra frente a sus libros como un niño que toma la azada y es demasiado débil todavía para hacerla morder en la tierra que tiene la misión de remover. Trató de vencer aquella estupidez con el medio que utilizará toda su vida y al que deberá sus triunfos más seguros sobre la inercia del compuesto humano, en el que el espíritu está como *dominado* por la materia; la mortificación de los sentidos.

En la mesa de su tía, no come más que sopa. Se arregla para servirse antes de que se le eche la manteca. Reduce su ración de pan. Multiplica las obras de misericordia; así, por ejemplo, cambia en un camino sus alpargatas nuevas por los viejos zuecos de un mendigo. Reza hasta el agotamiento. Vela hasta caer enfermo. Pero su espíritu no se abre y está a punto de renunciar.

Entonces, toma su bastón y parte. Como Benito José Labre, mendigando un pedazo de pan y un rincón donde dormir, escala la montaña de Louvesc, en Vivarais. Allí es donde murió por los pecadores el santo Padre jesuíta Francisco Regis, y allí donde se honran todavía sus despojos mortales. Puede decirse de él que cayó en el confesionario, evangelizando sin descanso a un

pueblo que había vuelto al salvajismo, superando sus propios males, difiriendo su propia muerte, para arrastrar consigo, hasta el último hálito, algunas almas, más hacia Dios. Juan María ignora que la Providencia le tiene reservado igual destino. Recorre cien kilómetros de camino y de senderos pedregosos; cae de rodillas ante su protector, pidiéndole consejo, fuerza y luz. Y San Francisco Regis contesta.

Parece ser que, al regresar, se alzó repentinamente un velo; un rocío celestial cayó de pronto sobre la corteza opaca de su memoria. Aprendió y comprendió; pudo darse cuenta de que no era tan tonto como creía.

Pero, apenas superado el obstáculo, se le atravesó una nueva prueba.

VII

Algunos biógrafos bien intencionados se han esforzado sobremanera para justificar o disculpar lo que, entre los enemigos de la Iglesia, se conoce como la deserción del Cura de Ars. Nuestra posición es bien clara. Si hubo tal deserción, el joven Juan María tenía el derecho y el deber de desertar.

En la actualidad, el impuesto de la sangre es exigido a todo ciudadano francés "en estado de empuñar las armas". La última guerra ha demostrado que nadie piensa en susbstraerse a él, excepto algunos cobardes y unos cuantos locos. Pero esa ley inexorable que en el estado actual del mundo parece necesidad de bien público, no por ello deja de ser absurda y monstruosa. La aceptamos resignadamente, y en algunos casos con alegría, pero nos está permitido odiarla. Es una señal manifiesta de regreso a la barbarie. En los tiempos más pacíficos, más cristianos (y más civilizados, dígase lo que se quie-

ra), de los ejércitos de mercenarios, los pueblos y los reyes hubieran sentido vergüenza y horror de una ley semejante. No puede creerse que en 1809, época en que Juan María fué llamado, la cruzada diabólica predicada y desencadenada por la Gironda y las locas campañas de Napoleón que fueron su consecuencia directa, hubiesen curado a los campesinos franceses de un estado de espíritu milenario que tenía a su favor la justicia, la humanidad y el buen sentido. No había nacido aún el ciudadano abstracto, que no por ser considerado así sufre menos de modo concreto. En cualquier caso, un creyente no podía concebir que los ministros del Dios de la paz fueran lanzados por el Estado a una aventura sangrienta y obligados por la ley a prepararse para ella. Si el punto de vista ha cambiado, si el concepto de la "guerra total" ha prevalecido sobre el otro y en 1914 admirables sacerdotes y religiosos han luchado por la patria sin vacilaciones, esa necesidad atroz no deja de ser sumamente deshonrosa para el siglo que la impuso. Cualquiera que sea nuestra opinión al respecto, el hecho positivo es que no cabe asimilar el deber de conciencia de un seminarista durante las guerras napoleónicas, con el de un sacerdote soldado frente a Verdúm o en el Marne. Juan María se debía a sí mismo y debía a su función y a su Dios, la negativa a obedecer.

Expuesto lo que antecede como justificación de principios, pasemos al examen de los hechos.

El joven Vianney había recibido los Dones del Espíritu Santo renovados de su Bautismo, de la mano del Cardenal Fesch, tío del emperador, quien confirmaba a los *retardatarios* de su diócesis, todo lo atrasado de la Revolución, a razón de dos a tres mil por día, según se dice. Algunas semanas más tarde, la administración militar le remitía su orden de reclutamiento. Hagamos notar, para ser justos, que un privilegio especial eximía a

los alumnos eclesiásticos. Juan María lo había aprovechado por espacio de tres años. Pero, seguramente, la autoridad eclesiástica debió olvidarse de hacer una nueva declaración. Fué inútil reclamar; el departamento de guerra fué inexorable. España resistía y el Emperador reclutaba por la fuerza a cuantos hombres quedaban todavía en pie.

Juan María aceptó. Juan María aceptaba siempre, porque en todo veía la mano de Dios. Si Dios quería su sangre, daría su sangre. Si quería conservarle en el mundo para otros fines, provocaría oportunamente las circunstancias necesarias. Se dirigió al cuartel de Lyon; allí cayó enfermo. Habiéndose dirigido su regimiento a Ruán, lo siguió a esa localidad, pero tuvo que internarse en el hospital. Cuando estaba ya casi curado, fué anotado en el contingente que partía para el ejército de España.

"¡Sea! ¡Es la ley!", dijo a la Hermana enfermera. Tomó su fusil y su mochila.

Pero antes de partir, su amor apasionado a Dios le indujo a entrar en una iglesia. Depositó la carga de su sacrificio a los pies de su Amo y Señor. Rezó largo rato, demasiado rato seguramente. Cuando terminó su oración, el destacamento ya estaba lejos. Regresó al cuartel, se explicó como pudo, fué abundantemente insultado, castigado tal vez, amenazado con la cárcel... Sin embargo recibió su plano de ruta, con la orden de "reincorporarse" rápidamente.

Era inútil que el pobre soldado se esforzara; no conseguía ganar su retraso. Tuvo miedo de haberse equivocado de camino. Una tarde, se detuvo en las montañas de Forez para descansar un rato bajo los árboles. Entonces, aprovechándose de su cansancio, un hombre, que no era el demonio, vino a tentarle.

—¿Eres soldado? —le preguntó el desconocido.

—Sí, señor.

—¿Vas a reincorporarte?

—A eso voy, en efecto.

—¿No piensas salir en seguida?

—Me sería imposible.

—En tal caso, ven conmigo. Conozco un lugar donde podrás dormir como es debido...".

Aquel hombre, que se llamaba Guido, era un desertor. Juan María le siguió, fué vencido por el sueño y al día siguiente se dejó convencer de la imposibilidad en que se hallaba, a pesar suyo, de reunirse con la retaguardia. ¿Qué hacer? La voluntad divina. Esta había hecho de él un soldado primero y luego un desertor.

... ...

Permaneció dos años escondido.

En la aldea de Robins, cerca del pueblo de Noës, en un paraje boscoso donde resultaba fácil burlar a los gendarmes, tuvo la suerte de dar con un alcalde rebelado (aunque no en forma declarada) contra el régimen imperial. Aquel magistrado albergaba ya en su casa dos infractores. Vaciló en resolverse a llevar consigo a un tercero; pero se le ocurrió hospedarlo en casa de su prima, una tal Claudina Fayot, Bouffaron de soltera.

Juan María pasó dos meses en el establo; era un lugar especial para meditar sobre la Natividad. Luego, bajo el nombre simulado de Jerónime Vincent, fué presentado a los niños como un primo joven que se hallaba de pasada. Por la noche, les daba lecciones. Durante el día trabajaba para sí y prestaba algunos pequeños servicios en el interior de la casa. Rara vez salía al exterior y tenía que privarse de asistir a Misa. Revivió las alarmas de su infancia, cuando la autoridad realizaba registros para tratar de descubrir a un sacerdote escondido en casa de sus padres. ¡Cuántas veces tuvo que correr a ocultarse en el desván para eludir una captura! Se dice que un día, un gendarme celoso del cumplimiento de

su deber le pinchó con su sable al sondear un montón de heno. Al principio, su piedad extraordinaria había sorprendido a sus huéspedes; no tardó en conquistarles y, cuando llegó la hora de partir, todo el mundo lloró. Hasta en sus últimos días, consideró siempre a sus "primos" como una segunda familia.

En la otra, en la de Dardilly, ya no se creía poder volver a verle. Por prudencia, permaneció un año entero sin dar noticias suyas. Se tuvo paciencia otro año más. La situación no podía prolongarse. Se salió de ella haciendo rescatar al desertor por el menor de sus hermanos: éste consentía en adelantarse a la incorporación, a cambio de una suma de tres mil francos a percibir sobre la parte correspondiente a Juan María.

Así terminó aquel escándalo, del que un amigo del santo decía que "ya sea de buena fe, bien por el convencimiento de una intervención sobrenatural, nunca constituyó una carga para su conciencia".

Dios no permite que los poderosos del mundo malgasten sus elegidos, ni contraríen sus designios.

VIII

Juan María regresaba justo a tiempo para ver morir a su pobre y santa madre. Le confió su anhelo, para que lo transmitiera a Dios. Ella no dejó de hacerlo, puesto que el Padre Balley volvió a recibir su alumno. Aceptó darle hospitalidad, alimentarlo y prepararlo para entrar cuanto antes al pequeño seminario de Verriéres.

En aquel establecimiento, reabierto secretamente, desafiando los decretos en los que el Emperador hacía notar su descontento al Episcopado y a Roma, el nivel de los estudios era muy bajo. Sin embargo, la sabidu-

ría de Juan María quedaba todavía a un nivel inferior. Era de mayor edad que su profesor y sabía menos que el más joven de los alumnos. Fué el motivo de la hilaridad de sus colegas filósofos; pero le gustaba que se rieran de él y nada le desalentaba de esperar. Trabajaba mal y rezaba bien. Fué allí donde trabó relación con su cofrade aspirante a la santidad, Marcelino Champagnat (1), alumno insuficiente como él. Tal vez fueron los únicos en discernir, el uno en el otro, el signo divino que les valía su ignorancia. Pusieron sus dos debilidades en común.

Volvieron a encontrarse en San Ireneo, el gran seminario de Lyon. Pero allí fueron menos pacientes. La buena voluntad no vale nada cuando no da resultados. Después de seis meses de pruebas, Juan María fué despedido. ¿Qué podía hacerse con un seminarista tan obstinadamente rebelde al latín?

Entonces, como pequeña compensación, pensó en hacerse lego con los Hermanos de la Doctrina Cristiana. Pero, una vez más, el Padre Balley lo tomó por su cuenta. Lo llevó de nuevo a su casa, le consagró todo su tiempo y toda su paciencia y tuvo la audacia de presentarlo como candidato a las Ordenes menores. Se hacía garante de su capacidad, insospechable para todos los demás. ¡Ay! El pobre muchacho perdió la cabeza, contestó equivocadamente y desalentó a sus examinadores. Pero el Padre Balley insistió. Obtuvo para su protegido el favor de un nuevo examen, cuyo resultado fué algo mejor que el del primero. Entonces se resolvió recurrir al Arzobispo. Pero el Cardenal Fesch había tenido que abandonar rápidamente Lyon con motivo de la abdicación del Emperador, y le reemplazaba su vicario general. Este era un hombre sencillo y religioso, que sólo se preo-

(1) Fundador del Instituto de los Hermanos Maristas.

cupó de la piedad del joven. ¡Había tan pocos sacerdotes para tantas parroquias abandonadas! ¡Oh! Acerca de aquel punto, el Padre Balley podía garantizarlo.

"¡Sea! —resolvió el gran vicario—. La gracia de Dios hará lo demás".

El milagro ininterrumpido del éxito que relatamos, es que desde el primero al último día, fué guiado, sostenido, explicado, —única y exclusivamente—, por la gracia. De parte del hombre, nada. — Y todo de parte de Dios.

Así, pues, el día de la Visitación, en la iglesia de San Juan de Lyon, el seminarista Vianney recibió por merced especial todas las Ordenes menores y el sub-diaconado, de manos de Monseñor Simon, llegado expresamente del Isere.

El año siguiente, en el mismo lugar, el mismo prelado le ordenaba diácono.

Unos pocos meses más tarde, Juan María, a su vez, se dirigía a pie a Grenoble, para ser consagrado sacerdote por las mismas manos. La ceremonia tuvo lugar en la capilla del gran Seminario; era el único que se ordenaba. Y todavía se había hecho una reserva: siendo demasiado poco versado en Teología moral, los poderes del Confesor no le serían concedidos sino mucho más tarde.

Este acontecimiento —que lo era— se ubica en la historia del mundo en la fecha del 13 de agosto de 1815, algo menos de dos meses después de Waterloo. El día siguiente, víspera de la Asunción, el campesino Juan María Vianney subía al altar para ofrecer en él a Dios el sacrificio de Su Hijo y el de sí mismo.

CAPITULO II

LA CONVERSION DE UN PUEBLO

I

Antes de ser destinado a Ars, el Padre Vianney estuvo tres años como vicario en la parroquia de Ecully, junto al anciano Padre Balley.

"Quería usted que fuese sacerdote. Pues ahora que lo es, guárdelo".

Tal es el sentido, si no el tono, de las frases que más o menos debieron pronunciar algunos familiares del arzobispado, canónigos, que no dejaban de ejercer influencia en los nombramientos del clero. Pero ya su maestro se había adelantado a reclamarlo, sabiendo perfectamente que cualquier otro sacerdote no comprendería al nuevo vicario.

En Ecully, el padre Vianney tiene parientes; ha vivido allí mucho tiempo; se le conoce ya y se le quiere; podría decirse que se le espera. Es algo digno de destacar que por allí donde pasa, la gente sencilla lo adivina antes que los sabios y dedican a su persona una reverencia especial. Apenas llega, lo asaltan. Habla en forma mediocre y los fieles acuden en número extraor-

dinario a oír sus sermones. No tiene el derecho de confesar y todo el mundo le consulta. De la noche a la mañana se encuentra cara a cara con el mundo. ¡Qué espectáculo!... Y ¡qué espanto!

Ha pasado el tiempo huyendo del mundo. A los once años imploraba a Dios que le concediera la soledad. Por lo menos, ha vivido siempre retraído, entre gente de bien o que querían hacerlo; su familia de Dardilly, la de Noës, la de Ecully. No ha conocido el pecado mortal sino a través de los libros. Se ha conservado escrupulosamente casto, negándose desde su menor edad a las caricias de una niña. Y he aquí que el mundo herido le muestra su herida, en la que han penetrado a menudo los gusanos. ¿Sospechaba que al hacerse sacerdote de Cristo se exponía a esta contemplación? Y él mismo, frente al mal, ¿no será tentado hasta el extremo vergonzoso de la *herida* original? Desde el momento que se conoce el mal, resulta más difícil hacerle frente.

Semejante tentación fué confesada posteriormente a medias por el Padre Vianney, al revelar a un confidente suyo que en aquella época había hecho voto de recitar todos los días un *Regina Coeli* y una invocación a la Inmaculada Concepción, para librarse de las imágenes impuras. "En esa forma —agregaba— fuí liberado para siempre". Pero, siguiendo el ejemplo del Padre Balley, agregaba a ello mortificaciones tan crueles, que ambos se atrajeron reprimendas de su vicario general.

Se alimenta miserablemente; lleva un cilicio; se entretiene adrede junto a los enfermos contagiosos; se desviste y tirita para vestir a los pobres; niega a su cuerpo la sombra de un consuelo. De acuerdo a la hermosa expresión que su biógrafo más reciente pide prestada a San Francisco de Sales, se persigue tan bien que obtiene la gracia sublime de "ver a todo el mundo, sin mirar a nadie". Las caras, las manos, los cuerpos, no son,

para él, más que signos del alma; no poseen otra belleza que la que el alma ha inscrito en ellos.

Bajo la regla específicamente monástica adoptada en la casa parroquial, el Padre Vianney reanuda el estudio de la teología, pero de un modo práctico, con vista a las necesidades inmediatas. Su maestro le plantea los casos de conciencia más delicados y oscuros y se sorprende de la seguridad con que los resuelve. Entonces advierte que sus lecciones no hacen otra cosa que despertar un don ya depositado en el alma del joven sacerdote por el Espíritu Santo y suplica a la autoridad superior que haga que las almas puedan aprovecharlo cuanto antes.

La primera que se abre ante el Padre Vianney en el santo tribunal de la Penitencia, es la de su propio párroco.

Así, pues, el futuro cura de Ars, que confesará millares de pecadores, y grandes pecadores, inicia su ministerio con la confesión de un santo.

Un santo se cree siempre pecador. Lo es siempre un poco en relación con el común de los hombres y mucho en relación con el modelo de perfección que no deja de proponerse. Antes de morir, el Padre Balley entrega a Juan María sus instrumentos de penitencia.

"Toma, mi pobre Vianney —le dijo (según el informe del Padre Monnin)—: Esconde esto. Si lo encontraran después de mi muerte, creerían que he hecho algo para la expiación de mis pecados y me dejarían en el purgatorio hasta el fin del mundo".

Si un santo habla así, no es fácil salvarse. Tal es el punto de partida de la vida penitente y apostólica del nuevo sacerdote, que *pierde el guía a quien guiaba;* es el ejemplo vivo del que va a vivir; el "rasero de oro" con el cual deberá medir a los otros — y a sí mismo. Tales recuerdos son una herencia tan pesada como pre-

ciosa. Junto con su tricornio, su vieja sotana y algunos muebles, eso es todo cuanto lleva consigo el Padre Vianney, que acaba de ser nombrado párroco en un pueblecito oscuro de las Dombes, el día siguiente a aquella muerte.

II

Abandona su suelo natal; ya no volverá a él sino de paso.

En ese cuadro rápido que resume treinta y dos años de su vida —*y de vida en el campo en un hermoso decorado*—, se nos reprochará que hayamos sacrificado el paisaje. No pretendemos afirmar que Juan María Vianney no quiso a su *país* y permaneció siempre insensible a la nobleza risueña de la comarca lionesa donde nació, creció y se hizo hombre. Sus catecismos están llenos de alusiones a los esplendores de la creación natural. Pero no creemos que la belleza del mundo haya tenido la mínima parte en su formación. Un santo, llámese Vianney, Francisco de Sales o Francisco Bernardone, no utiliza la naturaleza para su propio deleite. No la adora; deja semejante debilidad a los poetas. Para él, nunca ocupa sino el rango más bajo en la jerarquía de los verdaderos esplendores. La considera como un manual en el que buscará más tarde comparaciones para instruir, razones para convencer y para aprender a rezar mejor.

Para ese curita que se dirige hacia su nuevo destino con los ojos bajos, el mundo visible no existe apenas. Ha tomado de él lo preciso; de él ya no espera nada más — y Dios le sirve de acuerdo a sus anhelos.

Porque la comarca de su nuevo destino es fea o, por lo menos, mediocre. Hablemos de ella.

Después de subir las crestas de las colinas del amplio y fértil valle de Saone, entre Villefranche y Trevoux, se llega —sin entrar en ella— al límite de la llanura melancólica de Dombes, que extiende en abanico sus lagos color de acero en las direcciones de Belley y de Bour-en-Bresse. Renunciemos a los vergeles encantadores de la región lionesa y también a estos grandes espacios llenos de espejismos. A la mitad del camino hay una pequeña comarca de transición, amable todavía a lo lejos, pobre ya más cerca, pero, en comparación con sus dos vecinas, apagada, sin gran alegría, sin gran tristeza, sin nada que produzca impresión de grandeza.

Pliegues de terrenos blandos, ondulaciones sin dibujo, un movimiento breve y confuso que no acierta a entrar en un ritmo determinado. Prados, campos, matorrales, árboles dispersos. Todo ello ubicado en cualquier lugar y de cualquier modo. Un solo rincón grato, el arroyo que limpia sus guijarros bajo una cúpula de alisos y de sauces. Sobre una orilla, el pueblo que cierra el horizonte del norte. Sobre la otra, el castillo, rodeado de altas arboledas. De trecho en trecho, a lo lejos, cuando la niebla no la oculta, una cresta audaz que consuela un poco, sobre la línea azul del Mont-d'Or y de los ribazos de Beaujolais.

El castillo, sombrío, está construído de ladrillos rojos, de un rojo que contrasta con el verde. La aldea pizarrosa, de una tonalidad uniforme gris amarillenta, reune como puede sus tejados desbordantes a lo largo de dos calles que son dos caminos anudados alrededor de una colina. Sobre esta colina se halla ubicada la iglesia, la pobre iglesia de una sola nave, con su campanario de madera, apretada entre la casa parroquial, del lado del Evangelio, y el cementerio, del lado de la Epís-

tola; detrás, un reducido campo plantado de nogales. Cada casa vive sobre sí misma; ninguna ventana al exterior; detrás de las altas puertas un huerto, un patio de granja; todas las mañanas se ve salir de ellas cuatro o cinco vacas, un puñado de carneros, dos cabras. Mencionemos, además, varias tabernas.

Y eso es todo.

Se dice que al llegar al límite de su nueva parroquia, por un camino que sólo utilizan los labriegos, el Padre Vianney se hincó de rodillas y rezó. Seguramente se tranquilizó al ver la exigüidad de la aldea, de la que se dice que invocó el ángel guardián. Pero una "idea extravagante" pasó por su mente. — Así llamaba por modestia a sus inspiraciones—. Esa hubiera podido creerse inspirada por un espíritu de orgullo. Trátese de explicar este misterio: un santo que se siente llamado a realizar allí grandes cosas y que lo dice, sin vanagloriarse en modo alguno de ello. Se limitó a emitir la siguiente profecía:

"Esta parroquia no podrá contener a todos los que más adelante acudirán a ella".

III

Le acompañaba una anciana. Le seguían unos pocos muebles, en una carreta. El camino casi intransitable indicaba bien a las claras el aislamiento de la comarca.

Primero entró en la iglesia. Era humilde; eso le gustó. Estaba destrozada; eso le dió vergüenza. Una alta sala cuadrangular, con las paredes agujereadas con una cantidad de ventanas estrechas, un techo agrietado y artesonados casi podridos. No era digno de Dios.

Comprobó satisfecho que la casa parroquial estaba al lado. Pero al verla amueblada con un lujo relativo:

"seis sillas de *moqueta* de respaldo alto, y el sofá de *moqueta* haciendo juego, un sillón tapizado de siamesa verde y roja, etc.. . ." decidió devolver todos aquellos objetos a la caritativa dama —era la castellana— que las prestaba a su predecesor y contentarse con su mobiliario personal: lo necesario para sentarse, comer y dormir, como un campesino que era y deseaba seguir siendo toda su vida.

Luego se preocupó de lo principal.

El Vicario general había dicho al Padre Vianney: "Amigo mío, ha sido usted nombrado cura párroco de Ars. Es una parroquia pequeña en la que no hay mucho amor a Dios; usted lo pondrá".

¡Ni mejor ni peor que otra! También ella había sufrido a causa de la Revolución y, debido a la distancia, su abandono era más completo tal vez. Durante una temporada se había olvidado de creer; después del Concordato empezaba a recordarlo. Si bien en las tabernas despotricaban algunos individuos reacios, casi todas las mujeres asistían a la Misa dominical y algunos hombres también. Pero el respeto humano, desconocido antes, reclamaba su precio. Los nuevos sacerdotes habían alcanzado a salvar casi las formas, pero sin atreverse a atacar el fondo.

La grosería de las costumbres que engendra el desorden, no había perdonado tampoco a aquel rincón perdido. Se bebía con exceso; se acostaban demasiado tarde; se bailaba con cualquier pretexto; se blasfemaba sin cesar. No importaba trabajar los domingos. Ya no se distinguía muy bien lo que estaba permitido y lo que era prohibido, incluso en el terreno de la moral natural. No había interés alguno en instruirse acerca de los propios deberes ni, por lo demás, acerca de nada. Se dormía en la ignorancia.

Un párroco sin gran celo, resignado demasiado

pronto al mal menor, considerando aquel estado de mediocridad como el máximo que pudiera exigirse del siglo, se hubiera considerado dichoso de poder conseguir mantenerlo. Pero el Padre Vianney lo entendía en otra forma y se lo hizo ver perfectamente a sus feligreses.

"¿Existe Dios, o no? Si existe, lo honraremos como Él quiere que se le honre. *De lo contrario, tendremos que explicar por qué.*"

Un santo no es nunca liberal. Un santo no capitula nunca. Escrupuloso consigo mismo, no lo es menos para con los demás. No creo que la palabra indulgencia convenga a todo. Al mismo peso, la misma medida. Porque el pecado es el pecado. Otros hablan de él; él lo ve. Lo ve con una representación física, como una lepra que devora, como la primera chispa de una eternidad de fuego.

Pobre curita de campaña, ¿ha venido a salvar las almas o no? ¿Las ama como a la suya propia? Cuando la suya tiembla en su cuerpo delgado, ¿dejará a las otras aletargarse en una seguridad engañosa? Es responsable de su rebaño ante Dios, como lo era ante su padre de los animales que llevaba a pastar. ¿Y si, por la noche, *no estuviera completa la cuenta?* ¿Y si una sola oveja, enredada entre las zarzas, sufre por su culpa? ¿De qué servirá aminorar la ineludible verdad?

Émulo de un Vicente Ferrer, apóstol *retumbante,* el más tierno de los corazones, el más misericordioso y el menos adecuado para fulminar anatemas, por ternura y por misericordia, va a predicar el Evangelio del terror.

Nadie lo sospecha todavía. Siguiendo la costumbre, ha realizado su serie de visitas iniciales. Casi en todas partes ha sido recibido amablemente. No esperaban a alguien extraordinario; el Obispado no acostumbra a mandar águilas a los pueblos pequeños. Un hombre muy

piadoso, muy sencillo, muy tímido y al corriente de los trabajos del campo. Rezará en su rincón y dejará a la gente tranquila. Se prestarán pequeños servicios mutuamente; se charlará un rato de vez en cuando; hasta se irá un poco más a menudo a Misa, por cuanto parece tener interés en ello y no se desearía causarle una pesadumbre... En resumen, una buena adquisición.

Al término de su recorrido, el Padre Vianney sabe todo eso tan bien como sus feligreses. Se ha informado discretamente de su situación, de sus ocupaciones, de sus prácticas. Mediante alusiones prudentes, ha sabido provocar la confesión, o el silencio que ilumina. En esa forma ha conocido con suma precisión lo que cada alma ha hecho del don recibido con el bautismo... y el cuadro dista mucho de ser brillante. Sobre cincuenta familias, sólo cinco o seis son verdaderamente piadosas, lo mismo que la castellana del lugar, la señorita Des Garets, una santa persona en toda la extensión de la palabra. Razón de más para aplicar un remedio enérgico. El domingo sube al púlpito y he aquí las cosas que dice:

"Cristo ha llorado por Jerusalén... Yo lloro por vosotros. ¿Cómo no llorar, hermanos míos? El infierno existe. No soy yo quien lo inventa. Dios nos lo ha dicho. Y vosotros no pensáis en ello... y hacéis todo lo necesario para que os manden allí. Blasfemáis el nombre de Dios. Pasáis las veladas en las tabernas. Os entregáis al placer malsano del baile. Merodeáis en el campo vecino. Hacéis una cantidad de cosas que son ofensas contra Dios. ¿Creéis, acaso, que Dios no os ve? Os ve como os veo yo, hijos míos, y seréis tratados en consecuencia. ¡Qué miseria! El infierno existe. Os ruego pensar en el infierno. ¿Creéis que vuestro párroco os dejará llevar allí para ser quemados hasta el fin de los siglos? ¿Vais a dar ese disgusto a vuestro párroco?"

Ha aprendido su sermón de memoria con dificul-

tad; pero no lo recita; lo vive. Sin cólera, sin violencia, con lágrimas en la voz y en los ojos. Se concibe la sorpresa del auditorio.

¡Cómo! ¿Es ese el mismo hombre? ¿El que hablaba con tan buen sentido de los cuidados a dar a la tierra, a los instrumentos de labranza y al ganado? ¿El que parecía compadecerse de las pequeñas miserias del cuerpo? ¿El que, llegado el caso, sabía dar recetas para curar la tos convulsa o el *"mal blanco"?* He aquí que entra de golpe en el alma del tema y, a la vez, en las de sus feligreses. Y acusa. Y amenaza. Y no son palabras al viento. Cree en lo que dice. Y quiere lo que quiere. ¡Quiere todo lo que Dios pide! ¿No será excesivo? Pero pronuncia aquellas palabras terribles con tanta tristeza y suavidad, que no es posible enojarse. — Entonces ¿hay que cambiar de vida? ¡Nunca se ha visto nada igual!

Se ha dejado de verle demasiado tiempo.

El Padre Vianney no ceja. El domingo siguiente vuelve al tema, insiste, agrava. Se inclina en lo alto del púlpito, como un ángel exterminador y salvador. Su cabello largo, su rostro de ruda osamenta, que empieza en lo alto por una frente enorme, agujereada por anchas y profundas órbitas, sigue con unas mejillas hundidas, una nariz delgada y sensible cuyas aletas palpitan apasionadamente, y termina en forma de corazón con una barbilla imperiosa y delgada y una boca de sonrisa infantil, sus ojos azules que miran a uno y parecen atravesarlo, sus manos flacas que señalan el infinito, todo eso le da desde ya una figura inolvidable que sería grato mirar de frente, si no se comenzara —con razón por cierto—, a temerla.

Elige como tema, por ejemplo, el Evangelio del Juicio, especialmente la palabra implacable que lo resuelve y corta todo: "¡Id, malditos!"

"¡Malditos por Dios! ¡Qué horrible desdicha! ¿Comprendéis, hijos míos?... ¡Malditos por Dios! ¡Malditos por Dios, que sólo sabe bendecir! ¡Malditos por Dios, que es la bondad misma! ¡Malditos sin remisión! ¡Malditos para siempre! ¡Malditos por Dios!"

Nadie piensa en reír burlonamente, porque solloza; se desploma como el pecador sobre su propia maldición.

"Cuando llegue el fin del mundo —continúa— cada feligrés se reunirá con su pastor y Nuestro Señor Jesucristo dirá: "Pastor, ¡maldícelos! — ¡Cómo, Señor! ¿Maldecir yo a los hijos que he bautizado? — ¡Te digo, pastor, que los maldigas! — ¿Maldecir yo, Señor, a los hijos que Te he instruído, a los que he dado Tu Santo Cuerpo, distribuído el pan de Tu palabra?". El pastor dirá lo que ha hecho por ellos. Nuestro Señor Jesucristo contestará: "Pastor, no te han escuchado bastante: ¡maldícelos! Te lo ordeno; ¡maldícelos!"

"¡Ah, hermanos míos! ¡Cuán doloroso será, para un pastor, tener que maldecir a sus hijos! ¿No me creéis, hermanos míos? Pues bien, será así; sí, así será".

Es posible que se considere tal religión demasiado severa. Mientras el auditorio naufraga en los abismos del infierno, lo arranca de allí bruscamente y lo lleva sobre sus hombros hasta el atrio del Templo donde el santo anciano Simeón sostiene al Niño Jesús en sus brazos; a la mesa de la Comunión, donde recibimos a Dios en el cuerpo y en el alma; a la montaña del Thabor, donde se muestra en Su gloria, ataviado de nieve y de plata.

"¡Venid a Mí, los benditos por Mi Padre!"

También allí la palabra es pronunciada y nada puede prevalecer contra ella. Lo infinito de la desdicha presupone lo infinito de la felicidad. Ha pasado la época de las premisas y entramos, hoz en mano, en el corazón de las cosechas del cielo.

"Veremos a Dios —exclama el pobre sacerdote—. ¡Lo veremos! ¿Habéis pensado alguna vez en ello, hermanos míos? Veremos a Dios. ¡Lo veremos de veras! ¡Lo veremos tal como es, cara a cara!"

Diríase que ya lo está viendo y que no puede apartar los ojos de Él. Un testigo afirma que un día, como perdido en su éxtasis, repitió durante varios minutos: "¡Lo veremos! ¡Lo veremos!"

Henos ahí lejos de la religión-costumbre, de la religión-garantía del orden, de la religión-complacencia, de la religión-vigilante de las costumbres y hasta de la religión-piedad. Esta es sin calificativo, total y pura, por sí misma: es decir, por Dios.

Si, en efecto, "esa palabra es dura". Los Judíos lo han pensado y dicho antes que nosotros. Es la *Palabra*, la que, hasta por definición, contesta. Por ella, de la noche a la mañana, he ahí una parroquia sin fervor devuelta a la preocupación, llevada de nuevo al plan de su destino eterno y sobrenatural. La comarca de Ars es ese puente sobre el río, ese puente "para cruzar el agua", según la expresión de su párroco, que conduce a la condenación o a la gloria. Realidad del cielo y realidad del infierno; el que sólo cree a medias, no cree en absoluto.

En la práctica, se trata nada menos que de desarraigar de esa tierra la ignorancia, la tibieza y la inconsciencia, la blasfemia, la falta de delicadeza, la mentira y el frenesí del placer, y reemplazarlos por esas plantas de olor grato que son la modestia, la templanza, la probidad y el gusto de las cosas de Dios. Pero si exige tanto, el desdichado sacerdote no conseguirá nada. Uno o dos sermones más en ese mismo tono y vaciará la iglesia. Uno se sentirá conmovido, impresionado una vez, pero se guardará muy mucho de volver. ¡Entonces, el Padre Vianney se humillará y absolverá las almas a menor precio!

Es aquí donde comienza el drama de su vida de párroco.

IV

Sabemos, ya, que se ha instalado en el presbiterio vecino a la iglesia.

Se trata de una casa de un solo piso, humilde y poco esbelta, precedida por un patio que termina en un jardín. Antiguamente, éste se hallaba cerrado por un seto vivo y lleno de árboles frutales. Ahora ya no se ve en él más que un viejo saúco casi seco. El Padre Vianney ha hecho cortar los árboles, para evitar a los muchachos del pueblo una oportunidad de merodeo; y, a continuación, una pared ha reemplazado al seto. En todo lo demás, el lugar está lo mismo que el primer día y, sin necesidad de un gran esfuerzo de imaginación, uno puede ver circular por allí al buen sacerdote, o, por la noche, encenderse su lámpara en la ventana del único piso.

Así lo veían sus feligreses; casi no tiene secretos para ellos. Pero, desde su llegada, su género de vida los escandaliza. Exceptuando la cocina de la planta baja y una pieza del piso alto, condena todos los aposentos de la casa. Ni sirvientes ni ama de llaves; no quiere a nadie en su casa. La señora Bibost, a la que trajo consigo de Ecully, viene de afuera a barrer el dormitorio. Como lo resolviera de entrada, ha devuelto a la señorita Des Garets, la castellana, el mobilario que prestaba de tan buen corazón al capellán, incluyendo, asimismo, la batería de cocina y, según se dice, el asador. Se queda sólo con una olla, una biblioteca, una mesa, unas pocas sillas y una cama.

La buena gente de la comarca de Ars, lo mismo que la de todas las comarcas, entendían que un párroco, de cualquier origen que fuese, era una especie de "Señor",

que se debía a sí mismo, y a quien debían los demás, un poco de bienestar y de comodidad. Un párroco debe ser una personalidad. Un párroco debe mantener su categoría. Es costumbre que invite a comer y trate bien a sus queridos correligionarios. ¿Romperá la tradición el Padre Vianney? ¿Desmentirá la fama de que gozan con justa razón las comidas eclesiásticas desde los orígenes de la cristiandad, siglo más o menos?

El Padre Vianney sabe lo que hace. Deja hablar. Para él, lo más claro es que el diablo se ha instalado en el pueblo y que hay que arrojarlo de allí. Prepara sus planes de combate.

La cama, que conserva todavía un aspecto lujoso con su baldaquino cargado de cortinados, será simplificado progresivamente. Un día, el colchón pasará a la casa de un enfermo pobre; la almohada y el elástico lo seguirán. Una tabla de madera y un delgado jergón ocuparán su lugar bajo las sábanas. Nadie deberá advertirlo, por cuanto el párroco tenderá su cama personalmente. Dormirá allí o en otra parte; a veces en la bohardilla, con la cabeza apoyada en un poste; a veces en la cocina, sobre un montón de sarmientos. Antes de acostarse se administrará una severa corrección con una soga llena de nudos, adornada con algunos clavos, llavecitas y bolas de plomo. Eso durante una hora, según afirma una vecina; y la que le lavaba la ropa ha declarado que la parte izquierda de la espalda de sus camisas estaba "toda salpicada y manchada de sangre".

Pero de tan brutales rigores, no puede sacar sino una expiación pasajera. Por lo demás, sabe por el Evangelio, que los diablos de la clase de los que parecen polular por su parroquia, no pueden ser echados más que por la oración y el ayuno. Toma, pues, el Evangelio al pie de la letra: ayuno de alimentos, ayuno de sueño; matará dos pájaros de un tiro dedicando a la oración el tiempo que

habrá robado violentamente a la cama y a la mesa, a su descanso y a su apetito.

Antes de amanecer, baja a la iglesia. Frente al altar donde su Maestro vela eternamente, se arrodilla en el suelo. Clava sus ojos en el Tabernáculo; une sus manos o extiende los brazos; reza, llora, gime, medita:

"Dios mío, mi Todo, Tú ves cuanto te amo... y no te amo bastante.

"Dios mío, Tú me lo has dado todo y mira cuan poco te doy yo. Concédeme la fuerza de dar más.

"Dios mío, he aquí todo: tómalo todo... pero convierte mi parroquia. Si no la conviertes, es que no lo habré merecido.

"Dios mío, considero nulos mis merecimientos; pero los Tuyos son infinitos. ¡Qué ellos me valgan la gracia del sufrimiento!"

"Dios mío, consiento en sufrir todo cuanto Tú quieras, durante toda mi vida... durante cien años... y de los dolores más agudos, pero conviérteles..."

A veces hablaba en voz alta y es así como pudieron recogerse las anteriores palabras.

Al amanecer, celebraba su Misa, lentamente; casi siempre con lágrimas en los ojos; algunas veces con una amplia sonrisa, como si se dirigiera a los Ángeles reunidos alrededor del altar: su Ángel guardián, el de su parroquia y los de sus feligreses. ¿Alegría, sufrimiento? No lo sabía. Ambas están íntimamente mezcladas en el cáliz y la alegría de un amigo de Dios debe parecerse al sufrimiento y su sufrimiento a la alegría. Prolongaba su acción de gracias indefinidamente.

Indudablemente, no podía privarse por completo de comer. Por la mañana un mendrugo... y eso cuando se acordaba. Al mediodía y por la noche, una o dos papas frías; las cocinaba para toda la semana, haciéndolas hervir en una olla de bronce que se muestra actualmente a

los peregrinos. Excepcionalmente, agrega a ellas una tercera papa. Pero esto, según confesaba más adelante, seguramente a fin de disminuir su mérito, "por placer".

La viuda Bibost, que le limpiaba la casa, y posteriormente, cuando se fué, la viuda Renard, se ingeniaban para variar su comida con diversos guisos confeccionados por ellas que traían de su casa entre dos platos. Pero él no se dejaba engañar: o bien se negaba a abrir el paquete, o declaraba que un suplemento de comida le haría daño.

Algunas veces substituía las papas por un huevo cocinado entre las cenizas, o por una de esas galletas de trigo negro, que en la región se denominan con el nombre, bien simbólico por cierto, de *mata-hambre*. Procuraba "matar" la suya estrictamente, ya tratando de alimentarse exclusivamente con acedera ("¡pero no pude resistirlo!"), bien permaneciendo hasta tres días seguidos sin comer, en tiempo de cuaresma.

Aprovechaba las horas de las comidas para visitar a sus feligreses. Sabía que iba a encontrarlos sentados a la mesa. No se sentaba. Hablaba y dejaba hablar. Ponía jalones, mantenía el calor del primer contacto. Después daba una vuelta por el campo, arrodillándose repentinamente para rezar, bajando la cabeza, tratando de hacer penetrar en su memoria el texto exacto de su próximo sermón. Una vez de regreso a su casa, o preferentemente en la sacristía, trabajaba sobre esos pobres fragmentos de elocuencia con el encarnizamiento de la desesperación. Varias horas por la mañana y varias horas por la tarde; y de noche también, hasta tan tarde como podía resistirlo. La privación de sueño, la más dura, la más meritoria, era, precisamente, la que se imponía con mayor gusto. Como Francisco de Asís- extenuaba a la bestia, al *Hermano Asno*, no deteniéndose sino en el límite donde éste podía llegar a soportarlo.

Tal fué su régimen de vida por espacio de diez años.

Una lucha de todos los días, obstinada, atroz, ganada a diario, para ser reiniciada cada día, sin la esperanza de terminar jamás con "el enemigo de los hombres" que ha venido a la tierra para tentarlos y los tentará hasta el último día. Pero la tentación no es la culpa. Es la prueba fortaleciente que acoraza contra la culpa, que redime la culpa del prójimo. Es, también, la prueba constante del socorro constante de la Gracia, que hace de un pobre sacerdote una especie de héroe.

Tiene ante sí y en sí el cuerpo sagrado de Cristo. Tiene ante sí el ejemplo de Cristo y el de los santos que honra. Lee apasionadamente su vida en el Evangelio, en el Breviario, en un viejo libro anticuado que nos produce la impresión de una colección de fábulas, pero en el que todo está de acuerdo con las promesas de Jesucristo. Dios lo puede todo por intermedio de sus Santos; lo que se les atribuye y no hayan hecho, nos basta saber que podían hacerlo. Y es por eso que el Padre Vianney planteará en sus sermones los más paradojales de sus milagros. Y es por eso que abriga la certidumbre de que puede convertir a su parroquia, si Dios lo quiere.

"Si tuvierais fe, transportarías montañas".

Tiene fe, o nadie la tuvo jamás.

V

En un pueblo, todo se sabe. Todo es divulgado de inmediato.

En el castillo de Ars, la anciana castellana, sumamente piadosa, que se obliga a recitar cada día las Horas Canónicas con su viejo sirviente Saint-Phal, no ignora ya con quién tiene que vérselas. El que le ha devuelto sus muebles, entra en sus salones calzando zapatos ordinarios, le habla con los ojos bajos y no acep-

ta ninguna de las comodidades que ella le ofrece, no es un excéntrico, sino un elegido. El señor Mandy, el alcalde, declara rotundamente, con indudable satisfacción:

"Nos han enviado un santo".

Las familias Cinier, Chaffangeon, Lassagne y Verchéres, las únicas verdaderamente cristianas del lugar, estrechan filas alrededor de su nuevo ministro: comprenden sin lugar a dudas que es necesario ayudarle. En algunas otras, menos fervientes, una atracción inexplicable reemplaza a la curiosidad y sirve de contrapeso al temor. El Padre Vianney ha reimplantado la Cofradía del Santísimo Sacramento para los hombres. Por otra parte, reúne algunas muchachas en la del Rosario. Para los niños instituye sesiones de catecismo; tienen lugar por la mañana, a partir de las seis, antes de la hora de iniciar el trabajo; exige que se asista a ellas con asiduidad, aseo y atención; el primero que llegue recibirá una estampa. Nada le encanta tanto como despertar esas almas nuevas, arar y sembrar ese campo virgen. Ha recibido el don de la niñez y sabe dirigirse de igual a igual a los niños.

Ahí, no hay nada que lo violente. Tiene más libertad que en el púlpito. Habla en tono bajo, más familiarmente todavía. Pero no por ello enseña una religión disminuída. Primero Dios; ante todo, servir a Dios.

"Hay muchos cristianos que no saben por qué están en el mundo.

—¿Por qué me has puesto en el mundo, oh Dios mío?

—Para salvarte.

—¿Y por qué quieres salvarme?

—Porque te amo."

"El Buen Dios nos ha creado y puesto en el mundo porque nos ama. Para salvarse, es preciso conocer, amar y servir a Dios. ¡Hermosa vida! ¡Cuán bello, cuán grande, es conocer, amar y servir a Dios! *Eso es lo único que debemos hacer en este mundo. Todo cuanto hacemos fuera de eso, es tiempo perdido.*"

. . . .

"Las personas mundanas dicen que resulta demasiado difícil conseguir la propia salvación. Sin embargo, no hay nada más fácil: cumplir los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, y evitar los siete pecados capitales: o, si lo prefieren, hacer el bien y evitar el mal. . ."

"He aquí una buena regla de conducta. *No hacer sino lo que puede ofrecerse al Buen Dios.*"

¡Cuánta pureza! ¡Cuánta transparencia! Las palabras no están allí sino con el pensamiento. ¡Y qué fuerza de pensamiento! *No hacer sino lo que puede ofrecerse al Buen Dios.* El niño que fijará esa fórmula en su memoria y la conservará siempre presente, tiene la seguridad, sin otras enseñanzas, de haber realizado al morir la plenitud de la vida cristiana. Lo mismo para sus pequeños feligreses que para los mayores, el Padre Vianney no ambiciona nada menos que para sí mismo.

Para atraerlos a ella, rejuvenecerá su iglesia; pero, sobre todo, a fin de que sea menos indigna de Dios. He aquí otro rasgo de su carácter. Para sí, no quiere nunca nada más que una sotana, un sombrero, un alzacuello y un par de zapatos; los usa hasta el límite del desgaste; y jamás un manteo. Nada le parece bastante feo, bastante usado, bastante miserable para el hombre. Nada considera demasiado hermoso para el ministro de Dios. Cuando sube al altar, el Padre Vianney se halla dispuesto a cubrir su humildad con todos los tesoros de Golconda, si son puestos a su disposición. Nunca habrá un ornamento bastante suntuoso para revestir al oficiante que representa a Dios Pontífice. De todo el di-

nero que recibirá en lo sucesivo, y recibirá mucho, lo que no vaya a los pobres será vertido con prodigalidad magnífica a la caja del fasto cultural. Casullas, manteles de altar, candelabros, imágenes. . . No se privará de ningún lujo. Para empezar, es urgente revocar y consolidar la iglesia, y agrandarla si es posible, aunque los asistente asiduos no la llenen todavía.

En 1830, el campanario de madera es reemplazado por una torre cuadrada de ladrillos rojos. Viejas columnitas de estilo románico sostienen las dobles ventanas. Se le agrega una segunda campana, bautizada con el nombre de "Campana del Santísimo Rosario". En el interior, a la derecha de la nave es inaugurada una primera capilla para hospedar a la Santísima Virgen. Estará decorada con paneles de madera, con gavillas y racimos en relieve. En frente, algo más adelante, otra para San Juan Bautista. En esa oportunidad, el Padre Vianney se encuentra mal de fondos y el ebanista le apremia; una persona desconocida, que ignora su dificultad, le manda la suma que le faltaba. De todos modos, en los años sucesivos, no tentará al cielo; se conformará con comprar cuadros e imágenes; porque quiere que los Santos, de quienes habla a sus feligreses, sean una realidad para éstos: san José, san Pedro, san Sixto, san Blas, el Arcángel San Miguel —y muchos otros Ángeles—, san Francisco de Asís, santa Filomena, san Benito José Labre. . . Compra, también, un *Ecce Homo*. La pequeña iglesia no tarda en poblarse. Es una reducción del Paraíso.

Para todos esos embellecimientos, la señorita Des Garets fué su Providencia. ¿Le guiaba ella en su elección? El Padre Vianney, que al parecer carecía de la menor sombra de cultura artística, no compró nada, o casi nada, que no sea de muy buen gusto, como puede juzgarse por lo que ha dejado en Ars. Especialmente,

una imagen de madera dorada, milagrosa, que representa a la Reina del Cielo, con rayos de oro que salen de sus manos, es una maravilla en su género. Tal vez, como algunos otros santos, poseía un sentido oculto que le hacía preferir lo más hermoso como siendo lo más verdadero. Indudablemente, se hubiera puesto al pobre sacerdote en un aprieto si se le hubiese preguntado su concepto de lo bello. Pero no hay que olvidar que Dios le favorecerá con visiones que no serán exclusivamente intelectuales. Cabe suponer que valían tanto como las obras maestras de los artistas y podían contribuir a formar el gusto de un hombre sencillo, exento de costumbres y de prejuicios.

Cuando las otras tres capillas, las de santa Filómena, de los Santos Ángeles y del *Ecce Homo* estarán construídas, cuando se habrá reedificado la fachada, el frontispicio, las dos rampas de acceso y la escalinata, la iglesia primitiva no habrá perdido nada, sin embargo, de su humildad esencial. Hasta sus tesoros se conservarán en su lugar —y eso habla en su favor—, menos conmovedores que los dos púlpitos de madera lisa, elevado uno de ellos —aquél desde el que el párroco pronuncia sus sermones— sobre dos hierros en forma de S, y ubicado el otro —desde el que enseña el catecismo a los niños— sobre una tarima. Aquí todo toma la forma y el colorido de la oración y todo se desnuda para adorar.

VI

El resultado de esos primeros trabajos es que el santuario es frecuentado con mayor gusto y más regularmente. Un párroco que no come nada, que no duerme, que lo da todo, que reza como no se ha visto rezar nunca, que celebra su Misa como un Ángel y que em-

bellece su iglesia, es un fenómeno demasiado sorprendente para que no se sienta uno un poco orgulloso de él. Se le pueden disculpar sus exigencias y tratar de complacerle.

. . . .

Son tan pocos los hombres que comulgan por Pascua, que su tristeza es evidente. . . y no vacila en expresar tristemente la razón de ella.

Al llegar la época de cosechar el heno y luego la del trigo, muchos se dispensan de asistir a Misa. No disimula que se trata de algo escandaloso: trabajar en domingo y perder la Misa.

Ha encontrado un borracho que blasfemaba. Otro que blasfemaba también, no estaba borracho. "¿Sois, pues, animales, brutos, hijos míos?".

Se organiza una de las habituales fiestas locales. Detrás de la iglesia, entre los nogales, se tienden guirnaldas de hojas y de flores. Luego, al llegar la noche, se encienden los quinqués; jóvenes y muchachas llegan tomados del brazo, cantando. Bailarán toda la noche. Las uniones que se celebrarán después no terminarán todas en la iglesia. El Padre Vianney ve y oye. Poco importa lo que él piensa de aquello. Pero, ¿y el Buen Dios?

. . . .

Hay que volver a la carga. Es preciso aplicar el hierro candente al lugar gangrenado. Personas que no dejan de ofender a Dios ¿están en su lugar en su iglesia? El Padre Vianney los tomará por su cuenta desde lo alto del púlpito; los avergonzará en público. No vacilará en granjearse el desagrado de una veintena, si al mismo tiempo puede convencer aunque sólo sea, a dos de ellos.

"Dios nos ha dado pan para nuestros cuerpos. Nos ha dado Su Cuerpo para nuestras almas. Vosotros estáis muy satisfechos de tener su pan. ¿Por qué rehusáis Su Cuerpo?"

"El domingo es la propiedad del buen Dios, es Su día, el día del Señor. Él ha creado todos los días de la semana. Podía conservarlos todos y os ha dado seis de ellos, reservándose sólo el séptimo. ¿Con qué derecho disponéis de lo que no os pertenece?"

"La taberna es el vivero del demonio, la escuela donde el infierno imparte y enseña su doctrina, el lugar donde se venden las almas, donde se arruinan los hogares, donde la salud se altera, donde comienzan las disputas y donde se cometen los asesinatos. . . ¡Ah, los clientes habituales de las tabernas! El demonio no los atormenta mucho; ¡al contrario! Los desprecia y les escupe."

Del baile decía:

"Hermanos míos, los cristianos que entran en un baile dejan su Ángel Guardián en la puerta de entrada, y es un demonio quien lo reemplaza; de modo que pronto hay en la sala tantos demonios como bailarines."

Al escuchar esas afirmaciones, esas evocaciones, esos anatemas, los que habían bebido o blasfemado, los que trabajaban en domingo y no celebraban Pascua, los que faltaban a Misa y no al baile, enrojecían y bajaban la cabeza. Sentían sobre sí el reproche del pequeño grupo de fieles que su pastor había conseguido ya reunir. Y cuando recaían en su pecado, no se sentían ya cómodos.

Es que aquel diablo de hombre —si cabe la expresión vulgar, sin ánimo de ofensa— no se dejaba embaucar por quienes pretendían pasar por alto sus consignas. Yendo y viniendo a través de los campos y de las calles, parecía no ver nada y, en realidad, no perdía nada. Se dirigía con los ojos cerrados hacia donde iba

a cometerse una culpa, como si la hubiese previsto, olido. ¿Acaso no se dice que el pecado tiene un olor característico para los santos?

Un domingo de verano, se cruza con una carreta cargada de heno, cuyo carretero se oculta detrás de ella. El párroco le dice amablemente:

"Te sientes bastante confuso por encontrarme, amigo mío. Pero el Buen Dios te ve siempre y es a Él a quien debes temer".

Más lejos, un campesino acompaña a su hija al baile. Se disculpa, tartamudea, se defiende como puede, muy mal.

"No dejaré que baile."

—¡Oh! —le contesta maliciosamente el sacerdote—. Si ella no baila, su corazón bailará de todos modos".

No vacilará en negar la absolución a los que perseveren en su culpa. Respingarán una vez, dos veces... pero casi todos terminarán por ceder.

Los viejos serán los primeros en ceder; tienen menos apasionamiento y más buen sentido que los jóvenes. Advierten que el trabajo del domingo no enriquece, ni tampoco lo hace la frecuentación de la taberna, ni los gastos suntuarios. En Ars hay cuatro tabernas y los taberneros se quejan, especialmente los que tienen establecido su negocio en las proximidades de la iglesia.

—"Usted me arruina" — indica uno de ellos al Padre Vianney.

El Padre Vianney le consigue una pequeña suma, suficiente para comprar un lindo campo y una cabaña... y cierra su taberna.

Contra el frenesí del baile, que estremece la comarca, el Padre Vianney recurre a los grandes medios.

Una mañana de "festival", sale al camino, al encuentro del violinista.

"¿Cuánto le pagan?" — pregunta al hombre.

Duplica el precio y el hombre se marcha con su violín. Llega la hora del baile: es preciso prescindir de música. Los muchachos blasfeman y se enojan. ¡Bien! Bailarán sin violín. Una persona de buena voluntad accede a cantar; pero no es lo mismo. Algunas muchachas vacilan en entrar en el baile. Otras dejan llevarse a él a disgusto. Pero falta entusiasmo. Se pretende forzar la alegría y el entusiasmo. Gritan, golpean los pies contra el suelo... hay una especie de rabia sorda en todo ello. Entonces, el Padre Vianney sale tranquilamente de su jardín, como para dirigirse a la iglesia... No ha dicho una sola palabra. Tal vez no dirá nada. Habrá sido suficiente que apareciera, armado con sus pobres rayos espirituales o, sencillamente, con su mudo reproche. De inmediato, canto y baile cesan y todo el conjunto se dispersa: "como una bandada de gorriones", contaba.

Algunos obstinados se irán a bailar más lejos. Son muy pocos. La batalla ha sido ganada. Por lo menos, la casa del Señor no sufrirá ya su proximidad. Y, en efecto, a raíz de aquel estallido, se renuncia a bailar bajo los nogales de la explanada. Un edicto de la alcaidía sancionará pronto aquel estado de hecho y las tabernas inmediatas a la iglesia cerrarán sus puertas por falta de clientes. El mal se traslada a la periferia; pero ya no es más que superficial.

De ahí puede juzgarse el ascendiente adquirido por el santo párroco sobre sus feligreses. En lo sucesivo, el corazón del pueblo pertenece a Dios. Se tratará sólo de reagrupar las almas. Hay que confesar que un domingo sin diversión es largo. El Padre Vianney hará que agraden las Vísperas. Después de las mismas, propondrá

un rosario. La costumbre de ello no tardará en parecer dulce y hasta necesaria, a la selección de sus muchachas. Después las invitará a cosechar cereza en su jardín; allí podrán divertirse a su gusto, mientras él se retirará a su aposento. Cuando estén cansadas del juego, las reunirá en la cocina para leerles alguna vida maravillosa de santo. Entretanto, se baila en el otro lado del pueblo y algunas muchachas se sienten tristes.

"¿No sois más dichosas aquí?"

Es muy posible. El concepto de la alegría va a irse desplazando poco a poco. El Padre Vianney substituye delicadamente a las pesadas delicias del mundo, la alegría inocente y sin peso de los hijos de Dios. Esta no cansa nunca. Es preciso haberla conocido. Un paso más y los días entre semana no se dejará de reunirse en la iglesia para rezar en común la oración de la tarde.

Esa campaña contra el siglo se prolongó durante más de diez años. Tenía que terminar con una victoria completa. Ya no se vió más, en la explanada, ni comerciantes forasteros, ni empresarios de bailes; las tabernas que se instalaban en otra parte, hacían malos negocios. No hubo más borrachos en la comarca, y las muchachas impenitentes que iban a arrastrarse a las fiestas de otras localidades, eran recibidas al regreso a bastonazos.

Como puede suponerse, hubo protestas. Algunos jóvenes exasperados alzaron la bandera de la rebelión. No atreviéndose a atacar a su párroco de frente, tomaron el camino tortuoso de los calumniadores. Esparcían rumores escandalosos a su respecto, acusándole de atraer a las muchachas para incitarlas al mal, de pasar las noches en orgía, lo que, al decir de ellos, motivaba su palidez y su adelgazamiento: era un lujurioso, un hipócrita. Cartas anónimas, canciones obscenas, algazara

frente a la casa parroquial golpeando cacerolas y calderos; nada faltó a la persecución del pobre sacerdote. Siete de sus feligreses vinieron a expresarle personalmente que debería abandonar el pueblo. Incluso se cuenta que una muchacha perdida se presentaba cada noche bajo su ventana, reprochándole, entre una ola de injurias humanas, que le hubiera dado un hijo. Por la mañana, al salir de su casa, encontraba la puerta manchada de basuras.

El que opone Dios a Satanás tiene que esperar represalias. El Padre Vianney no lo ignoraba. Deja pasar el huracán obsceno, estrechando contra sí su pequeño rebaño, que aumenta cada día con una nueva alma. No confundirá a los calumniadores; no abandonará su puesto. El bien que ha hecho, gracias a Dios, nadie podrá deshacerlo, si consolida el edificio con oraciones, lágrimas, ayunos, velaciones y sangre . . .

Ensordecido por los gritos, regresa a su aposento, se hinca de rodillas, se desnuda y castiga su cuerpo sin mancha, por la salvación de los desdichados pecadores.

CAPITULO III

LAS FRECUENTACIONES DE UN SANTO

I

Argelia acaba de ser conquistada. Otro trono es derribado. Y el señor Hugo da que hablar. Pero al mismo tiempo la palabra de Dios es tomada en serio en un rincón de Francia.

A partir del año 1830, Ars está verdaderamente desconocido. "¡Ars ya no es Ars!", proclama el Padre Vianney desde el púlpito.

La parroquia, en el sentido absoluto y antiguo de la palabra, —esa palabra que nuestro Peguy amaba tanto, que repetía hasta el cansancio y que resumía para él la antigua Francia—, vive en su párroco y por su párroco. . . El humilde ministerio desacreditado o discutido por las ideas nuevas, ha recobrado su autoridad y su brillo. Alrededor de cincuenta casuchas, está rehaciéndose una cristiandad.

Los hombres, antes de irse al campo, adquieren la costumbre de entrar en la iglesia: las herramientas quedan delante de la puerta y los rebaños esperan en el camino. Cuando llega la hora de la oración de la

tarde, todas las mujeres se agrupan bajo el púlpito para hacer eco a su pastor. Nadie robaría una raíz en un campo; nadie perjudicaría en un centavo a un vecino; y con mayor motivo ya nadie se animaría a "caracterizar" una yegua o una vaca para venderla mejor. Todo el mundo es más delicado y, a la vez, más cortés. Los sirvientes y peones contratados son tratados como hijos; se cuida su cuerpo y su alma. La ley del descanso y de la santificación es cumplida todos los domingos con absoluto rigor. Ese día reina en el pueblo un silencio extraordinario, pero un silencio dichoso. Finalmente, hasta la misma indumentaria ha cambiado: las modas de "las señoras" importadas de Villefranche-sur-Saone o de Trevoux, han cedido el sitio al vestido tradicional de las campesinas, limpio, sencillo, sin rebuscamiento, de acuerdo con la condición de cada cual. Un aldeano no es un hombre de ciudad, ni ésta es lo mismo que el campo. Ha sido necesaria la aberración de nuestra época para confundir cosas cuyo valor, belleza y carácter radicaban en el hecho de permanecer distintas. Pero hoy se considera que la ciudad representa el progreso y el campo la regresión.

El párroco se encuentra en todas partes como en su casa. Llega siempre a las horas de las comidas. Permanece apoyado en la pared. Acepta una papa y a veces medio vaso de vino, "para probarlo". Comprueba de cerca que las virtudes familiares se consolidan, alrededor de aquel hogar que ha vuelto a encender con sus propias manos. No es una palabra vana y todos se calientan en la misma llama.

Hay almas elegidas a las que visita con alguna mayor frecuencia; en su fuero interno, se reprocha un poquito aquella preferencia. La señorita Des Garets, siempre obstinadamente fiel. Su hermano, el vizconde, que viene con frecuencia de París y cuya generosidad

no se agota nunca. La excelente Claudina Lassagne, que ha pasado de la costumbre al fervor y educa tan bien a su hija mayor, que ésta, Catalina, no tardará en dirigir una de las obras del señor párroco. La pequeña Benita Lardet, que ayudará a Catalina en su tarea. La viuda Renard, que reemplaza a la viuda Bibost como sirvienta del sacerdote. El conde de Cibeins, un hombre distinguido y muy piadoso. El señor Mandy, el alcalde, que no tiene miedo a las responsabilidades de su cargo. Finalmente, ese sorprendente viejo Chaffangeon, que permanece horas enteras frente al altar, sin mover siquiera los labios: parece que habla a Dios.

"¿Y qué le dice usted?" —le pregunta el santo sacerdote.

—¡Oh! —contesta el viejo campesino,— *me advierte y le advierto."*

Los más grandes de los místicos no han encontrado una fórmula más sencilla, más exacta, más completa, más sublime, para expresar la conversación del alma con Dios.

He ahí una sociedad de selección y de consuelos de gran valor.

A los seis años de su llegada, el Padre Vianney ha comprado con su dinero una casita ubicada a un extremo de la plaza, para fundar en ella una escuela de niñas; toda la herencia de su padre ha sido invertida en ello. Contiene una sala de clase y dos piezas que dan a un patio grande. Ha enviado a dos buenas cristianas, Catalina Lassagne y Benita Lardet, a formarse durante varios meses junto a las Hermanas de San José, en Foreins. Ha unido a ellas, para las tareas más pesadas, a una joven de Jessans, que no tiene muy buen carácter y que bailó mucho en otro tiempo: Juana Ma-

ría Chanay. Tal es la plana mayor del pequeño convento.

Se ha empezado con una quincena de alumnas. Tratándose de una escuela gratuita, el número de alumnas ha aumentado rápidamente. Las aldeas vecinas han enviado pensionistas. Entonces, se ha transformado el desván en dormitorio. Pronto se ha hecho necesario agrandar el edificio y, como san Francisco en otro tiempo, el Padre Vianney se ha hecho albañil, no sólo de almas, sino también de piedras.

Así nació "La Providencia", que justificó su nombre cada vez más. El Padre Vianney decidió reservarla a las desdichadas sin familia. Las hacía venir de diez leguas a la redonda. Según se afirma, las recogía hasta en los caminos. Que tuvieran ocho años o veinte, poco importaba. En los mejores días, hubo hasta sesenta. Era preciso hospedarlas, vestirlas, calentarlas, alimentarlas, sin ninguna entrada fija. Llegó una época en que afluyeron las donaciones; pero las necesidades excedieron siempre a los recursos. Por lo mismo, hasta el último día, la regla fué abandonarse a Dios, que no deja nunca que Sus criaturas perezcan.

Realmente, es el lugar más encantador y apacible de Ars. Las salas son bajas y frescas. El patio cuadrado da sobre un jardín que, a su vez, desemboca en el campo. Los tres pisos de ventanas son de una justeza de proporciones admirable; de punta a punta corre un liviano balcón de madera. Se respira allí una atmósfera infantil y sobrenatural y se comprende que el santo varón haya hecho de aquel lugar su refugio predilecto.

Su "Providencia" le costó muchas gestiones, muchos pasos. Fué necesario pedir y pidió. Pero el campesino no es dadivoso. Se le había podido curar de la blasfemia, de la inmoralidad y de la embriaguez, mas

no de un defecto que es, en parte, una virtud, a mitad de camino entre la economía y la avaricia: el amor de lo que se posee y a lo que se tiene apego, porque se ha trabajado para poseerlo y porque, en el campo, es preciso prever los años malos. Iba, pues, a golpear a las puertas de los castellanos; llegaba hasta Lyon, donde era muy considerado por algunas damas generosas... La obra vivió siempre al día, pero lo cierto es que vivió y nunca una huérfana sufrió por falta de subsidios. Fué como un milagro cotidiano.

Pero la mayor parte de los espíritus permanecen cerrados a ese género de milagros, a pesar de que se renuevan desde el origen del mundo, en favor de las obras misionales, de educación y de misericordia.

En aquella casa que llevaba su nombre, que sorprendía que pudiera vivir con sólo el trabajo encarnizado de tres excelentes muchachas y las limosnas mendigadas por un pobre sacerdote, parece ser que la Providencia quiso manifestar con dos fulgores el carácter maravilloso de su asistencia. Aquí es donde el milagro propiamente dicho entra en la vida del Padre Vianney.

II

Era en 1829. Por una u otra causa, el granero de la casa parroquial, donde la comunidad guardaba sus reservas de trigo, se hallaba poco menos que vacío. No quedaban sino unos cuantos puñados de granos esparcidos por el suelo. Nada permitía presagiar un nuevo ingreso; la cosecha, mala; los donantes, cansados de dar. El Padre Vianney había tirado demasiado de la soga; su ingenua indiscreción no se atrevía ya a tender la mano. De consiguiente, alrededor de sesenta niñas se hallaban en trance de quedarse sin pan, su alimento

principal. Era inútil que el Padre Vianney *molestara* a sus buenos santos, rezando, haciendo rezar, y todo lo demás. No le respondían ya: el Padre Vianney pensó en licenciar a sus niñas.

Entonces se le ocurrió dirigirse de modo especial a san Francisco Regis, al que veneraba particularmente. Este, en el transcurso de su vida, había alimentado milagrosamente a muchos pobres; lo haría de nuevo después de muerto. El Padre Vianney subió al granero, reunió en un montón todos los granos dispersos, escondió debajo la reliquia del Santo que se hallaba en su poder y puso a la Comunidad en oración. Su biógrafo nos asegura que, después de haber hecho eso, se sintió tranquilizado.

Algunas horas más tarde, dijo a Juana María Chanay, que era la encargada de la artesa y del horno:

"Vaya a ordenar el trigo que queda. . ."

¿Valía realmente la pena? Sin embargo, la joven obedece. Se dirige a la casa parroquial, sube distraídamente la escalera y trata de empujar la puerta. La puerta del granero resiste a su esfuerzo. Diríase que una masa inerte la mantiene bloqueada en el interior. Juana María insiste y, cuando la puerta se entreabre al fin, escapa por ella una oleada de grano que chorrea por la escalera. No acierta a creer lo que ve: el granero está lleno hasta el techo. Baja las escaleras velozmente y corre a llevar la buena noticia al Padre Vianney. Este se sorprende y no se sorprende: lo esperaba. Sin embargo, finge haberlo dudado y dice a sus huerfanitas:

"Había desconfiado del buen Dios, pobrecitas mías. Quería despediros. Me ha castigado bien."

Según refieren algunos testigos, el trigo tenía un color especial. Así es como la fe entroja las cosechas del cielo.

Cuatro o cinco años más tarde —la fecha no ha podido ser precisada, pero las estadísticas del Estado civil señalan una gran sequía en el verano de 1834— no quedaba, ni trigo en el granero del presbiterio, ni harina en La Providencia: más exactamente, quedaba lo justo para amasar tres panes. El molinero, careciendo de existencias, no había hecho su entrega a la hora indicada.

Dirigiéndose a la "panadera", el Padre Vianney impartió la orden siguiente:

"Hija mía, ponga la levadura en la poca harina de que dispone, cierre su artesa y mañana proceda como si nada hubiese sucedido."

Pues bien, al día siguiente, en efecto, cuando echó mano a la masa, la panadera la sintió estremecerse y subir entre sus dedos. "No daba abasto para echarle agua". Sin embargo, cuanta más echaba, más la pasta se hinchaba y, al hincharse, se volvía espesa. Tanto fué así que, en un momento, la artesa estuvo "colmada hasta el borde, como los días que se echaba en ella una gran bolsa de harina". Se detuvo; la masa llegaba ya al suelo.

"Se hicieron diez panes grandes —indica Catalina Lassagne—, cada uno de los cuales pesaba de 20 a 22 libras, y se pudo llenar el horno como de costumbre, con gran sorpresa de todas cuantas fueron testigos del hecho."

"El buen Dios es muy bueno. Cuida de sus pobres. . .", se limitó a expresar el sacerdote.

Al día siguiente, el molinero entregó la harina.

Todavía se citan otros dos milagros del mismo género, producidos en aquel convento bendito.

El del tonel que se derrama. La señorita María

Filliat salva el equivalente de dos vasitos de vino. Los vierte en otro barril. El barril queda lleno.

El milagro del plato de zapallo. Ese día, el señor párroco en persona sirve a sus huerfanitas. Como sea que las niñas tienen apetito, sirve imprudentemente una gran porción a cada una de ellas. Y después que ha terminado de dar toda la vuelta a la mesa, nadie comprende como queda todavía zapallo en el plato.

... ...

Santidad del pastor y santidad de la casa. Santidad en la pobreza, doble santidad. El Padre Vianney se siente en su casa, por cuanto aquí está en casa de los pobres. Llevará allí sus catecismos y tomará allí sus comidas. Se lamentará de ser demasiado bien tratado; nadie escuchará sus quejas. Si come mejor, no dejará de rezar mejor: sus excelentes hijas saben rezar. No es por él, sino por ellas, que han sido obtenidas aquellas gracias. A los pobres se les debe todo. Donde reina la pobreza, no hay obstáculos entre los hombres y los dones de Dios.

El Padre Vianney insiste en esa idea. Un día, Dios le ha susurrado al oído una palabra sin réplica posible y que le tranquiliza de una vez por todas acerca del porvenir de la casa:

"¿Qué te ha faltado hasta ahora?"

"En efecto —agrega el santo sacerdote—, siempre he tenido cómo arreglarme. He notado que quienes tienen rentas se quejan constantemente, les falta siempre algo; pero no falta nada a los que nada tienen... Lo que pide Dios es, sobre todo, la confianza. *Cuando Él solo está al cuidado de todos nuestros intereses, corresponde a Su justicia y a Su bondad ayudarnos y socorrernos."*

III

Así, pues, ya no está solo. Siente crecer a su alrededor una posteridad espiritual. Todas sus pequeñas huerfanitas, habituadas a la oración y al trabajo, al sufrimiento y a la renunciación (las priva hasta de flores y es por eso, sin duda, que Dios las colma), que a los veinte años serán excelentes sirvientas y, más tarde, quizá, buenas madres. Sus mayores, caras a su corazón, las santas muchachas que las forman: la delicada Benita Lardet, que morirá de extenuación; Catalina Lassagne, que soportará hasta el fin el mal carácter de Juana María Chanay; ésta, que mejora, excepto para con Catalina; por último, María Filliat, que reemplaza a Benita Lardet.

Sin embargo, no perdamos de vista que sus amigos más íntimos no son de este mundo. Su vida, su manera de ser, sus palabras, su santidad creciente siempre y los poderes extraordinarios que no deja de conferirle, resultarán completamente incomprensibles si nos negamos a seguirle en el plano en que actúan, que es el plano sobrenatural.

El Padre Vianney vive en la sociedad de los santos. Vive en ella con el pensamiento, primero, y luego en realidad. Ya hemos visto y admirado lo que se dignó hacer por él, mediante un pedacito de reliquia, el santo misionero de Louvesc, Francisco Regis. Eso no es más que un primer signo. Más adelante mencionaremos numerosas apariciones, confirmadas por testigos y que permiten suponer muchas más.

Su devoción particular a la Santísima Virgen, a San Miguel y a los Santos Ángeles, a su Patrono San Juan Bautista y por último a Santa Filomena, todos los cuales tienen en su iglesia su correspondiente capilla

—en cada una de las cuales parece ser que fué favorecido con visiones—, indica en qué sentido debemos orientar nuestras búsquedas acerca de su relación constante con el cielo. Pero semejante tarea excedería a nuestras fuerzas. . .

Sin embargo, ha estado ligado tan obstinadamente, tan íntimamente, a su destino de intercesor, de conversor y de taumaturgo, la niña mártir cuyos huesos fueron hallados en una catacumba de Roma mil quinientos años después de su muerte, que no se puede hablar de él sin hablar de ella. Nos referimos a Santa Filomena.

Una de esas aventuras de las únicas que vale la pena contar cuando se encara la historia del mundo bajo un ángulo providencial.

Algunos reyes se reunen, firman tratados; la nariz de Cleopatra decide la suerte de un Imperio; un jefe Bárbaro saquea Europa; un filósofo idea un sistema que pesa quinientos años sobre el destino de un país; alguien descubre la electricidad, inventa la pólvora, la locomotora, la imprenta. . . La gente no se cansará de hablar sobre las consecuencias del acontecimiento. Sin embargo, es cien veces más maravilloso, más importante, el encuentro a través de las edades de una virgencita desconocida, con un excelente sacerdote de aldea que llegará a santo.

A fines del siglo primero, o en la primera mitad del segundo, una niña de trece a quince años muere en Roma. Es enterrada en el cementerio subterráneo de Priscila. Se coloca junto a ella un frasco lleno de su sangre. Se clavan ante su tumba tres tablillas de arcilla cocida, sobre las cuales se pinta al minio las palabras siguientes;

PAX TECUM FILUMENA!

"¡La paz sea contigo, Filomena!"

También se pintan en ellas tres flechas, dos anclas y un ramo de olivo.

El olivo es la paz del reino de Dios. Las anclas indican que la joven muerta llega a él. Siendo el frasco de sangre el signo del martirio, las tres flechas recuerdan las que han herido a la niña.

Tal vez su nombre no fuera el que ostenta la inscripción, por cuanto ésta significa: "Bien Amada". Quizá sólo expresa el sentimiento de sus familiares o de los amigos que han dispuesto su tumba.

Acerca de esas reliquias, cabe hacer todas las suposiciones imaginables. Exactamente, lo indicado es todo cuanto se conoce de ella. Durante diez y siete siglos, descansa, ignorada por los hombres. Reza por ellos en el paraíso de los santos; pero ellos no le rezan. Se descubren bajo tierra kilómetros de tumbas, pero no su tumba. Inviolada, inviolable. Su destino terrenal parece haberse cumplido.

No lo está. Dios la tiene en reserva. Diez y siete siglos más tarde, el mundo a ciegas tiene necesidad de ella. Dios le intima la orden de manifestarse a nosotros.

En el año 1802, nuevas búsquedas en el subsuelo de Roma habían llevado al descubrimientos de varias sepulturas de mártires. Tres años más tarde, un joven sacerdote de la diócesis de Roma, Dom Francisco de Lucia, acompañando a su Obispo en la Ciudad Santa, manifestó el deseo vehemente de llevar consigo a su parroquia, que era difícil de convertir, el cuerpo de un santo.

Se le propuso elegir entre varios restos anónimos. Pero ¿qué significa un santo sin un nombre al que fijar la piedad? Como favor muy especial, le presenta-

ron entonces tres cuerpos, "con nombre personal y seguro" que se hallaban disponibles todavía. El nombre de Filomena le encantó. Sin embargo, fué necesaria la intervención de su Obispo para que obtuviera la preciosa osamenta.

En Nápoles, el Obispo de Potenza rompe los sellos, hace el reconocimiento oficial de las reliquias y las encierra en una estatuita de cartón que lleva una flecha en una mano, y una palma y un lirio en la otra. La piadosa dama encargada de vestir la imagen acaba apenas de rozarla, cuando experimenta una conmoción en todo su cuerpo y queda curada instantáneamente de un mal considerado incurable, del que sufría desde hacía diez años. La víspera de la partida, en el aposento donde la guardaban, la santa cura a un abogado de una ciática rebelde y a una dama noble de una úlcera en la mano.

En Mugnano los milagros se multiplican, atrayendo allí a religiosos, obispos, príncipes... y numerosos sacerdotes franceses. Hasta tal punto, que el Jefe de la Iglesia decide canonizar a aquella de la que nada se conoce, excepto su muerte por la fe y sus tardías maravillas.

Insistamos en ese caso único en toda la historia de la Iglesia: una desconocida es elevada a los altares.

IV

El Padre Vianney había sido llevado una vez a Lyon por su maestro, el Padre Balley, a casa de una dama llamada Paulina Jaricot, fundadora de la "Obra del centavo semanal para la Propagación de la Fe", cuya curación milagrosa debía decidir, algunos años después, al Padre Santo a esa canonización insólita. Ella

le había hablado de la mártir de quien los Hermanos de San Juan de Dios, recientemente expulsados de Italia, celebraban el elogio de pueblo en pueblo, cantando loas en su honor. De inmediato, le hizo entrega de una partícula de sus cenizas, que Catalina Lassagne le disputó en vano. Así fué como el cura de Ars trabó conocimiento con la Santa.

¿En qué época empezó a rezarle? Eso es un secreto suyo. Pero la importancia repentina que atribuyó a su culto, hasta el punto de edificar una capilla en su honor, no se explicaría sin una atracción proveniente de larga fecha, sin votos atendidos, sin favores excepcionales otorgados. Cuando habla de ella, lo hace como de una amiga. Todas las maravillas que va a realizar, las atribuirá a ella.

Se nos podrá objetar que no faltan santos canonizados. El Padre Vianney conoce centenares de ellos, de quienes propone incansablemente los ejemplos, en público y en privado. ¿Por qué, pues, esa elección, esa preferencia? Sin pretender violar los designios de Dios, no está prohibido tratar de buscar las causas humanas de ello. La principal, a nuestro modo de ver, es que la pequeña mártir realiza mejor que nadie el ideal de la oscuridad.

En primer lugar, no se sabe nada de ella; nada de su vida mortal, excepto el modo como sale de la misma. Cuando los homenajes que recibe en el cielo tienen derecho a un eco sobre la tierra, Dios la arrebata a nuestras alabanzas; para nosotros, será como si no hubiera existido. Y eso por espacio de mil setecientos años. Luego, Dios demuestra con cien milagros la importancia que concede a esa ceniza inerte que irradia humanidad.

"Tratar de convertirnos en santos, es nuestro de-

ber —se dice el párroco de Ars—. Pero que todo el mundo lo ignore. Santa Filomena muestra el camino."

Otra razón, cara al santo sacerdote, es el acto de fe absoluto que reclama la devoción a Santa Filomena. Puede decirse que no existe la menor certidumbre humana e histórica de su existencia; asimismo, la Santa Sede ha hecho una excepción en favor suyo. Existen sus milagros y la palabra del Soberano Pontífice. Nada menos y nada más. Es más de lo necesario para el Padre Vianney.

Y, además, se trata de una niña.

No se ha destacado bastante el modo como Aquél que creó a Adán para Eva y a Eva para Adán, se complace en honrar la idea del matrimonio, en enaltecerla, en librarla de la carne, en la persona de los santos y de las santas que acopla espiritualmente en esta tierra. Y lo mismo con la idea de la paternidad. Y lo mismo con la idea de la fraternidad. Todos los lazos del amor natural que se truecan en lazos místicos. San Francisco de Asís tendrá a Santa Clara, Santa Teresa a San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales a Santa Juana de Chantal, San Vicente de Paul a Luisa de Marillac, San Benito a su hermana Santa Escolástica.

El cura de Ars no trabó jamás amistad con ninguna mujer, ni siquiera espiritualmente; y, sin embargo, su corazón era un corazón tierno. Desde el primer día de su sacerdocio, su familia queda como abolida. Sus hijas de "La Providencia" ocupan todas un lugar idéntico en su afecto. Pero, en secreto, Dios le destina una compañera que no pertenece ya a este mundo, una virgencita de la antigüedad, que será para él, a un mismo tiempo, una "Señora", una novia, una hermana y, más tarde, una hija; porque, en tanto que él envejece, ella permanece invariable en su primavera. Bien pronto, hablándole como un padre, se sentirá más cómodo

para instarla con sus solicitudes; podrá permitirse ser indiscreto con ella; la retará suavemente.

Cuando Dios se la envía —y eso lo explica todo— llega justo a tiempo para alejar de él el elogio excesivo de los hombres, para ahorrar un suplicio a su modestia y una tentación a su orgullo. El desdichado empieza a obrar milagros. Es un motivo de gran satisfacción, pero también de suma vergüenza, para un santo. Personalmente, el sacerdote sabe muy bien que Dios lo elige como una pura nada, para manifestar con mayor brillo el Todo Poder de Su Gracia, y que hubiera elegido a uno más miserable si lo hubiera encontrado. Su mérito único es no decir: "¡NO!" y dejar pasar a través de sí la ola creadora. Pero, considerado desde afuera, un milagro es un milagro y será inútil que se defienda, pues nadie creerá que él no interviene en el asunto para nada. Por más que haga no logrará escapar a la admiración de las muchedumbres, ni siquiera, por cuanto no es perfecto, a cierto contento de sí mismo.

Lo mismo que, para llenar su granero de trigo, se ha escudado en San Francisco Regis, podría hacerse ayudar y escudar por su Patrono San Juan Bautista, que tiene un altar en su Iglesia y al que se honra especialmente, por San Miguel, por los Santos Ángeles... Pero éstos no han obrado milagros desde hace tiempo. Los fieles se preguntarían:

"¿Qué es lo que se les ocurre de pronto?"

Y acusarían al párroco de superchería.

Ahora bien, he aquí que, precisamente, llega de Italia una santita que goza en la actualidad de una reputación extraordinaria. El favor que la rodea es tanto mayor, cuanto que es más nuevo. (Los Santos se gastan muy pronto a los ojos del mundo; Dios, que les hace obrar, lo sabe y es por eso que revela incesantemente otros nuevos). Es a ella, pues, a quien encar-

gará obtener de Dios las maravillas, quizá no las más preciosas, pero sí las más externas, y de consiguiente las más comprometedoras, de que los fieles tendrán necesidad.

Podría escribirse un encantador diálogo, que tendría muchas probabilidades de ser cierto, acerca de los tratos previos entre la santita y el párroco.

"Cada vez que una persona enferma del cuerpo implorará su curación, queda resuelto que se la enviaré a usted. Y usted la curará, si Dios quiere."

Trato cerrado. Durante treinta años, "la princesa del cielo" y el ministro de la tierra mantendrán ese convenio familiar. Hablarán entre sí: tal vez ella se hará visible. Pero, visible o no, ella no le abandonará un solo instante y cuando él sufra, le manifestará su sufrimiento. Él la llamará su *querida santita*, su *consejera*, su *testaferro*, su *encargada de negocios ante Dios*. Ella le comunicará su pureza y su juventud. Ambos irán así, tomados de la mano, al encuentro de los siglos venideros y esperamos el Giotto que interprete su noviazgo.

Cuando la muchedumbre venga a asaltar la pequeña iglesia de esa aldea perdida, el Padre Vianney puede sentirse ya completamente tranquilo; no es al párroco a quien acudirán a ver, sino a su santita ataviada de terciopelo granate, acostada en un féretro de cristal.

CAPITULO IV

LA IRRADIACION DE LA FE

I

El Padre Vianney se hace ilusiones. Un santo vivo es más buscado que un santo muerto. Es con él, el asunto. Es por él que la muchedumbre va a precipitarse a su aldea.

Se recordará su predicción, involuntaria: "Esta parroquia no podrá contener a todos los que más adelante acudirán a ella". No dijo entonces sino lo que le hacía decir el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo no miente. No hay ninguna sorpresa para él cuando la profecía se cumple.

La transformación progresiva de la parroquia ha producido una impresión profunda en el exterior. Muchos párrocos, muchos vicarios, debieron preguntarse cómo se las habría arreglado el Padre Vianney. Aquellos a quienes inspiraba lástima por su aparente ignorancia, se dieron cuenta de su valor, aunque sin explicárselo todavía claramente. No hubo la menor vacilación en solicitar su ayuda en calidad de reemplazante

o de auxiliar, desde diversos lugares. Como sea que nunca se negaba, se tomó el partido de llamarle siempre. Salía temprano, a pie. Regresaba de noche a su parroquia, extenuado y helado, para asegurarse de que todo andaba bien. La extraña fiebre que había de roerle hasta el fin de su vida terrenal, había hecho presa ya en su flaco cuerpo. Pero no compadecía su propia pena.

Era la época en que los Cartujos de Lyon enviaban misioneros a las parroquias demasiado pequeñas para tener derecho a un párroco. Al respecto, Ars era privilegiado, aunque no se había creído hacerle un regalo envidiable, al mandar allí al Padre Vianney. Sea como sea, lo cierto es que tuvo que predicar y confesar en misión y con motivo de varios jubileos, en Chanceaux, en Montmerle, en Limas y aun en Trevoux.

Esas expediciones incesantes tuvieron como consecuencia acrecentar su irradiación. Indudablemente, en una distancia de diez leguas a la redonda, su nombre era conocido desde hacía mucho tiempo. No había nadie que no hubiera oído hablar de su caso, en favor o en contra. Sin embargo, se desconfiaba. Todavía no se hubiera molestado nadie a dirigirse a Ars para ver al santo varón. Pero, puesto que estaba cerca, se aprovechaba la oportunidad.

Desde el primer sermón, hubo que admitir que sus feligreses no exageraban sus merecimientos. Su elocuencia, que no era tal, o más que era la verdadera, "la que se burla de la elocuencia", se destacó a los ojos de cada cual como algo completamente nuevo. Repetía veinte veces lo mismo, frases que todos sus cofrades habían empleado antes que él sin obtener ningún efecto notable y que sus feligreses habíanse acostumbrado a oír sin escucharlas. Pero, seguramente, las pensaba y las sentía con más fuerza, pues lo cierto es que encontraban

el medio de conmover profundamente los mismos corazones.

Lo que no se sospechaba en modo alguno, lo que llenó de estupefacción a los laicos y, sobre todo, a los sacerdotes, fué la revelación de su genio de confesor. ¿Leía ya en las almas? Cara a cara con él, ¿se experimentaba el ascendiente de su fe, de su caridad conquistadora? El caso es que en la misión de Trevoux, en el año 1823, el confesionario donde confesaba él no se hallaba nunca vacío. Se había probado por curiosidad y se regresaba por necesidad; gracias a él, se descubría el valor infinito del sacramento de la penitencia. Acudieron personas sencillas, señores notables, sacerdotes inclusive... A veces, el que le hospedaba tenía que aguardarle hasta medianoche para cenar, según refiere un testigo. Pero, así y todo, apenas probaba la cena.

"Tengo un excelente obrero —declaraba otro de sus cofrades—. Trabaja mucho y no come nada."

No cabe duda de que su fama creció rápidamente en la diócesis. En la parroquia de Limas, donde fuera a predicar las Cuarenta Horas, al subir al púlpito se encontró con el coro lleno de eclesiásticos que habían ido allí expresamente para escucharle.

"Al principio, aquello me intimidó —explicaba—. Sin embargo, empecé a predicar acerca del amor de Dios y parece ser que *aquello anduvo todavía bien*. Todo el mundo lloraba."

He aquí un resultado que no consiguen a menudo, ni siquiera los maestros del púlpito. Por lo mismo se tomaron en serio las conversiones operadas por él, las virtudes que se le atribuían y que avergonzaba a muchos y aun sus primeros milagros, que escandalizaban a los timoratos. Tan es así, que un día el Pa-

dre Vianney ya no tuvo necesidad de ir a la montaña, por cuanto la montaña había venido hacia él.

En 1827, cuatro años después de la gran misión de Trevoux, se calcula en un término medio de veinte diarios, los peregrinos que se dirigían a Ars para hacerse curar allí su alma; cierto número de ellos se radicaron allí; el camino estaba amojonado. No habían transcurrido dos años, cuando la afluencia de forasteros tomó proporciones tales, que el pobre Padre Vianney no tuvo ya un minuto de descanso. La cadena que lo sujeta a su confesionario no será rota ya sino por la muerte, después de treinta años de ministerio. No cabe imaginar sin extraordinario espanto, el heroísmo que Dios va a exigir a su elegido.

II

El Padre Vianney se acostó a las nueve, o a las diez tal vez. Nadie podría asegurar que ha dormido. A medianoche, se levanta. Linterna en mano, baja la escalera de su presbiterio. Hay gente alrededor de la iglesia, en el cementerio y en el pórtico que ha hecho edificar cerca del campanario. Penetra en el recinto sagrado, se hinca de rodillas y pide a Dios que se digne bendecir el nuevo día que empieza. Enciende uno o dos cirios, toca personalmente el *Angelus*, abre la puerta a los peregrinos y vuelve a ocupar su puesto en el confesonario de la capilla de San Juan Bautista.

Un alma se abre frente a él.

Eso nos parece muy sencillo. Sin embargo, para él, constituye cada vez un drama, una prueba, una *cruz*.

El dominio secreto donde no penetran ni siquiera los Ángeles, en el que se guardan no solamente las acciones, sino hasta los pensamientos y el bosque siniestro de las intenciones, entreabre su puerta y hace de un extraño un confidente.

Ese extraño, ese confidente, no es ya un hombre como los demás, un hombre curioso, divertido, indiscreto tal vez; es el delegado de Dios en la tierra. El oído que escucha y no transmite la confidencia más que a Dios, es verdaderamente el oído de Dios. La boca que contesta, que guía, que consuela, que ata y desata es, realmente la boca de Dios.

El párroco de Ars es ese oído y esa boca. *Y él lo sabe*. Lo sabe como todos los sacerdotes, pero mejor que ninguno. Las confesiones, rápidas y numerosas, no toman nunca con él el aspecto de simples formalidades; no admite un segundo de plazo en la conciencia de su sacerdocio. Cada vez escucha en Dios y cada vez contesta en Dios; con un gran temblor (no es más que Su humilde ministro) pero con el don de todos sus recursos íntimos y con la certidumbre de ser reaprovisionado por Dios.

El alma que va a abrirse no lo hace siempre con mucho agrado. Si teme, la tranquiliza. Si finge, la desenmascara. Si no se abre más que a medias, sabe conseguir lo haga por completo. Lleva en sí mismo un argumento positivo al que nadie puede resistirse.

Para que los demás se muestren tal como son, él mismo se muestra tal cual es, en un amor desnudo y sin medida; al alma que se abre le abre la suya, en la que ve el amor de Dios. Si está vacía, la llena. Si tiene sed, le da de beber. Le da la sed de Dios si, ¡ay!, se halla privada de ella, descubriéndole en el fondo de sí mismo el manantial de las gracias del Cielo.

Pero ¡qué espectáculo triste el de la aridez, de la terquedad, de la indiferencia! El instante en que la puerta se desliza, en que la cortina va a ser levantada, constituye para él la señal de una angustia siempre nueva;

porque siempre será un nuevo "vistazo" que los ojos del pobre sacerdote tendrán que echar sobre la miseria de la criatura que no quiere amar bastante a su Dios.

Si es sólo ignorante, la instruirá. Si inconsciente, la iluminará. Si tibia, la calentará. Si perezosa, la sacudirá. Si adormilada, la despertará. Si tornadiza, la fijará. Si débil o cobarde, la animará. Si seca o dura, la regará. Si endurecida, la quebrará. Si es desdichada, la consolará. Si es demasiado dichosa, la desolará. Y al alma extraviada, la rescatará.

¿Quién no se sentiría, pues, dominado por el vértigo al borde de esos abismos que la vida abre en los corazones? Pero, como decía Pedro Dupouey, el Padre Vianney "sujeta con firmeza la mano de su madre la Iglesia"; se afirma en la roca de sus enseñanzas; se apoya en el soplo del Espíritu que la ha inspirado y que, si quiere, puede inspirarle a él mismo a cada momento. Cuanto más percibe la inmensidad de su debilidad, más fuerte se siente, por cuanto cede el lugar a Dios.

Fuerte y sufriente. Su poder prestado constituye su sufrimiento personal. Jesucristo, en la Cruz, ha tomado sobre sí todos los pecados de los hombres. Su ministro debe asumir la parte de sufrimiento que corresponde a los que le son confesados: su parte de salivazos y su parte de golpes, su parte de insultos, su parte de heridas. Durante todo el día, y a menudo por la noche también, dentro de la cárcel de madera donde se halla encerrado, ofrece la mejilla, la espalda... y perdona. Sin embargo, su pensamiento permanece lúcido; porque también sabe dirigir.

Absolver a un alma no es todo. También es preciso darle un consejo, heroico unas veces, prudente otras, que podrá permitirle, si por lo menos es generosa, no

sólo evitar las culpas en las que se halla demasiado tentada de recaer, sino de remontar la corriente del mal, tan arriba como su propia naturaleza, ayudada por la gracia de Dios, sea capaz de permitírselo. Y para rendir su máxima posibilidad, cada una exige un tratamiento particular.

Tantas almas, tantos casos distintos. No hay en la creación dos briznas de hierba idénticas; con mayor motivo no puede haber dos almas iguales, puesto que la más sencilla de ellas ha sido creada al nacer por un acto nuevo y siempre distinto, de la voluntad infinita e infinitivamente diversa de Dios. Y luego cada una de ellas es lanzada a la tierra y aferrada de inmediato en una red de circunstancias y de influencias que multiplican más todavía su diversidad natal. He aquí, ¡ay!, un campo de experiencias del que los psicólogos profesionales no podrían agotar los misterios ni las riquezas.

Los más profundos de ellos, los más sutiles, Montaigne, La Rochefoucauld, Rivarol o Stendhal, hasta Proust o Gide, no son más que niños junto a un director de conciencia que toma a pecho su ministerio y empeña en él la salvación de los demás y la suya propia. Aquellos ejercen su arte en el papel que lo soporta todo. Son indiferentes, o poco menos, a las consecuencias.

Pero, sobre todo, se les escapa la parte mayor de su ciencia: la que discierne en un alma lo que es de ella y lo que no le pertenece, las mociones interiores y las mociones exteriores y, entre estas últimas, las que proceden del diablo y las que proceden de Dios. Tampoco sabrían fijar la capacidad de fe y de amor de que ha sido dotada el alma en cuestión y el modo exacto de santificación que ha previsto para ella el plan divino. Mientras ignorarán y se esforzarán en seguir ignorando las Virtudes y los Dones y la acción de lo Sobrenatu-

ral, no harán otra cosa que rozar al hombre; no penetrarán más que la mitad de su secreto.

El párroco de Ars, por gracia infusa, posee en el más alto grado esa ciencia humana y divina que tiene en cuenta a la vez la naturaleza común a los hombres, la disminución común que les ha inflingido el pecado original, la singularidad de la persona, las influencias malignas que la asaltan, las protecciones divinas que la cubren y los bienes que la gracia dispensa a lo íntimo del alma para alimentar en ella la vida de Dios.

Para la gloria de Dios, para la felicidad de los hombres, no tiene sino un fin: hacer santos. Salvar a unos, elevar a los otros; asegurar a cada cual un lugar, pequeño o grande, en la última fila o en la primera, en la fiesta eterna del cielo. Campesinos, personas de clase media, nobles, intelectuales, sacerdotes, religiosos, un mundo entero se agolpa, prodigiosamente abigarrado, contradictorio y desigual, a la pequeña ventanilla detrás de la cual el Padre Vianney permanece constantemente... *y los comprende a todos.*

"En la dirección —escribe el Padre Monnin— el punto capital consiste en seguir el llamado de Dios y hacerlo seguir a los demás; no adelantarse al Espíritu Santo; *entregarse uno mismo a las almas,* a fin de volverlas conforme a Jesucristo."

El Padre Vianney era la encarnación del buen sentido y no abdicaba su buen sentido en el confesonario. Pero, de pronto, abandonaba el suelo, daba alas a la prudencia humana, la invitaba a superarse y la ayudaba discretamente a ello. Un toque aquí, un golpecito allí —de los que el alma apenas se daba cuenta— y ésta se erguía repentinamente. Encontraba el equilibrio superior de la certidumbre mística. Ponía un pie firme en el camino de la perfección. Recibido el impulso, ya

no tenía más que seguir por él. El Padre Vianney no la inducía nunca en falso.

Tal vez parezca singular que un sencillo sacerdote, y lo que es más aun, un sacerdote sencillo —y, como se verá a continuación, tan ansioso, tan vacilante acerca de su propia vocación—, decidiera con tanta seguridad de la de sus penitentes, y eso desde el primer encuentro. Ni el buen sentido, ni siquiera la intuición en su modalidad humana de ejercicio, ni tal vez la gracia particular debida al que dispensa el sacramento, no habrían bastado para el caso. La verdad es que el Padre Vianney leía en los corazones como en un libro abierto. El Padre Monnin, a quien no nos cansamos de citar —es él quien ha comprendido mejor que nadie la santidad del cura de Ars, siendo también un poco santo a semejanza suya—, explica luminosamente ese poder extraordinario.

Según él, la unión con Dios da al hombre la facultad de penetrar los misterios más profundos de la conciencia bajo la envoltura del cuerpo. En el estado ordinario "el alma sale de su santuario para esparcirse sobre los objetos sensibles"; no alcanza de ellos más que el exterior. En el estado místico, por el contrario, se repliega en sí misma y, no estando ya aturdida por los ruidos de este mundo, "sino orientándose hacia las regiones de donde procede la verdad", adquiere, incluso acerca del mundo, puntos de vista "más limpios y más sanos". El velo se adelgaza, se espiritualiza. El hombre se adelanta en cierto modo a la purificación de la tumba y su espíritu, libertado de la carne, tiende a parecerse al de los Ángeles. Ve como ellos, sin utilizar los sentidos. Tiene, como ellos, una visión directa de los acontecimientos ya cumplidos en el mundo material. Puede ver en Dios, si Dios lo permite, los aconteci-

mientos del porvenir y, también, el secreto de las almas. Participa a un tiempo de la ciencia angélica y de la omnisciencia de Dios. ¿En qué medida? Sólo Dios lo decide. Así, pues, sabe más el santo acerca del mundo al que se cierra, que el sabio que no se abre sino a éste.

III

Antes aún de que le hablara, el Padre Vianney adivinaba con qué alma tenía que habérselas. Apenas se estaba en su presencia, no era posible ocultarle nada. Hubiérase dicho que se instalaba en la conciencia de sus penitentes con más franqueza que ellos mismos, con más memoria que ellos, y que hacía en ellos el oficio de franqueza y de memoria. Si alguien, disponiendo de poco tiempo, desesperaba de poder llegar hasta él, oía el llamado que no se atrevían a formularle en voz alta y le rogaba pasar antes de que llegara el turno. Parecía que tuviese en sus manos un millar de hilos invisibles que sujetaban a él todas las personas presentes y que no tuviese más que tirar del hilo correspondiente cuando era preciso. Le bastaba levantar el brazo; el que señalaba mentalmente se sentía señalado y obedecía a su gesto.

¿Quieren ustedes hechos concretos? Citaremos algunos.

Hay afluencia de peregrinos. Tres señoras, la abuela, la madre y la nieta, que han esperado pacientemente varios días, renuncian a entrevistar particularmente al santo varón. Por otra parte, les parece que su conciencia se halla en orden. Ni la madre ni la abuela sospechan la culpa mortal que atormenta a la joven y la ayuda inmediata que precisa. Con el tiempo justo para detenerlas y sin la menor razón aparente, el Padre Vianney interrumpe sus confesiones y sale del confesonario. Se dirige al encuentro de las tres señoras, se encara con la pecadora y le ordena que le siga inmediatamente.

He aquí, ahora, a un bandido, a un ladrón de caminos, que ha caído enfermo, pero no está arrepentido, que acude a Ars para hacerse curar (¿confunde al párroco con un curandero?); pero el sacerdote se niega a escucharle. Regresa, insiste; se confesará si es preciso, reservándose decir lo que le parezca. Terminada su confesión, el Padre Vianney le pregunta:

"¿Eso es todo?

—Sí, padre —contesta el bandolero.

—Sin embargo no me has dicho que tal día y en tal parte hiciste *eso*. Y tal otro día y en tal parte, *aquello*".

Y le cita todos sus crímenes. El ladrón se marcha convertido, y hasta curado.

Un joven de Rive de Gier apuesta que burlará la perspicacia del sacerdote. Se presenta golpeándose el pecho y gimiendo.

"—Es un grandísimo pecador el que acude a usted —murmura.

—Bueno, amigo mío; pero no tengo tiempo que perder. Busca otro confesor."

Y el Padre Vianney le vuelve la espalda. Esa recepción imprevista induce al mixtificador a reflexionar. Se examina, se avergüenza de sí mismo... Regresa junto al párroco con una conciencia verdadera y una contrición real. El párroco lo ha comprendido, por cuanto le recibe con los brazos abiertos.

Un anciano incrédulo que se ha unido a un grupo de peregrinos, penetra en la iglesia por simple curiosidad.

No sospecha lo que le espera. Es detenido al paso por el Padre Vianney, que lo conduce a la sacristía. Una vez allí, el párroco le estrecha cordialmente la mano y le pregunta a boca de jarro:

"—¿Cuánto tiempo hace que no se ha confesado usted?

—Hace treinta años —contesta alegremente el anciano.

—Treinta y tres, amigo mío. Era en tal oportunidad, en la iglesia de tal comarca.

—¡Caramba! Es cierto.

—Entonces ¿nos confesamos ahora?"

La confesión se prolongó por espacio de veinte minutos. El anciano vació toda la bolsa de sus culpas y prometió no volver a llenarla.

Otro caso parecido: Papá Rochette. Ha llevado a Ars a su esposa y a su hijito enfermo. El párroco le llama; no contesta. Una vez. Dos veces. A la tercera, temeroso de ser demasiado descortés, el campesino le acompaña detrás del altar.

"—Después de todo —piensa—, no me va a comer".

El Padre Vianney le señala el confesonario.

"—Ahora, nosotros. Entre ahí.

—No tengo muchas ganas —contesta el hombre.

—No importa. Todo es cuestión de empezar."

Es el párroco quien empieza por él, recordándole primero ciertas culpas que había olvidado. Papá Rochette no vuelve de su asombro; ya no tiene más que proseguir.

Vamos a mencionar, ahora, el caso más sutil de una penitente que se analiza. Permítasenos transcribir

una parte del relato que hizo ella al Padre Monnin.

"Agobiada por una pena espiritual que afectaba en cierto modo a mi vocación, vacilaba en comunicársela, encontrando difícil explicarme bien y temiendo que, al no comprenderme bien, me diese una decisión que podía turbarme para el resto de mi vida. La confianza que tenía en él era superior a la que podía depositar en otro cualquiera. Sentía que todo cuanto pudiera habérseme dicho para destruir la impresión de sus palabras habría sido inútil. Como no se trataba de nada que pudiese afectar la integridad de mi confesión, resolví, no sin pesadumbre, guardar silencio.

"No puedo describir la impresión que experimenté y que me trastornó interiormente, *cuando contestó a lo que le ocultaba, con una precisión que no me habría atrevido a esperar, ni siquiera en el caso de haberle expuesto el asunto con el mayor cuidado y la máxima minuciosidad.*"

Veía lejos en el espacio; veía lejos en el tiempo: los casos de *previsión* debidamente registrados y comprobados son innumerables.

Su mirada penetraba hasta en la otra vida. Una dama cuyo esposo se había suicidado tirándose al agua, obsesionada por la idea de su condenación eterna, dirigióse a Ars para solicitar del "vidente", aunque sólo fuese la sombra de una esperanza. No tuvo tiempo de plantear el asunto.

"—Tranquilícese usted, señora. En el trayecto entre el puente y el agua, su marido se arrepintió de su proceder. Hizo un acto de contrición. Rece por él".

En los anales del santo párroco no faltó nunca el drama. Entendemos que no se nos reprochará mencionar otro más.

Una mujer de sociedad, pero de mala vida, que había ido a Ars por curiosidad, fué abordada cuando cruzaba la plaza.

"—Sígame" —le dijo.

Apenas estuvieron solos, sin hacerle ninguna pregunta, le mostró su propia vida como en un espejo: las debilidades, las caídas, las recaídas, el endurecimiento en la ignominia. Luego guardó silencio. La joven, trastornada, le preguntó espontáneamente si quería confesarla; conclusión lógica, al parecer, de la intervención del santo varón.

"—Sería inútil —le contestó el Padre Vianney—. Veo en su alma dos demonios: el demonio del orgullo y el demonio de la impureza. Mientras no se halle usted dispuesta a cambiar de ambiente, ambos la encadenarán y yo no podré absolverla. Conozco sus disposiciones. Usted caerá todavía más bajo."

Completó el cuadro de su vida con espantosas precisiones acerca de su decadencia inminente. La mujer lanzó un grito de espanto:

"—Entonces ¿estoy condenada?

—No digo tanto. Pero su salvación será difícil.

—¿Qué debo hacer?

—Regrese mañana y se lo diré."

Ahora bien, todo lo que predijo sucedió. Esta vez, no sólo había predicho el porvenir, sino que *lo había cambiado*, o, para ser más exactos, había obtenido de Dios la ayuda poco probable y no merecida que debía vencer las debilidades de una desdichada.

IV

Se había mostrado duro y lo fué a menudo. Mientras no había conseguido que un alma renunciara a su

pecado, le rehusaba el perdón. Nunca velaba la gravedad del mal.

"—Amigo mío, estás condenado" —indicaba sin frases rimbombantes.

Pero agregaba:

"—Qué desdicha!"

Y entonces estallaba en llanto. Se le veía tan entristecido por la perdición del pecador, que éste dejaba de considerar aquella con un encogimiento de hombros y de contar solamente con la bondad de Dios para salvarse. A quienes todo se lo perdonan a sí mismos, Dios, ¡ay!, no les perdona nada. Se comprendía, pues, que era preciso intentar un esfuerzo, pagar realmente con la propia persona. La mayor parte de las veces, el Padre Vianney exigía del pecador una expiación seria.

De la Madre María Verónica, que más tarde había de fundar la Orden de las *Víctimas del Sagrado Corazón*, se cuenta que, para poner a prueba su vocación, la hizo poner de rodillas, con los brazos en cruz, delante de la puerta de la iglesia. A un joven de veintiseis años que quería convertirse pero prefería que no se supiera, le ordenó que, en su pueblo natal, siguiera la procesión del Santísimo Sacramento en el lugar más destacado, inmediatamente detrás del palio. En cuanto un peregrino que se había jactado de su ateísmo había sido doblegado, le ponía un rosario en la mano, intimándole, como penitencia, recitarlo ostensiblemente delante del altar. De aquellas humillaciones bienhechoras sabía extraer efectos poderosos y profundos para las almas.

El que tiene el insigne honor de gobernar la parroquia del santo y ocupar desde hace tiempo el lugar del mismo, (1) nos dice al respecto, con una exactitud perfecta, que para llegar a la fe, el camino más corto y más

(1) Monseñor Convert: El Espíritu del Cura de Ars.

seguro "es practicar en primer término las obras de ella". En esto se apoya en la palabra de San Juan:

El que hace la verdad acude a la luz (10-21).

Tal es la clave de la "política de las almas" que practicaba el Padre Vianney. Obligaba a los convertidos vergonzosos a exhibirse, a los tímidos a declararse, a los timoratos a comprometerse. Por igual razón le ocurría a menudo confesar por fuerza almas sin fe aparente. Hemos citado ya varios casos; pero el que menciona Monseñor Convert, ilustra admirablemente ese método audaz.

Un buen día, el párroco de Ars ve entrar en su sacristía a un "caballero de la alta sociedad". El desconocido se acerca con el mayor respeto y el servidor de Dios (equivocado por una vez, o solamente simulando estarlo) cree adivinar su intención. Le señala con la mano el pequeño escabel donde acostumbraban arrodillarse sus penitentes.

"—Señor cura —se apresura a indicar el hombre de los excelentes modales. . .— No vengo a confesarme, sino a discutir con usted.

—¡Oh, amigo mío! Va usted muy mal dirigido; yo no sé discutir. Pero si precisa usted algún consuelo, arrodíllese ahí. Y créame que muchos otros lo han hecho antes que usted y no se han arrepentido de ello.

—Pero, señor cura, ya he tenido el honor de decirle que no venía para confesarme y eso por una razón decisiva: que no tengo fe. No creo en la confesión, ni en todo lo demás.

—¿No tiene usted fe? ¡Oh, cuánto le compadezco! Vive usted en la niebla. Un niño, con su catecismo, sabe más que usted. Me consideraba muy ignorante, pero usted lo es todavía más que yo. ¿No tiene fe? ¡Pues bien! Vea; póngase de rodillas ahí. Voy a escuchar su confesión. Cuando se haya confesado, creerá usted, lo mismo que yo.

—Pero, señor cura, lo que me aconseja usted hacer es ni más ni menos que una comedia.

—Póngase ahí de rodillas."

"La persuasión, la dulzura, el tono de autoridad templado por la gracia con que aquellas palabras fueron repetidas hicieron que el hombre se encontrara de rodillas, casi sin darse cuenta de ello y a pesar suyo. Hizo la señal de la Cruz, que no había hecho desde hacía mucho tiempo, y empezó la confesión de sus culpas. Al levantarse, no sólo se sentía consolado, sino también perfectamente creyente."

El párroco de Ars, al abordarla, había diagnosticado la extremada vaciedad del alma aquella. A falta de fe explícita, había descubierto en ella bastante tierra vegetal para plantar en ella la fe ausente o para alimentar la semilla todavía viva, que no pedía otra cosa que abrirse.

Ya sabemos que no obraba nunca solo. A veces pedía a los santos de su predilección una colaboración menos secreta. Al peregrino que le oponía una negativa o cuyas disposiciones consideraba insuficientes, le aconsejaba simplemente que fuese a reflexionar en la capilla de la Virgen, en la de Santa Filomena o en la de los Santos Ángeles. Lo que no hubieran podido lograr sus palabras, lo conseguía media hora de silencio frente a los Santos.

Así fué como pudo verse al señor Maissiat, geólogo y librepensador, que se había hecho sucesivamente Judío, Musulmán, San Simonista y por último comunista, llorar a lágrima viva frente a la virgencita mártir, sin saber a ciencia cierta el por qué. Cuando abandonó la capilla, distaba mucho todavía de creer, pero había adquirido la voluntad de creer: el santo párroco podía reiniciar la tarea.

Aquí usa un rodeo; allí, bastará con un ataque

brusco. Cuestión de categorías. En el conocimiento de los "caminos", nunca le ha superado nadie.

En medio de la muchedumbre, entre la casa parroquial y el recinto sagrado, hay un cazador de patos salvajes con su perro y su fusil; al pasar, el cura se detiene:

"—Señor —indica cortésmente— sería deseable que su alma fuera tan hermosa como su perro."

Desconcertado, el curioso cae de rodillas, confía el animal al primero que pasa y entra en la iglesia con el sacerdote. Y ¿saben ustedes qué consejo recibe en el confesonario, qué consejo acepta, él, el indiferente, el incrédulo, de ese confesor que no ha buscado?

"—Amigo mío, ¡ingrese usted en la Trapa!"

No se trata de una broma, puesto que ingresa en ella un año después.

Puede ocurrir lo contrario. A un joven que se cree "llamado", le aconseja el matrimonio. A un sedicente místico le prohibe la oración. Lo mismo que llega a las almas por los medios más diversos, las guía hacia la vida eterna por los caminos más diversos. Y toda esa tarea secreta, difícil, la realiza pronto y sin vacilaciones. No se entretiene sino cuando el asunto merece la pena. No pierde tiempo en dar razones. Diagnostica el mal, prescribe el remedio y despide suavemente al penitente tranquilizado.

V

He aquí su misión. He aquí como la cumple. Muy vana y escandalosa a los ojos de los incrédulos. Pero, para éstos, el mayor escándalo es su desprecio de las miserias del cuerpo.

No es médico de los cuerpos.

Faltando el pan para las huerfanitas de La Provi-

dencia, le vimos multiplicar para ellas la harina y el trigo. Le veremos curar a incurables, sanar enfermos y librar a impotentes. Los milagros de orden material que pueden ser anotados en su activo y en el de Santa Filomena, serán numerosos a la larga. Pero sería falsear completamente su carácter y su figura, atribuir a esas maravillas más importancia de la que les atribuía él. En su misión específicamente espiritual, no eran sino un agregado, un lujo, algo superfluo.

Se mantenía en la línea del Evangelio que nos muestra a Nuestro Señor, aliviando sólo los cuerpos para ganar las almas y para persuadir a los hombres de su omnímodo poder sobre el universo.

"—Vé —decía el Maestro—. Tu fe te ha curado."

Lo que interesa es la fe y no la curación, lo mismo si es causa que efecto de tal curación. Pero los hombres están hechos de tal modo que el espectáculo de un ciego que ve les conmueve más que el de un alma que se entrega. Es preciso tener en cuenta semejante debilidad. Pero lo menos posible, pensaba el párroco de Ars.

De todos modos, el Padre Vianney tenía en su corazón tesoros de compasión; y su compasión le dotaba de un poder del que no siempre podía diferir o disimular los reflejos.

Pasa una pobre mujer, clavada a sus muletas, y su mirada implora. ¿Cómo no decirle?:

"¡Pruebe a andar!"

¡La compadece tanto!

"Pero, camine pues, ya que se lo dicen" agrega el Padre Toccanier, su vicario.

Anda, efectivamente. Puede imaginarse el entusiasmo de los peregrinos.

El Padre Vianney exclama:

"!Llévese sus muletas y huya!"

Y él huye también.

"—Hoy me ha sucedido una *cosa graciosa* —contaba otro día—. ¡Qué vergüenza he sentido! Si hubiera encontrado una cueva de ratones me habría escondido dentro de ella... Digan lo que quieran, el buen Dios todavía realiza milagros. Una señora me ha traído un niño que tenía un mal grande al lado del ojo. Me ha hecho tocar el mal y *se ha derretido todo.*

—Esta vez —le contestan— no dirá usted que se trata de Santa Filomena, ¿verdad?

—¡Ah! El caso es que también podría tener algo que ver en el asunto."

En la capilla de su santita, tuberculosos, ciegos, mudos, paralíticos, recibieron la gracia de la curación. Antes de enviarles a ella, los catequizaba, se cercioraba de su fe, indicaba los obstáculos que la imperfección oponía necesariamente a la gracia. No quería un *sí,* ni un *pero.* Una vez que había dicho: "eso no es posible", "no eres digno de ello", la curación no se producía.

No le gustaba que las curaciones se produjesen repentinamente.

"—Eso da demasiado que hablar —explicaba a su vicario—. He rogado a Santa Filomena que cure aquí tantas almas como quiera, pero que los cuerpos los cure en otra parte. Esta vez se ha dignado escucharme: varias personas enfermas han venido aquí a empezar su novena, para terminarla en su casa, y han sido atendidas. Y así no se ha visto, ni sabido."

Pero estaba muy enfurruñado cuando la santa no curaba a nadie. Un día, la retó durante la Misa:

"Gran Santa, si no realizas más milagros, vas a perder tu fama."

En el mismo momento y sin que él lo advirtiera, un peregrino que asistía al Santo Sacrificio sentía alejarse el mal que sufría.

La mayor parte de las veces consideraba útil, más útil, dejar a los hombres sus males.

"Ese pobre cuerpo que debe morir, no es gran cosa."

Y sobreentendía:

"¡Que se le deje *su cruz!*"

Es ahí donde hay que volver siempre con los Santos. Ninguno ha predicado jamás otra cosa, ni siquiera los más risueños, los más dulces, los más misericordiosos. El centro mismo de la prédica de Nuestro Señor Jesucristo, su Maestro, es el acto voluntario por el que se clavó en la Cruz.

Cualquiera que pueda ser al respecto la opinión de un siglo materialista que sólo se preocupa de la comodidad del cuerpo, no se trata tanto de disminuir el sufrimiento de los hombres en esta tierra, que no es más que un punto en la extensión, que no es sino una vida secundaria en el tiempo, como de preservar su alma, y su carne también, de una eternidad de privación de la única dicha que vale la pena, la que procura la vista de Dios.

Un niño vivía en su cama, despellejado de pies a cabeza, sin descanso, sin esperanza terrenal. El párroco se inclina sobre él:

"—¿Sufres mucho, pobre hijo mío?

—No —contesta el muchachito—. Hoy no siento mi mal de ayer y mañana no sentiré mi mal de hoy.

—¿Quisieras curarte?

—No; antes de estar enfermo era malo; podría volver a serlo. Estoy bien así."

Y el Padre Vianney agregaba:

"Niños en quienes reside el Espíritu Santo, nos hacen sentirnos avergonzados..."

"La Cruz es la escalera del cielo —indicaba también—. El que no ama esa Cruz quizás podrá salvarse, pero con dificultad: será una pequeña estrella en el fir-

mamento. Aquel que habrá sufrido y luchado por su Dios, brillará como un hermoso sol."

Realmente, sueña con una humanidad crucificada, que poblará, que superpoblará el cielo de astros felices.

¿Crueldad?... ¡No! Caridad. Caridad sobrehumana. La principal debida a los hombres, por cuanto el destino del hombre es sobrehumano.

"Amemos la Cruz —repetía sin cesar—. Es el don que hace Dios a sus amigos."

La muchedumbre que se agolpa en la pequeña iglesia de Ars, estrecho corredor dominado por un humilde púlpito, que un sacerdote más humilde que los otros sacerdotes atraviesa con paso de labriego, ¿sabe lo que viene a buscar, lo que reclama de ese hombre, cuando el gran hálito de la gracia la levanta hacia él y la deposita a sus plantas?

"La Cruz y el amor a la Cruz."

Los milagros de curación no son allí más que un reclamo para las almas débiles, que saldrán fortalecidas y resueltas a sufrir bien.

Si sufren mal, el Padre Vianney tomará su lugar.

CAPITULO V

EL PRECIO DEL EXITO

I

Así, pues, el éxito se convierte en triunfo. Los peregrinos atraen hacia Ars a los peregrinos, los curiosos a los curiosos, los convertidos a los incrédulos. Llegan, ahora, de todas las provincias de Francia, del extranjero y del otro lado de los mares. La gente humilde ha lanzado el alerta, la clase media la seguirá, a pesar de sus prejuicios, y bien pronto también el mundo de la inteligencia. Se verá allí sabios, artistas, teólogos, prelados. Lacordaire bajará de su púlpito de Nuestra Señora para subir al del modesto sacerdote; no es él quien lo honra, sino el púlpito quien lo honra a él. Se organizará un servicio de diligencias; se formarán trenes especiales; se edificarán hoteles para peregrinos. La afluencia será tal, que un gran número de personas se verán obligadas a hospedarse en casas particulares. A veces hay que quedarse ocho días para conseguir una audiencia. En la iglesia del Padre Vianney se aprenderá a tener paciencia. Habrá guardias de corps y acomodadoras benévolas.

El acontecimiento local no tardará en adquirir caracteres de acontecimiento universal. El mundo nuevo que parecía haber dado a luz el pensamiento sacrílego del siglo XVIII, medio sordo a los llamados generosos de un puñado de pensadores y de oradores cristianos, despierta un buen día al murmullo de esta increíble noticia:

"Si, buena gente; ¡Francia tiene un Santo!"

Se había creído que ya no los habría más, que sólo podían surgir exaltados que, en épocas revolucionarias, se arrojan sobre la carne insubstanciosa del martirio. Lo que vemos ocurrir con Santa Teresa de Lisieux, pero sólo después de muerta, ocurre con el Cura de Ars durante su vida.

"¿Quién quiere ver un Santo en carne y hueso?" exclamó repentinamente la fama.

¿Quién no quiere ver a un Santo?

Los que no se atreverán a enfrentarlo en el confesonario, o no serán llamados a él, por lo menos podrán comprobar desde afuera que un Santo —por lo menos aquel—, es un hombre muy atareado. Júzguese de ello.

A la una en punto de la madrugada, reza su oración en la iglesia.

Confiesa a las mujeres hasta las seis.

A las seis celebra su Misa.

Luego, hace su acción de gracias.

Después se pone a disposición de los fieles para bendecir imágenes y distribuir consejos.

Alrededor de las ocho, a instancias de las señoras de La Providencia, se permite ir a beber con ellas medio vaso de leche, sin pan.

Como sea que también ellas necesitan consejos, se los da "al vuelo".

A las ocho y media está de regreso y atiende a los hombres en la sacristía.

A las diez, se interrumpe para rendir homenaje al Buen Dios de sus Pequeñas Horas.

Y luego vuelve a confesar un rato.

A las once regresa a La Providencia para enseñar el catecismo a los niños, sobre todo a sus huerfanitas, y a muchas personas mayores.

A mediodía reza el Angelus y regresa a la casa parroquial para almorzar.

Tarda un cuarto de hora largo en cruzar la plaza, porque la muchedumbre se agolpa; de nuevo es preciso aconsejar y bendecir.

Come de pie, rápidamente, no siempre en silencio, por cuanto sus familiares aprovechan los momentos de sus comidas para confiarle sus miserias.

De todos modos, a las doce y treinta tiene que visitar a sus enfermos, escoltado siempre por la muchedumbre, que no se cansa de interrogarle.

Apenas regresa a la iglesia, se sume en su Breviario, el tiempo justo para leer Vísperas y Completas.

Pero en cuanto cierra el libro, vuelve de inmediato al confesonario.

Las mujeres lo retienen allí hasta las cinco.

Pasa a los hombres, que le retienen hasta las ocho.

Por último sube al púlpito para rezar la Oración de la Tarde y el Rosario de la Inmaculada Concepción.

Después de tan larga y penosa tarea, ¿creen ustedes, acaso, que va a cenar y acostarse de inmediato?

No; no es muy seguro que cene; tiene que recibir cierto número de almas delicadas, difíciles de convencer o dirigir.

También tiene que terminar su Breviario: Maitines y Laudes, el fragmento más largo. Eso le lleva hasta las diez, por lo menos.

Y hasta no es raro que regrese a la iglesia para seguir confesando y que no salga de ella hasta medianoche.

Luego, se acuesta.

Pero su noche será corta: su nueva jornada, como la anterior, empieza mucho antes de amanecer.

Saquen ustedes la cuenta, si gustan. El Padre Vianney trabaja, por lo menos, veinte horas. Pasa quince o dieciseis, y a veces más, en el confesonario, ya en la capilla de San Juan Bautista, en la caja enrejada donde escucha a las penitentes, bien en la silla de madera dura de la sacristía, donde recibe a los penitentes.

¿Ha estado solo con Dios un par de horas?

Pero siempre está con Dios.

Ese régimen de vida durará treinta años.

Afortunadamente, hay Dios. También existen los domingos: la oración, la prédica.

Sus sermones eran hermosos cuando los preparaba. Son mucho más bellos ahora, cuando los improvisa. Porque se entrega por entero y no se halla limitado sino por su amor. Habla con la voz, con la mirada, con el cuerpo, con sus gritos, con sus lágrimas. Diríase que lucha contra el pecado, como un atleta en recinto cerrado; que ve a Dios y lo hace ver, que sopla sobre su auditorio la tempestad misma del Espíritu Santo. Aunque sean menos particulares que cuando predicaba sólo para sus feligreses, sus consejos exaltados, tiernos, impetuosos, no son menos familiares y directos. Van a conmover incesantemente almas desconocidas. Son para todo el mundo y para cada cual.

Lo mismo que en el confesonario, el Padre Vianney contesta espontáneamente, por intuición, a las dudas, a las esperanzas, a las súplicas que lo asaltan silenciosamente. Podría decirse que en el tribunal de la Penitencia pesca con caña, mientras que en el púlpito pesca con grandes redes. . . o pone el cebo para la pesca inminente.

Es que ya no es sólo su parroquia lo que está en juego. Puesto que el siglo acude a él, la emprenderá con el siglo. Cuando el cólera estalla en París, en Marsella y en seguida en Lyon:

"Hermanos míos —exclama— Dios está a punto de *barrer* el mundo."

Representa el Evangelio desde el púlpito. Lanza a la cabeza de sus oyentes todos los excesos de los Santos: San Juan de Dios, que se hacía pasar por loco para ser despreciado por los hombres; San Benito, que hacía andar a San Mauro sobre el agua; San Vicente Ferrer y sus milagros más espectaculares. . . Se advertía en él la voluntad irreductible de librar a la fe del naturalismo escéptico con el que se combina en el alma de los mejor dispuestos.

¡Cuentos para niños! Pero, como un niño que era, el Padre Vianney creía firmemente en ellos y quería que se creyera como él mismo. "Volverse semejantes a niños" era nada menos lo que proponía a sus oyentes incrédulos. Luego, invocando su propia experiencia, aunque sin mencionarse por otra parte, hacía saber al mundo que se creía muy listo y muy liberado, que el Evangelio continuaba y continuaban la Iglesia, la Santidad y los milagros.

Los trajes de cuello de terciopelo, las levitas ceñidas al talle, los sombreros llenos de plumas en la cabeza de las señoras y los sombreros de seda en las manos de los caballeros, en medio de las blusas y las zamarras de hombres y mujeres del campo, temblaban de un extremo a otro de la iglesia, al soplo inesperado de aquellas verdades paradojales.

Cuando el Padre Vianney, con su voz que se dice que era débil y penetrante, había hablado y gritado, maldecido, bendecido y llorado bastante, descendía del

púlpito. Entonces, todo el mundo se precipitaba hacia él, intentando tocar sus manos y sus ropas. No se tardará en llegar al extremo de cortar furtivamente pedazos de su alba o de su sotana. Se reirá de ello —porque nunca pierde su buen humor— como se ríe ya del retrato que exhiben en muchas vidrieras. Toda peregrinación tiene sus exigencias; nadie regresa sin haber comprado el retrato del Santo. Este no ha querido prestarse nunca a ser fotografiado, pero se le ha "captado" de todos modos. Lo llama "su carnaval".

Con la Misa y el sermón, el tercer consuelo de su domingo serán las Vísperas. Algunas veces gozará de un cuarto: la visita más prolongada que realizará a "La Providencia", su refugio, su "fundación". Ha soñado ya retirarse allí dentro de poco, apenas haya terminado en el pueblo todo ese vaivén y en cuanto se le permita transmitir el puesto a su sucesor. . . Incluso se ha trazado el proyecto de edificar allí una capilla.

Pero Dios resolverá. ¿Quién sabe?

Antes que Dios en persona le contradiga, será contradecido por la propia Iglesia de Dios.

II

La Iglesia desconfía de los Santos.

Y la Iglesia hace bien.

Los canoniza después, pero desconfía de ellos al principio. Tiene misión de prudencia. Es que nada se parece tanto a un santo verdadero, como uno falso.

La mayoría de los Santos nacen en épocas turbulentas en las que, al declinar la fe, la necesidad de creer existe en todas partes. Se creerá en el diablo divinizado, en la diosa Libertad, o en la Paz Universal; en la transmigración de las almas, o en un nuevo Mesías próximo a llegar. El primer curandero recién llegado será considerado un taumaturgo, Tolstoi un profeta, Juan Jacobo un hombre de Dios.

En la época del párroco de Ars, hacía furor la Teosofía. Las sectas, mitad políticas, mitad religiosas, abundaban. Esa sed de Dios sin Dios que se encuentra en el fondo del romanticismo, devoraba las almas lo mismo que hoy. Tanto más, cuanto que si el pueblo rezaba todavía, la gente selecta había apostatado en su totalidad. ¡Ah! Los magos estaban a sus anchas. . . y el demonio también. Porque el demonio, ángel caído, ha conservado el poder de los Ángeles y puede ejercerlo en el límite en que Dios se lo permite.

Crear falsos santos para desacreditar a los verdaderos, he aquí la obra maestra del diablo, que es a la vez un mono imitador y un usurpador. Y a menudo sucede que la gente se equivoca. La Iglesia tiene miedo siempre de equivocarse. De ahí la lentitud, las precauciones, el escrúpulo de sus investigaciones.

Pero el caso es mucho más grave todavía cuando el pretendido santo es un clérigo. Porque podría comprometerla. Y la gravedad del caso resulta doble si se trata de un párroco.

El Padre Vianney comprobaba con espanto que jamás, en el transcurso de los siglos, un cura párroco había sido elevado a los altares. Había en ellos papas, cardenales y obispos, religiosos y hasta laicos. Pero curas párrocos, ninguno en absoluto. De ello deducía tristemente que no había en el mundo estado en el que fuera más difícil la santidad. Y es por eso que dudaba de sí mismo.

Como ya se ha visto, sus colegas de los alrededores le eran favorables. Acaso ya menos que el primer día. Por mas que no se sea celoso, el exceso de éxito in-

dispone. En cuanto a quienes sólo le conocían por referencias, no tenían razón alguna para conceder el menor crédito a simples relatos; y si por casualidad se encontraban con él, su vestimenta miserable les daba vergüenza.

En primer lugar se le reprocha que fuera sucio. No lo era. Distinto en eso de San Benito Labre, no cultivaba los piojos sobre sí. Tenía cuidado de sus ropas interiores, vale decir que cambiaba de prendas internas. Pero cifraba el mayor empeño en ofrecer el ejemplo, en su aspecto externo, de la pobreza evangélica, según él la única digna de un delegado de Jesucristo.

Usaba su única sotana hasta el límite máximo; admitía que se la cosieran y lavaran y no le negaba una buena cepillada. Pero no la desechaba hasta que se caía a pedazos.

Su tricornio duraba más tiempo, por cuanto el fieltro es más resistente que la tela. Resultaba difícil imaginar la forma que tomaría el pobre sombrero, antes de que se agujereara la copa, luego de perder su apresto.

En cuanto a sus grandes zapatones de campesino, los remendaba interminablemente, hasta el punto de que llegaban a estar integrados totalmente por remiendos. No los lustraba nunca; el betún es un afeite y, de consiguiente, una vanidad para el cuero.

Se presentaba con esa vestimenta al retiro anual de los sacerdotes y aún a la mesa del Obispado.

El clero lyonés, que siempre ha sido cuidadoso y había conservado también algo de la elegancia del siglo XVIII, veía en ello una afectación, una censura tal vez. En las conferencias eclesiásticas algunos se mantenían alejados de él. Otros hacían alusiones poco amables en voz alta.

Perfecto. El Padre Vianney no tenía otra finalidad que provocar el desprecio y disculparse de su gloria.

"Indudablemente, vienen muchos a consultarme. Pero ¿por qué, pues? Basta mirarme. Porque soy y seré siempre el último sacerdote de la diócesis".

Lo que menos se le perdonaba era la conquista de los feligreses de sus vecinos. ¿Cómo es posible que personas que tienen junto a ellos un sacerdote, un sacerdote instruído, correcto e irreprochable, tuvieran la ocurrencia de ir a buscar a otro, si este otro no usara procedimientos tortuosos o una propaganda ruidosa para apartarlos de su confesor?

¿Y con qué motivo, vamos a ver? ¿Acaso no era público y notorio que aquel curita grasiento había hecho estudios detestables, que apenas comprendía el latín, que ignoraba casi por completo todo lo relativo a la Teología moral y que era por tolerancia caritativa que se le dió la aprobación a su examen?

"Ese es tan mago como nosotros" declaraba un eclesiástico a la castellana de Cibeins.

Se tramó una confabulación y en varias parroquias fué prohibido, desde el púlpito, ir a pedir orientaciones a un hombre tan ignorante y tan vulgar, incapaz hasta de dirigirse a sí mismo. Algunos párrocos amenazaron a los refractarios con negarles la absolución. A fin de cuentas se pusieron de acuerdo para dirigir al Señor Obispo una protesta colectiva contra un estado de cosas que iba empeorando cada vez más y que ponía a las almas en peligro.

No era difícil conseguir las pruebas de tales acusaciones. Si la mayor parte de los penitentes regresaban de Ars iluminados y reconfortados, buen número de ellos volvían también decepcionados, irritados a veces, especialmente las buenas señoras. Existe una clase de

almas (que se creen almas hermosas y hacen profesión de serlo y no admiten que se las confunda con el común del rebaño) que se hallan persuadidas de que Dios trabaja sólo para ellas y se abalanzan sobre los pobres sacerdotes, apenas éstos tienen alguna fama. No habiendo sido comprendidas todavía por ninguno de ellos, el último recién llegado verá más claro. Desembarcan solemnemente, con todo su equipaje de falsas perfecciones y de falsos escrúpulos, que desempaquetan para hacerse valer. Hay que dejarlas explicar a su gusto, escuchar la lectura de su diario íntimo, que tiene la longitud de una novela, poner de manifiesto que no se es insensible a la exposición de aquellos raros tesoros y, acerca de la dirección, aprobar la que ellas se fijan, o, mejor dicho, que pretenden serles fijada por el Espíritu Santo. Algunas pretenden ser favorecidas con visiones. Otras se ubican en determinado peldaño (superior) de la *Escala de la Humildad* descrita por San Benito en su regla, o en uno de los *Castillos del alma* que habitó Santa Teresa. ¡Ay de quien las arroje de allí! No será bueno mas que para ser arrojado a los perros.

Como se comprende, esa clase, absurda y temible, no faltó en la peregrinación de Ars. Cuantas locas, maniáticas y desequilibradas existen en la región, se han precipitado endemoniadamente sobre el confesonario del santo párroco. Un director experto y prudente, luego de haberles escuchado, las habría despedido suavemente; pero eso sería tiempo perdido y el Padre Vianney no tiene tiempo que perder: no está allí para alimentar en las almas ilusiones de las que no quieren curar. Juzga a las personas de una ojeada, interrumpe las confidencias vanas y da un parecer breve y decisivo. Dirá, por ejemplo:

"Pues bien, hija mía, rezará tal o cual oración y olvidará usted todo eso."

O bien:

"Pregunte a su confesor habitual: él conoce mejor que yo lo que usted necesita."

Cuando las personas en cuestión den muestras de querer rebelarse y vuelvan a la carga con demasiada obstinación, rogará a las damas guardianas que las echen, con todos los miramientos ordenados por la caridad, pero sin debilidad.

Apenas de regreso a sus localidades respectivas, esas almas incomprendidas no dejaban de hablar atrocidades, por necedad o por maldad. Referían completamente al revés las instrucciones o los motivos por los que no habían sido atendidas y el párroco de su parroquia era el primero en ser informado al respecto.

III

Absurdidad, exceso de celo, alucinación, ¡qué se yo qué más! No había palabras bastantes para denigrar al Padre Vianney.

Le escribían, sin firmar:

"Deshonra usted su investidura."

Otra carta anónima expresaba:

"Pretenden que es usted un santo y, sin embargo, no todas las personas que van a su encuentro regresan convertidas. Haría usted bien en moderar su celo mal entendido; de lo contrario, nos veríamos obligados, bien a pesar nuestro, a prevenir a Monseñor."

Otro corresponsal tenía el cinismo de resolver:

"Cuando se conoce tan poco la Teología como usted, no se debería entrar nunca en un confesonario."

Habiendo reconocido, a pesar de todo, la letra de sus colegas, ¿saben ustedes lo que les contestó el Padre Vianney?

"Señor párroco, doy a usted sinceramente las gracias por los caritativos consejos que se digna darme. Confieso mi ignorancia y mi incapacidad. Si muchas veces, personas de las parroquias vecinas no han sido convertidas luego de haber recibido los sacramentos de mis manos, lo lamento profundamente. Si lo estima usted conveniente, puede escribir a Monseñor, quien espero que tendrá la bondad de reprenderme. Ruegue usted a Dios, si gusta, señor párroco, para que yo haga menos mal y más bien."

"¡Cuánta razón tengo de quererle, mi muy querido y muy venerado cofrade! Es usted el único que me ha conocido bien. Puesto que es usted tan bueno y caritativo al interesarse por mi pobre alma, ayúdeme, pues, a obtener la gracia que pido desde hace mucho tiempo, a fin de que, al ser reemplazado en un puesto que no soy digno de ocupar, debido a mi ignorancia, pueda retirarme a un rincón para llorar allí mi pobre vida. ¡Cuánta penitencia a hacer! ¡Cuántas lágrimas a derramar!"

La denuncia largamente fundada, mencionando los agravios que podían reprochársele, le fué comunicada —¿sería una bravata? ¿Sería, por el contrario, remordimiento?— por uno de los miembros de la conferencia que había redactado el documento. El Padre Vianney agregó su firma al pie y lo devolvió al remitente.

Sí; se unía a los querellantes para obtener un disfavor que, lo mismo que ellos, juzgaba merecido.

"Esperaba ser echado a palos —indicaba posteriormente— puesto en entredicho y condenado a terminar mis días *en una cárcel*. Me parecía que todo el mundo hubiera tenido que mirarme de reojo por haber osado

permanecer tanto tiempo en una parroquia donde no podía ser otra cosa que un obstáculo para el bien."

Así, pues, no sólo se cree indigno de convertir, si no peor todavía: incapaz de ello. Aproximadamente, al final de su vida, podrán contarse en su haber ochenta mil regresos a Dios: es como si no hubiera hecho nada; otro habría hecho más. Y razona acertadamente, puesto que razona como un santo.

Repitamos lo que es. Se considera una pura nada, el mero instrumento pasivo de la gracia. La gracia obra a través de él, pero sin embargo sin él, tal vez a pesar de él; porque acaso le significa un obstáculo. Bajo el mismo manantial, otro más perfecto haría más, indudablemente, ya sea colaborando con ella, bien dejando pasar una oleada de dones más abundante. A factores iguales, como se dice en matemáticas, cualquiera hubiera valido más que él como canal y como herramienta. Lo humillan, se humilla. Le insultan, se alegra. Sinceramente, no lo dudemos ni por un momento. ¿Dónde reside "la alegría perfecta" según San Francisco de Asís? En la humillación.

Es entonces cuando Dios lo levanta.

La queja ha llegado al Obispado. La sede de Belley, de la que depende ahora la parroquia de Ars, hubiera podido corresponder, como tantas otras, a un obispo timorato, o menos apóstol que administrador. Ya se sabe que la Iglesia es humana, más humana, a veces, que los reinos terrenales. Dios, que sin embargo la hace durar, pretende demostrarnos con ello que, esencialmente, es divina. Cuando coloca a la cabeza de ella, o en los grados más altos de su jerarquía, ministros incapaces o indignos, no pretende otra cosa que probar la calidad de nuestra fe. Pero en el caso presente,

para proteger al santo párroco, ha elegido a un santo obispo.

El Padre Monnin, que lo conoció, no escatima los elogios al referirse a Monseñor Devie. Tacto, bondad, delicadeza, penetración, conocimiento de los hombres, amor a las almas, tales eran sus cualidades o, por mejor decir, sus virtudes. Acusó recibo de la misiva y ordenó contestar que reflexionaría. Sabía a qué atenerse; las excentricidades del acusado no habían preocupado ni escandalizado nunca su prudencia. Sin embargo, para mayor tranquilidad de su conciencia y para dar más fuerza a su decisión, envió a Ars a sus vicarios mayores, que regresaron de allí abrumados de admiración. ¿Qué se puede contestar a un hombre y qué cabe pensar de un hombre que acepta por adelantado su condena, que la reclama y que sólo expresa un deseo: "Esconderse en un agujero para llorar sus míseros pecados?"

Monseñor Devie rogó afectuosamente al Padre Vianney que sometiera al obispado los casos de conciencia difíciles. Sobre doscientos casos sometidos, no encontró sino dos que teólogos sutiles hubieran resuelto de modo distinto a como lo hizo el santo párroco. Entonces rindió testimonio.

"Señores —exclamó un día, delante de gran número de eclesiásticos, entre los cuales había varios opositores— deseo a ustedes un poco de esa locura de que se burlan a veces: no perjudicará a su cordura."

Otro día, declaró con fuerza y gravedad:

"Sí, señores; es un santo; un santo a quien debemos admirar y tomar como modelo."

Y a alguien que ponía en duda su saber:

"No sé si es instruído —dijo— pero es iluminado."

En 1838, Monseñor Devie vino a Ars; naturalmente, fué hospedado en el castillo; pero, como acos-

tumbraba hacer cuando invitaba a sus cofrades, el Padre Vianney se abstuvo de aparecer en la comida. "Monseñor declaró que no quería contrariarle y que deseaba dejarle toda su *santa* libertad". Es decir, la libertad de realizar todas sus obras santas.

Cuando murió Monseñor, su protegido heredó uno de sus roquetes. Siempre se negó a usarlo; para él era una reliquia. Esperaba milagros de ella y se sorprendía que no los hiciera. . .

Así, pues, permaneció en Ars, más sólidamente afirmado que antes de las denuncias de sus colegas; por lo demás, éstos se rindieron y le pidieron perdón.

IV

Permítasenos adelantarnos al porvenir, para completar el capítulo de las *cruces* con que el Padre Vianney fué cargado por su Santa Madre la Iglesia. Esta es de gran tamaño. Pero también supo sacar provecho de ella.

En 1845, el Padre Vianney, encontrándose abrumado de trabajo, pidió un auxiliar. Se creyó proceder bien —la Providencia, bajo cuerda, procedía mejor— mandando a Ars a un sacerdote de unos cuarenta años, llamado Padre Raimundo. El Padre Vianney, que fué viejo mucho antes de serlo en realidad, contaba ya cincuenta y nueve, y la autenticidad de su misión ya no ofrecía dudas para nadie. Estimado, admirado, venerado y querido, si no hubiera sido tan humilde y hubiese tenido tiempo para ello, habría podido gozar humanamente de su triunfo. Seguramente, Dios quiso evitarle la menor tentación de orgullo, por muy poco probable que fuera. Le puso al lado un vicario orgulloso.

El Padre Raimundo debía mucho al cura de Ars. Este, cuya generosidad se esparcía desde tiempo atrás sobre toda clase de obras buenas, de instrucción, de misericordia, de apostolado, había sufragado los gastos de su pensión en el Seminario. "Era un buen sacerdote, muy apegado a su deber" nos dice Catalina Lassagne. Pero se creía alguien. Había realizado estudios brillantes. Tenía inteligencia. Hablaba bien. Su hermosa apostura y su voz fuerte le señalaban para el mando. El se encargaría perfectamente de demostrar que había nacido "jefe", el día que heredara una parroquia de primera clase.

Cuando lo mandaron a Ars, ¿habrá creído que el santo párroco, su bienhechor —a quien por otra parte admiraba— tenía la intención de renunciar y no estaba ya en posesión de todas sus facultades? Lo cierto es que llegó con el propósito resuelto de ocupar su puesto.

Aquel anciano cansado necesitaba un suplente y un tutor. Las peregrinaciones, cada vez más frecuentes y numerosas, reclamaban una dirección más joven, más firme y, sobre todo, menos improvisada. La muchedumbre degeneraba en batahola. Los peregrinos creían que todo les estaba permitido. Era hora de que un nuevo párroco tomara "el asunto" entre manos y pusiera al fin en él un poco de orden.

El padre Raimundo no se olvidaba sino de una cosa; y es que "el asunto" descansaba en la *santidad* del Padre Vianney. ¿Disponía personalmente de otro tanto para suministrar, al pretender reemplazar en Ars la de su ilustre cofrade?

Aquí se advierte qué animal ciego, absurdo e inconsecuente es el hombre. El Padre Raimundo no ignora que el Padre Vianney es un santo... y pretende suplantarlo.

Se adueña del aposento del párroco. Este se conformará con una de las habitaciones de la planta baja. Un poco húmeda, un poco oscura... pero no importa; por lo menos, ya no tendrá la molestia de subir una escalera.

En los registros de la parroquia, el Padre Raimundo no firma "Raimundo, vicario", o "Raimundo, auxiliar". Firma fríamente: "Raimundo, párroco".

Nada funciona como él quisiera. La emprende con los subordinados, con el buen hermano Atanasio, que atiende la escuela de varones, con las damas de La Providencia, con los guardas de corps del Padre Vianney... y con el propio Padre Vianney. Exige que le diga todo cuanto piensa hacer y lo que hace. No se limita a sugerirle mejoras: las decide por su propia cuenta y las impone autoritariamente. Una vez que el Padre Vianney ha dicho algo desde el púlpito que no le gusta, sube a su vez allí para desmentirlo.

¡Oh! El Padre Vianney no se desconcierta. Se mantiene firme un momento y luego se somete y se resigna. Es necesario que intervengan sus íntimos para llamar al orden al auxiliar desatado.

Una delegación de feligreses ruega cortésmente al sacerdote que se abtenga de seguir trastornando las costumbres del santo varón. Se obliga a éste a volver a ocupar su aposento. Si la habitación de la planta baja no es del agrado del Padre Raimundo, podrá hospedarse en el pueblo... — ¿Se dá cuenta de su falta de tacto? En todo caso, acepta esta última solución.

Pero la lección no produce ningún efecto. El Padre Raimundo será siempre el Padre Raimundo y el pobre Padre Vianney sufrirá ocho años por su culpa. Catalina Lassagne declara (y es la opinión general de todo el mundo, ya que en Ars se ha tomado la costumbre de considerarlo todo desde un punto de vista espiritual)

que el tal Padre Raimundo "ha sido enviado por Dios para ejercitar la paciencia de Su servidor".

Hemos esbozado ya el empleo del tiempo del buen sacerdote. Pero por muy ocupados, agitados y movidos que sean sus días, todavía hay que hacer entrar en ellos las brusquedades, las reprimendas, las contradicciones incesantes del sacerdote que vino con el fin de aliviarlo.

¿Cómo sería posible que el Padre Raimundo cambiara? El Padre Vianney no tarda en ponerse de su parte. Se ingenia en darle la razón. Se pliega a sus exigencias. Lo defiende cuando lo acusan. El Padre Raimundo no puede adivinar que hace sufrir al Padre Vianney.

Y si le hace sufrir, le hace progresar. Lo impulsa más adelante en el camino de la humildad, del olvido de sí mismo, de la penitencia. De rechazo, las almas salen beneficiadas de ello. Si el Padre Raimundo no es santo, hace más santo al Padre Vianney. Es por eso que vino y es por eso que resulta necesario que se quede. El Padre Vianney se empeña en ello.

"Si le disgusta, ¡bueno! nos iremos los dos."

Sin embargo, le instaron tanto que por último accedió a pedir el reemplazo de su vicario, con la condición de que se le asegurase un buen cargo. Pero al releer la carta que acababa de dictar al Hermano Atanasio, la rompió en cuatro pedazos y dijo simplemente:

"Nuestro Señor llevó Su Cruz en estos días santos (era en el transcurso de la Semana Santa). Bien puedo hacer yo lo mismo."

Finalmente, después de ocho años, el Padre Raimundo se resuelve a abrir los ojos acerca de su impopularidad creciente y presenta su renuncia por iniciativa propia. Un santo no puede reemplazarse más que con otro santo. Fué nombrado párroco en otra parte. El Padre Vianney, que lloró por su partida, le escribía al día siguiente de su marcha:

"Me ha sido usted tan útil, me ha prestado tantos servicios, que ha encadenado mi corazón".

No puede creerse que el Padre Raimundo no tuviera, a veces, días buenos. Volvió a ver al santo varón antes de su muerte y emprendió la tarea de escribir su biografía. No cabe duda de que lo admiraba. Pero todavía se admiraba más a sí mismo. Creía que la santidad debía doblegarse frente a la inteligencia. En lo que se equivocaba y, a la vez, se lisonjeaba un poco. Un santo es siempre más inteligente en su ignorancia, que un hombre inteligente y sabio que no es santo.

El Padre Vianney encontró a faltar los reproches del Padre Raimundo. Decía a su reemplazante:

"No me dice usted nada... No me reprende... No me encuentro tan bien como antes".

Y era cierto. Acababa de ser despojado de uno de sus instrumentos de penitencia. Ahora se hacía preciso buscar otro. ¡Qué fastidio!

V

Entretanto, la misma voluntad misteriosa que da y quita, y que no da tanto sino para tener más que quitar, y no quita tanto sino para tener todavía más para dar, le había quitado su obra predilecta, el orfelinato de La Providencia. Había sido preciso desprenderse de él.

Pronto hablaremos de las "fugas" del Padre Vianney. A raíz de la primera, que tuvo lugar en el año 43, el temor de perder un día por completo el santo párroco había hecho que las pensionistas desertaran de la casa. La mayor parte de ellas regresaron a la misma. Pero el

hecho hizo que en las esferas superiores se advirtiera la fragilidad de la fundación y se inquietaran por ella. En realidad, descansaba por entero en la abnegación de tres muchachas, Catalina Lassagne, María Filliat y Juana María Chanay. No cabe duda de que éstas se preparaban reemplazantes; pero ¿qué ocurriría si el pobre párroco moría o, simplemente, si se retiraba a su pueblo natal, o en el fondo de un lugar solitario? La prudencia más elemental aconsejaba dar al establecimiento un estatuto más firme, bases más seguras.

Monseñor de Belley no tenía otro fin que el mayor bien de "La Providencia". Así, pues, para asegurar su porvenir, pensó en confiar el cuidado de la obra a una congregación regular y previno al Padre Vianney.

¡Pidan ustedes a un artista, que ha tallado o modelado su obra con sus propias manos, con todo el amor de un padre, que la abandone a otro para que la termine a su modo! El Padre Vianney no tenía en modo alguno "amor propio", ni vanidad de autor en absoluto. Pero se trataba de otra cosa. "Su Providencia" era un pedazo de su vida, una de las piezas indispensables para el funcionamiento de su apostolado. Rezaba por él, sufría por él. ¿Acaso no había mostrado el cielo hasta qué punto la protegía, suscitando milagros para ella? Cuando salía de su confesonario, abrumado, desgarrado por las miserias y vergüenzas de los pecadores, el Padre Vianney sentía el apremio de ir a refugiarse, aunque sólo fuera por un momento, en aquel asilo donde no entraba el pecado del mundo, donde se respiraba una atmósfera pura. Era allí donde le remendaban sus ropas, donde le preparaban sus comidas, demasiado buenas para él, pero que por lo menos atestiguaban la caridad de las cocineras. Era allí, también, donde enseñaba el catecismo, única oportunidad diaria que tenía de predicar públicamente la Palabra que alimenta el corazón.

Evoquemos la escena. En la sala de la planta baja que da a la izquierda sobre el corredor, todas las pequeñas están sentadas en fila delante de él. Los peregrinos que le han seguido se agolpan en la puerta o frente a los marcos de las ventanas abiertas de par en par sobre el camino. Allí, desde las once de la mañana hasta mediodía, vuelve a ser niño y habla, como un niño que es, a los niños, es decir, de acuerdo al Evangelio. Diríase que en aquellas miradas que no han sido nunca enlodadas, bebe la Verdad, que va diseminando de inmediato. Es un intercambio perfecto, como tal vez no existe otro igual sino allá arriba, entre los Angeles y los Santos. Los extraños lo sienten y no se cansan de contemplar aquel espectáculo. ¿Qué cambio puede hacerse en aquel paraíso de inocentes?; se pregunta el santo apóstol.

Sin embargo, fué preciso inclinarse ante la decisión del Obispo. Hermanas de San José reemplazaron a las directoras. Al poco tiempo, por motivos que se desconocen, el orfelinato fué sacrificado a su vez. Las huerfanitas fueron dispersadas, como se había dispersado a sus maestras. Sólo quedó la escuela. Ahora bien, para el Padre Vianney, la instrucción de las niñas había ocupado siempre un lugar secundario.

¡Adiós, pues, a la posada del Buen Samaritano y a la casa de Betania! Juana María Chanay se retira a la casa de sus padres. Catalina Lassagne y María Filliat se instalan junto a la casa parroquial, donde el Padre Vianney realiza en lo sucesivo sus comidas. Se dedicarán a los enfermos, al párroco y al cuidado de la iglesia.

Ya está hecho. El Padre Vianney no pone mala cara a las nuevas hermanas. No dependen de él, pero de todos modos las visita. Inaugura su capilla. Recibe la renovación de sus votos. La escuela parroquial de niñas prospera, lo mismo que la de muchachos, cuyo director es el Hermano Atanasio. Se regocija sinceramente de

ello. . . Pero, de todos modos, ya no es *su* casa. El único lazo que había conservado su corazón con respecto a un objeto terrenal, Dios lo ha roto súbita e implacablemente, dejando sólo a Su ministro el púlpito, el confesonario y el altar.

En su vida entretejida de dolores, el Santo no conoció ninguno peor. Este tenía el valor de un síntoma. Ya no era simplemente párroco de Ars para Ars, sino para Francia toda y para el mundo entero.

CAPITULO VI

LA INFESTACION Y LA TENTACION

I

No hay ningún santo que no haya sido tentado. El Maestro de todos ellos lo fué tres veces por el espíritu del mal: en el desierto, en la montaña y en el pináculo del Templo. Pero en vano.

El espíritu del mal, que no lleva la cuenta de sus fracasos, conserva la ilusión de que podría ganar la partida, aunque sólo fuera una vez por cada mil. Los Santos constituyen piezas de caza elegidas, sobre las que se encarniza especialmente, con motivo de las dificultades mismas de la empresa.

No es difícil vencer a las almas corrientes, esclavas de su cuerpo y poco preocupadas por sus finalidades últimas. Un pinchazo al orgullo, una imagen grata a los ojos del deseo, un empujoncito a la avidez, y el alma se precipita por la pendiente. De vez en cuando, desliza un dedo en el hueco abierto por el pecado original, y agrandado por los que los hombres han ido agregando luego, para cerciorarse de que la fisura subsiste; y la costumbre del pecado hace lo demás.

La armadura de un santo no es perfecta. Pero la gracia, la oración, la penitencia y las buenas obras, trabajan incesantemente para componerla y fortalecerla en los puntos débiles. Para descubrir la juntura donde insertar el cuchillo, se precisa un golpe de vista y una habilidad que, a menudo, excede de los recursos de los Ángeles. Ahora bien, el espíritu del Mal, "el príncipe del Mundo" y sus innumerables subordinados, son, como es sabido, Ángeles caídos, cuya decadencia no ha podido cambiarle el ser, ni la manera de ser. Deambulan a través del mundo (con el permiso de Dios) como personas que son, con el propósito de perdernos según creen. Y a veces sucede realmente que nos pierden, pero a menudo, también, sin que lo pretendan y a pesar suyo, nos ofrecen la oportunidad de ganar méritos.

La mayor parte de las veces se ocultan; ejecutan sus designios secretamente. Saben que el hombre es celoso de su libertad y que no se habrá negado á plegarse a la gracia de Dios para obedecer servilmente las intimaciones de otro amo. Temen indisponerlo. Temen atemorizarlo. Toman el aspecto de sus inclinaciones, de sus falsos razonamientos, de sus fantasías. Un hombre no desconfía de lo que cree sacar de sí mismo.

En aquel que emprende el camino de la perfección, halagan preferentemente los buenos sentimientos y no los malos; precipitan las resoluciones extremas; impulsan el heroísmo hasta el límite máximo, para cansarlo antes, o para hacerlo descarrilar. Plagian las inspiraciones del Espíritu Santo y parodian a los Ángeles buenos. Cuando han conseguido dar a un santo conciencia de su santidad, ésta se halla muy comprometida. Pero su arma más terrible es la duda que roe o desequilibra el espíritu, que lo aparta de su finalidad o lo paraliza en su búsqueda.

Cuando han agotado con el paciente los recursos

solapados de su industria, se les ocurre desenmascararse, o más exactamente revestir un cuerpo o una apariencia de cuerpo para intimidarlo, atemorizarlo o, simplemente, incomodarlo. Y como poseen poder sobre la materia, pueden provocar ruídos, relámpagos, vapores y movimientos, hasta accidentes de graves consecuencias. Sólo Dios limita su poder; son Sus agentes indirectos.

Henos aquí lejos del mal abstracto con el que muchos fieles cristianos gustan y se obstinan en confundirles.

Cuando se produzca en el mundo un acontecimiento de índole espiritual, no vayan ustedes a creer que se desentenderán del mismo.

. . . .

Nunca conoceremos, en este mundo, la medida en que Dios permitió al demonio tentar al Padre Vianney en lo vivo y en lo profundo del alma.

Parece ser que el enemigo de los hombres renunció pronto a molestar en él al hombre carnal. Nada podía intentarse, tampoco, contra una fe, un abandono y un amor semejantes. El maligno intentó quizás hacerle dudar de su vocación primera, de la legitimidad de sus penitencias, de la eficacia de sus servicios. Indudablemente, no fué ajeno a la tentación de huir que se apoderó del santo varón en diversas oportunidades y de la que hablaremos en breve. Pero cabe suponer que fué rechazado y decepcionado. La prueba evidente de su despecho nos la suministra él mismo.

Cuando se consigue turbar un alma, no se ataca al cuerpo con esa obstinación pueril. Ruídos y golpes, no son nunca más que un "por lo menos" para un "espíritu". El demonio, el "garfio" como decía el Padre Vianney, no está satisfecho de sí mismo... y lo demuestra. Lo demostró al párroco de Ars desde 1824 a 1858. Du-

rante treinta y cinco años. No es una puerilidad por cierto.

¿Su finalidad? Cansar al santo varón, impedirle rezar o, sencillamente, dormir; disminuir con ello la actividad de su ruidoso ministerio. . . O incluso hacerle marcharse.

En todo caso, vengarse de él y darse al mismo tiempo la ilusión del poder. Cuando se trata de averiguar los motivos del diablo, no debe olvidarse nunca el orgullo.

Y Dios, ¿lo deja hacer?, preguntarán ustedes. He ahí a su pobre servidor, que da a las almas veinte horas sobre cada veinticuatro. Intenta cerrar los ojos, cuando ya no puede más. ¿Es necesario que dé también su descanso?

Dios es más ambicioso que nosotros para su Santo. Quiere ubicarlo, en la eternidad de su gloria, lo más próximo posible a El, entre los astros de primera magnitud. Esto se paga, y todavía es "barato", si cabe decirlo así. Con ello, Dios significa también que no hay límites en el don de sí mismo y que Su gracia puede substituir, en sus elegidos, no sólo el saber , la prudencia, la fuerza y la salud, sino hasta el sueño, como a veces la alimentación.

Veamos, ahora, las "jugarretas" del "garfio".

II

El último biógrafo del Padre Vianney da como principio de ellas el transcurso del invierno de 1824-1825. El exceso de sus penitencias corporales había llevado al párroco a un paso de la muerte. Por lo menos, así lo creía él. Se preparaba a ella con espanto. Lo que

había hecho hasta entonces por Dios le parecía irrisorio, y lo era, hasta cierto punto, comparado con todo cuanto le faltaba realizar.

El demonio procuró transformar sus escrúpulos en desesperación y sus inmperfecciones en crímenes. Entreabría abismos bajo sus pies. Le susurraba al oído:

"Ahora tendrás que ir al infierno".

Pero un verdadero santo no desespera nunca. Después de terrores que ignoramos, éste puso al diablo en su lugar y, una vez curado, contestó como contesta un santo, redoblando de valor y de celo.

Acababa de realizar la compra de la casa donde instalaría "La Providencia". Un receptáculo de caridad y de oraciones en un lugar donde se reza ya demasiado, es una amenaza de acrecentamiento, cuya importancia advierte el "maligno". De inmediato, se lanza al ataque. Sus persecuciones toman la forma singular de lo que un sabio especialista, el Padre Saudreau, llama la *infestación*.

El diablo está ahí, pero no puede vérsele; tiene a su disposición hálitos, palancas y una orquesta entera; da la impresión de hallarse en todas partes y en ninguna; de no ser más que uno y de ser mil: se llama *Legión*. Dosifica y distribuye sus efectos o repite indefinidamente el mismo. La palabra es exacta; la casa se halla *infestada* por él. Pulula como las ratas.

El Padre Vianney creyó, al principio, que se trataba de ratas.

Se acostaba en su cama de cortinas y advertía de pronto como una especie de trotecito liviano. El animal llegaba a la cama, arañaba los cortinados y los roía pacientemente. El Padre Vianney se levantaba para asustarlo. Se terminaba el barullo y las ratas. Pero apenas volvía a acostarse, observaba idéntico fenómeno. Habiéndose provisto, ahora, de una horquilla, sacudía las cortinas y hostigaba el piso. La rata roía durante noches

enteras; pero las cortinas no mostraban huellas de las dentelladas.

Sin embargo, eso no era sino el preludio. Otra vez, a las nueve de la noche, antes de acostarse, el Padre Vianney fué sobresaltado por tres golpes, tres poderosos golpes, aplicados contra la puerta del patio "como si hubieran pretendido hundirla con una especie de maza" precisa él mismo. Pero dejémosle hablar:

"Abrí de inmediato la ventana y pregunté: "¿Quién es?" Pero no vi nada y me fuí a acostar tranquilamente, encomendándome a Dios. No me había dormido aún, cuando otros tres golpes, más violentos aún, aplicados, no ya a la puerta exterior, sino a la de acceso a la escalera que conduce a mi aposento, me hicieron incorporar. Me levanté y pregunté de nuevo: "¿Quién es?". Nadie me contestó. Cuando empezaron los ruídos, pensé que serían ladrones que codiciaban los hermosos ornamentos propiedad del señor Vizconde de Ars y creí prudente tomar algunas precauciones. Rogué a dos hombres valientes (éstos han atestiguado el hecho) que durmieran en la casa parroquial para prestarme ayuda en caso necesario. Vinieron varias noches seguidas, no descubrieron nada y quedaron convencidos de que aquel estrépito tenía otra causa que la malevolencia de los hombres. Yo mismo adquirí la certidumbre de ello: pues, durante una noche de invierno que había caído mucha nieve, tres fuertes golpes se hicieron oír a eso de la medianoche. Salté precipitadamente de la cama; bajé corriendo la escalera y salí al patio, pensando sorprender esta vez a los malhechores en fuga y dispuesto a pedir socorro. Pero, con gran sorpresa de mi parte, no vi nada, no oí nada y, lo que resulta más extraordinario aún, no descubrí la menor huella de pisadas sobre la nieve. Entonces ya no dudé de que se trataba del demonio,que quería asustarme. Me abandoné a la voluntad de Dios, rogándole fuera mi defensor y mi guardián, que se acercara a mí con sus ángeles, cuando mi enemigo viniera de nuevo a torturarme".

Indiquemos, de paso, que al principio de ese nuevo género de pruebas, el pobre párroco se moría de miedo. No habría temido el martirio y temblaba en su lecho ante algunos ruídos que no acertaba a explicarse. Todavía no estaba familiarizado con los manejos y el olor del diablo.

El espíritu maligno variaba sus diversiones. Hacía volar las cortinas de la cama, derribaba las sillas, movía los muebles de su lugar, o hundía clavos en el piso; manejaba la sierra, el cepillo y el hacha, como si cortara la casa a pedazos. O imitaba el paso de un agente de policía en la escalera. O tamborileaba sobre la mesa, la chimenea, o el botellón. O saltaba en la sala de la planta baja, como un caballo fogoso que cayera con sus cuatro herraduras a la vez sobre las baldosas. O gritaba desde el exterior como un ejército de austríacos o de cosacos; disputaba, discutía, según la expresión del santo, *"celebraba su Congreso en el patio"*. A falta de una carga de caballería en la calle, organizaba en la buhardilla un éxodo completo de rebaños de carneros.

Resulta curioso hojear las anotaciones de Catalina Lassagne al respecto. En determinada fecha, el Padre Vianney manifiesta que "el garfio se puso a hacer ruído como alguien que asegura un tonel con aros de hierro". El 18 de agosto de 1825, hay un intermedio lírico: el maligno "canta en la chimenea como un ruiseñor". Otra vez ruge como un león. Otra vez improvisa una romanza.

"El garfio tiene una voz muy fea" declara el Padre Vianney.

En las noches de furor intenso, sacude al santo por los pies; le pasa "como una mano por el rostro"; le "husmea" como un perro y vomita arenilla o no sé qué;

arrastra al Padre Vianney con su cama por todo el aposento; lo levanta del lecho; a veces lo echa fuera del mismo. Excepcionalmente, en lugar de tratarle mal, procura ablandarlo; extiende un almohadón de plumas bajo su cuerpo, lo hunde en él y lo acuna, lanzando suspiros obscenos. . .

Le atacaba también en pleno día y aún en el exterior. En circunstancia de haber ido a predicar una misión a Montmerle, sin ninguna razón de orden sísmico, se sintió sacudido y removido en su confesonario. Otra vez, en el camino de Saint-Trivier, las malezas se juntaban como para impedirle el paso. Muchas veces, en fin, al regresar a su casa encontró el cuadro que representaba la Anunciación —un cuadro que apreciaba mucho— completamente cubierto de inmundicias.

Conviene agregar que los espíritus dirigían a veces la palabra a su víctima. No vacilaban en desenmascararse para escupirle al rostro su odio y confesarle sus propósitos:

"¡Vianney! ¡Vianney! Comedor de trufas. ¡Ya te atraparemos, ya! ¡Eres nuestro!".

Pero si lo hubiera sido, se habrían guardado muy mucho de decírselo.

¿Vió el Padre Vianney al demonio con sus propios ojos? Una vez bajo la forma de una nube de murciélagos que obscurecía su aposento. Otra vez, a las tres de la madrugada, en el cementerio, bajo la de un perro negro "de ojos centelleantes, pelo erizado, que arañaba el suelo" en el mismo lugar donde acababa de ser enterrado un hombre que había muerto sin confesión. Pero lo descubría desde lejos y lo reconocía en el mundo bajo diversas indumentarias. Al respecto, cabe referir una anécdota que confunde.

En el tribunal de la penitencia, una joven, reservada y piadosa, confesó al Padre Vianney que una vez había ido al baile, pero no bailó.

"¿No advertiste nada de particular en ese baile?, le preguntó el santo.

—Nada, Padre.

—Sin embargo ¿no había allí un joven, un joven muy brillante, que ha sacado a bailar a todas las muchachas, menos a ti?

—Es cierto; lo recuerdo muy bien. . . Era muy buen mozo y sumamente seductor; pero me daba miedo.

—¿Nada más?

—Si. Cuando salió, vi chispas debajo de sus pies.

—Sí, querida hija, eso es. Pues bien, *era el diablo*. Y ¿sabes por qué no te ha invitado? Porque eres Hija de María, simplemente."

III

Acerca de todos estos hechos innegablemente diabólicos, existen innumerables testimonios; los investigadores más escépticos se marchaban asustados y convencidos. Una de las últimas jugarretas del "garfio" fué el incendio de la cama del Padre Vianney, tres años antes de su muerte, en pleno día y durante su ausencia.

Se celebraban las Cuarenta Horas. El Padre Vianney había abandonado la casa parroquial un poco después de medianoche, para confesar. A las siete, algunos transeuntes acudieron a avisarle que se veían salir llamas de su aposento. El Padre Vianney entregó su llave, pero no se molestó en ir personalmente:

"Es el malvado "garfio" —dijo—. No pudiendo atrapar al pájaro, ha quemado la jaula."

Pues bien, se encontró quemada la cama, el dosel y las cortinas de la misma y los muebles vecinos a la

cama; pero el fuego se había detenido junto a una reliquia de Santa Filomena depositada encima de la comoda, trazando una línea completamente recta desde el techo al piso. Nadie acertó a comprender, tampoco, la razón por la cual no había prendido en el techo, que era "muy bajo, muy viejo y muy reseco". Se había iniciado sin causa aparente y se apagó de igual manera.

"Hace mucho tiempo que pedía esta gracia al Buen Dios —indicó el Padre Vianney—. Por fin se ha dignado escucharme. Ahora soy realmente el más pobre de la parroquia; todos tienen una cama... yo ya no la tengo."

Si ese tono nos parece sorprendente, pensemos que el pobre párroco frecuentaba al "garfio" desde hacía unos treinta años y que aquellas visitas nocturnas tenían lugar "cien y cien veces por año", según afirma el Padre Monnin.

"El "garfio" y yo —decía— somos *casi camaradas*."

Hablaba de él de buena gana; creía humillarlo denunciándolo. Sus intervenciones le parecían ridículas y tan poco honrosas para el verdugo como para la víctima. Al mismo tiempo, atestiguaba ante los hombres, que tan escépticos se habían vuelto acerca del particular, la realidad indudable de ese mundo infernal que compenetra nuestro mundo.

Si el diablo no se proponía otra cosa que impedirle dormir, había alcanzado su propósito. Por las mañanas, el Padre Vianney bajaba con los ojos hundidos, el rostro lívido, titubeando, encorvado, exhausto y sin fuerzas, excepto las de la paciencia y el espíritu. En lo sucesivo, conservaba su lámpara encendida, para ver en las paredes las imágenes de sus queridos Santos y distraer su insomnio invocándoles mejor.

Cuando el demonio lo atacaba, armábase, según decía, con la "señal de la Cruz". Rezaba una oración. Algunas veces, dirigía a su adversario unas pocas palabras de desprecio. Entonces, el otro se quedaba quieto, pero luego volvía a empezar su batahola. Pero cuanto mayor era el barullo, más motivo de júbilo tenía el santo párroco. Este había notado que aquello era el indicio de que un gran pecador se dirigía al encuentro de la gracia. Y, en efecto, al otro día, atrapaba en sus redes "un pez gordo"..

Se conserva el proceso verbal de una conversación entre el cura de Ars y una posesa, conversación que tuvo lugar el 23 de enero de 1840, en la capilla de San Juan Bautista, en presencia de ocho testigos. El demonio habla por la boca de aquella mujer y confiesa todos sus agravios contra el santo.

"Feo sapo negro, ¡cómo me haces sufrir!... Nos hacemos mutuamente la guerra... Pero, por más que no quieras, de vez en cuando te ocurre que trabajas para mí... ¿Por qué haces el examen de conciencia de tus penitentes? ¿No te basta, acaso, el que les hago hacer yo? — Querías retirarte a la soledad... ¿Por qué no lo haces? — ¿Por qué te levantas tan temprano? Desobedeces a la sotana morada que te ha ordenado cuidar de ti mismo... ¿Por qué predicas tanta sencillez?... Te consideran un ignorante. ¿Por qué no predicas solemnemente, como en las ciudades? ¡Ah! ¡Cómo me gustan esos sermones que no molestan a nadie, sino que dejan que la gente viva a su modo y haga lo que quiera...".

Otra posesa declaraba al santo:

"Si hubiera tres como tú en la tierra, mi reino sería destruído. Me has arrebatado más de ochenta mil almas."

Verdaderamente, el demonio pierde la cabeza. La cólera le ciega. Dice blanco, dice negro... Tienta y

avisa a su adversario. Alaba la causa de la obediencia, —él, a quien perdió la desobediencia— y confiesa al mismo tiempo el partido que sacaría de ella. Se ve acorralado . . . y arroja sus cartas en desorden sobre la mesa.

IV

En esa época, el Padre Vianney ya no le teme; desde el descansillo más alto de la escalera de la santidad en que lo ha ubicado la gracia, lo domina, luego de haber incomodado y maltratado al pobre sacerdote. Indudablemente le arrebata el sueño y quizás, al mismo tiempo, la paz que parece necesaria para un examen de conciencia profunda y una oración fija. Pero si encuentra alguna ventaja en el recogimiento del santo, sabrá callárselo astutamente. No ignora que el Padre Vianney es bastante escrupuloso como para dudar de sí mismo. Por lo mismo, de vez en cuando, le deja dudar . . . y alienta sus dudas.

El Padre Vianney convierte —o cree convertir— almas, almas y más almas. Pero, ¿qué hace con la suya? ¿Y si él, inclinado siempre sobre los pecadores, se inclinara un poco sobre sí mismo? ¿Y si se preguntara severamente si sigue su verdadero camino? Y al no pensar casi nunca en su propia salvación, ni en el modo de proveer a ella ¿no falta a su deber primero, que es salvarse él mismo? Ser salvado, ser santo (es lo mismo) ¿no significa, en suma, ver a Dios? Y para verlo en el cielo ¿no hay que prepararse a ello en la tierra? ¿Cuándo se prepara a ello el Padre Vianney?

Ese es el punto vulnerable de aquella conciencia tan firme. Es por ese punto por donde van a pasar todos los sofismas de la gran tentación.

El pequeño Juan María no contaba todavía once años de edad, cuando rogaba a Dios que le concediera, por encima de cualquier otro bien, la *soledad*, para poder meditar sobre sus Bondades y sobre Su Gloria, para penetrar cada vez más en Su comercio y en Su intimidad. Había nacido contemplativo.

Nunca ha retractado su oración de niño; porque, cuanto más ha crecido, más ha deseado vivir solo.

Ahora bién, hélo ahí lanzado a la acción, devorado por las obras, desbordado por la muchedumbre y sin el menor momento de descanso para preguntarse si vive bien y si obra bien, en completo acuerdo con la voluntad divina. Apenas si entre dos ejercicios, entre dos confesiones, entre dos puertas, puede decirse, el Padre Vianney acierta a tomar al vuelo algunos minutos de silencio interior, para colocarse frente a sí mismo y ponerse en estado de recibir de lo alto una luz, una palabra de orden, una dirección.

"¡Dejémosle hacer!" se dijo un día el diablo. El Padre Vienney se examina, se interroga . . . Diríase que alguien contesta.

Pero, ¿quién?

¿El mismo? ¿Su justo celo? ¿Su abnegación? ¿Su amor? ¿O su amor propio? ¿O su cansancio? ¿O su cobardía frente a la tarea?

¿Es Dios quien ha resuelto rescatar a Su servidor de una vana agitación?

¿Es el demonio?

No es fácil discernir el origen de los sentimientos, de las ideas, de las razones que cruzan el espíritu en el silencio. Entre dos motivos que uno se presenta, ¿quién sabe si aquél que se elige por parecernos mejor, no nos es sugerido por el egoísmo, o por el enemigo de nuestra salvación?

"Salvas las almas, pero te pierdes".

"El hombre ha sido creado por Dios; es tu apetito de Dios lo que hay que seguir".

"¡Vete! ¡Retírate! No esperes llegar a la víspera de tu muerte para ponerte en regla".

"No dispones de mucho tiempo para llorar tus pobres pecados. ¡Procede pronto!".

Hasta donde puede juzgarse, el Padre Vianney está siempre con Dios. Es a Jesucristo a quien reconoce, ama y consuela, a todas horas del día y de la noche, en la persona de cada uno de aquellos peregrinos que se suceden sin interrupción en el tribunal de la penitencia. Pero Jesucristo a través de un velo. No tendrá paz ni alegría hasta la "noche obscura" en que se alzará el rostro desnudo. El santo sacerdote considera que no dará la prueba y la medida de su amor a Su Señor, hasta que pueda agotar todo cuanto le queda de fuerzas en buscarle sin descanso en el coloquio a solas de la oración. No lo dudemos; todos sus actos son oraciones. Pero sueña con un acto único que sea una oración única, la sola esencial y bastándose a sí misma, exclusiva, ininterrumpida.

El diablo no ignora que la oración de un santo, en el desierto de una Trapa o en la prisión de una Cartuja, tiene más poder sobre el corazón de Dios que todas las obras exteriores y, por lo tanto, mayor eficacia para la conversión de almas. Pero no ve sino el resultado inmediato, que sería la ruina de la peregrinación. Con tal esperanza, impulsa al santo varón al camino difícil de una mayor santidad.

¿Cómo podría desconfiar el Padre Vianney de una aspiración tan legítima y tan evidentemente de acuerdo con las exigencias del amor divino?

El Padre Vianney está resuelto. En 1827 visita a su Obispo para pedirle su traslado. El Obispo le ofrece la parroquia de Fareins. El Padre Vianney no se atreve a confesarle que lo que desea es el claustro. De consi-

guiente, permanece en Ars. Pero "su espíritu viaja" todas las noches: va a la Trapa o a la Cartuja; busca un rincón para llorar su pobre vida y hacer penintencia por sus pecados. En breve, la tentación se hace más fuerte. Ya no oculta a nadie su anhelo ardiente. El hecho se divulga. El Obispo se hace el sordo.

"El Buen Dios me concede casi siempre todo lo que le pido —indica el párroco a Catalina Lassagne— excepto cuando solicito algo para mí."

A lo que le contesta ella resueltamente:

"Es que usted pide al Buen Dios que lo aleje de Ars y el Buen Dios no lo quiere."

Por último, no pudiendo contenerse más, aprovecha una noche muy oscura y a eso de las dos de la madrugada, sale del presbiterio, deja el pueblo y se lanza al camino. ¿Cuál es su proyecto? Lo ignora. Llega a la cruz de Combes. ¿Es esa cruz la que le detiene? De pronto se pregunta si cumple la voluntad de Dios huyendo. Regresa tan rápidamente como se había marchado y vuelve a tomar de inmediato la cadena. Fué algo brusco y breve como un ataque sanguíneo. Cabe imaginar el despecho del diablo, que debía seguirle con paso sigiloso, riendo entre dientes y frotándose las manos. Esa primera tentativa de fuga se ubica alrededor de 1840.

Tiempo después cae enfermo. Desde hacía algunos años sufría espantosamente de neuralgias y de dolores internos. En 1843, el tercer día del mes de María, se desmayó durante la oración. Fué transportado a la casa parroquial y el médico diagnosticó una bronco-neumonía, que en un cuerpo mal nutrido, descalabrado, al borde de los sesenta años, no autorizaba ninguna esperanza; máxime cuando el corazón fallaba.

Pero el Padre Vianney quería vivir. Oía alrededor

de su lecho —dice— a los demonios lanzar gritos de triunfo:

"Esta vez, lo tenemos".

Entonces se dejó cuidar.

Los peregrinos desocupados, vagaban por la iglesia y por la aldea. Se negaban obstinadamente a confesarse con otro sacerdote, por cuanto el Obispado había tenido que mandar a Ars un suplente. Llevaban al santo párroco canastos llenos de imágenes y de medallas, que bendecía llorando desde la cama. Los más fervientes no abandonaban el altar de Santa Filomena, renovando incesantemente los matorrales de cirios, multiplicando las súplicas. La voz del pueblo, la cristiandad sufriente, reclamaba del cielo la realización de un milagro.

Ahora bien, el 11 de mayo tintineó una campanilla. El párroco de Jassans administraba los Sacramentos al Padre Vianney. En un momento, la escalera, el pequeño patio y los alrededores de la casa parroquial fueron invadidos por la muchedumbre. Se supo que el santo sacerdote se había encomendado a Santa Filomena "prometiendo hacer celebrar cien Misas en su honor y pidiendo que se encendiera un gran cirio delante de su imagen."

Luego se desvaneció; creyóse que llegaba el fin. El médico, que vigilaba el pulso, dijo a media voz:

"No le queda vida más que por treinta minutos".

El Padre Vianney, que lo oyó, pensó (esto se sabe por él mismo):

"¡Dios mío! ¿Tendré, pues, que presentarme delante de Ti con las manos vacías?"

Invocó desesperadamente a la Reina de los Angeles y a su Santita y de inmediato volvió a abrir los ojos y habló.

Al otro día, por la mañana, toda vez que continuaba viviendo, se celebró la primera de las cien Misas

que había prometido. Cabe imaginar el fervor desesperado de los feligreses, de los peregrinos, de todos los fervientes del santo varón. Pues bien, mientras se estaba celebrando aquella Misa, el Padre Vianney, que se hallaba en el paroxismo de la fiebre, pareció repentinamente tranquilizado. El que le velaba, Pertinand, el maestro de escuela, vió sus ojos quedar fijos y como sonreir a alguien. Una gran felicidad se reflejó en sus rasgos. Varias veces pronunció suavemente el nombre de Filomena. Finalmente salió de su éxtasis y dijo al maestro de escuela:

"—Amigo mío... Estoy curado..."

Cuando los fieles salieron de la iglesia, el milagro estaba consumado.

Dieciseis días más tarde, el Padre Vianney bajaba de su aposento para celebrar su Misa en la Iglesia. Pero aquella curación milagrosa que había implorado a Dios para tener tiempo de prepararse para comparecer ante Él, la interpretó como una señal manifiestamente favorable a su vocación de soledad. Tomó el tiempo necesario para reponerse, aceptó dos comidas serias por día, con carne al mediodía y un cuarto de vaso de vino de Burdeos, y no rechazó la opinión del médico que le prescribía un cambio de aires. Por lo demás, Monseñor le instaba y designaba al Padre Raimundo para ocuparse de la parroquia. Así, pues, escribió a su hermano pidiendo que le preparara una habitación en la casa paterna, en Dardilly. Tenía el propósito de permanecer allí hasta recibir del Obispado su nombramiento para un puesto poco importante, en el que pudiera disponer de mucho tiempo para rezar.

¡Extraña ilusión! Donde quiera que fuese, los peregrinos sabrían encontrarle. Su increíble humildad se obstinaba en no admitir que la gente fuera a Ars por el párroco.

Sus feligreses no habían sido advertidos, pero temían un arranque repentino. Por lo mismo, tal como hiciera la primera vez, tomó la precaución de irse por la noche. Le faltó valor para marcharse sin despedirse de "La Providencia". Hubo exclamaciones, llanto. . . A las diez de la noche, la parroquia entera estaba en acecho. El Padre Vianney, para evitar la puerta, saltó por encima del seto que cerraba el patio. Fué visto, alcanzado, implorado. . . El maestro le dió alcance más allá de Formans, en mitad del campo. Anduvo con él, por cuanto no consiguió ablandarle. Diez rosarios seguidos, siete horas de camino y el párroco regresó a la antigua casa de sus padres.

No tuvo más que una noche de tranquilidad. Al otro día, jueves, el conde Des Garets en persona se presentó en Dardilly. No fué recibido. El Obispo comunicó de inmediato que, bajo ningún pretexto, no permitiría al Padre Vianney instalarse fuera de la diócesis de Belley. Por último, el día viernes, todos los peregrinos de Ars se precipitaron al nuevo domicilio del párroco para ser escuchados y absueltos. "Ars no estuvo ya en Ars."

¿Qué podía hacer el pobre sacerdote? Pedir los poderes al Obispo de Lyon y confesar como antes.

El sábado tuvo que recibir a una delegación integrada por veintitrés jóvenes de su antigua parroquia. El Padre Vianney empezó a dudar de que la voluntad de Dios fuera la suya. Prometió ir a Fourviéres a rezar a Nuestra Señora, pidiéndole que le iluminara. Finalmente, el lunes, al amanecer, guiado por su hermano Francisco a quien todo aquel barullo incomodaba e inquietaba para el porvenir, Juan María abandonaba el techo paterno, que ya no debía volver a ver nunca. Iba a encontrarse con su vicario, el Padre Raimundo, que se había comprometido a acompañarle a Nuestra Señora de Beaumont, a veinte leguas de distancia, en el corazón de los

Dombes. Apenas hubo llegado allí y después de celebrada su Misa, declaró:

"El Buen Dios no me quiere aquí. Regresemos a Ars."

Llorando y rezando, en coche desde Beaumont a Amberieux y luego a pie de Amberieux a Ars, no pronunció una sola palabra durante todo el trayecto.

Vió de nuevo su campanario. Las dos campanas doblaban. La parroquia entera estaba allí, incluso los trilladores, que habían abandonado su tarea.

"—¿Todo estaba perdido, entonces? —dijo— ¡Pues bien! Todo ha sido encontrado. No voy a dejaros más, hijos míos."

Dió varias vueltas a la plaza. Sollozaba de alegría. Sus manos temblaban al bendecir. Había prometido no marcharse de nuevo: diez años mantuvo su promesa.

. . . .

Cuando, luego de algunos días de calma, vió a la oleada de peregrinos asaltar su confesonario, tuvo una frase ingenua:

"¿Qué hubiera sido de tantos pobres pecadores?"

¿Es que no había pensado en ello antes? ¿Era tan poderosa, pues, la tentación de huir, que le hacía olvidar las necesidades de aquellos penitentes?

En un santo, todo es contradicción. No podemos concebir el drama que desgarra su alma cuando, llegado al límite del don de sí mismo, no puede ya mortificarse más que oponiendo los dos Mandamientos de la ley (que se incluyen en uno solo, que son *el mismo* Mandamiento, según nos dice Nuestro Señor en el Evangelio):

"Amarás al Señor Dios tuyo, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu. . .

"Y a tu prójimo como a tí mismo."

El santo temerá privar a Dios de lo que da al

prójimo y privar al prójimo de lo que da a Dios. Siendo así que, en realidad, lo que da a Uno lo da a los otros y viceversa.

¿La oración o las obras? ¿Las obras o la oración?

Tal será el dilema que oprimirá al párroco de Ars en su torno, hasta el último día de su vida.

Indudablemente, Dios contesta: *"las obras en la oración"* o *"la oración en las obras"*. Pero en este caso, se arregla para que tan luminosa contestación no brinde la calma a su elegido.

Un contemplativo sería demasiado dichoso —vale decir, *estacionado*— si no envidiara algunas veces la actividad visible del apóstol. Y lo mismo a la inversa, el apóstol lo sería si no estuviese celoso alguna vez de la oración oscura del contemplativo.

Es por eso que ocurre que Dios arroja al contemplativo en la refriega y destierra al apóstol al desierto. Esa desgracia, que es una gracia, lleva a uno y a otro más lejos de lo que hubiera podido hacerlo la pendiente lógica de su vocación aparente.

V

Así, pues, el Padre Vianney se somete.

Pero en realidad no está curado. La enfermedad cuyo germen lleva en sí desde hace casi medio siglo — nos referimos al amor de Dios por Dios— estará sujeta a recaídas. Sus feligreses no pueden creer que haya pecado; el Padre Vianney no peca y eso es, justamente, lo que les alarma. Si, en conciencia, su deserción fué justificada por poco que fuese, volverá a insistir: bastará que el espíritu vuelva a soplar.

En 1846, el Padre Vianney se ha inscrito en la Orden Tercera de María y en 1848 en la de San Francisco. ¿Va a hacerse capuchino? No son las ganas, no, lo que le falta. Un sacerdote que le escucha en confesión lo disuade de aquel proyecto. Pero, entretanto, los Padres Maristas han fundado en la Neyliére una casa para los contemplativos; en ella se observa un silencio perpetuo. ¡Qué oportunidad! ¿no es cierto? Precisamente el santo Obispo de Belley acaba de morir y es reemplazado por Monseñor Chalandon, su coadjutor. La firmeza, y la amistad también, de Monseñor Devie parecían ser los únicos obstáculos opuestos al deseo del Padre Vianney. ¿Aberración? ¿Inspiración? ¿Es que el Padre Vianney se considera libre? El 1º de setiembre, a mediodía, comunica en secreto a Catalina Lassagne que el día 5 se dirigirá a casa de su cuñado, en las cercanías de Lyon, desde donde irá a la Neyliére.

"He pensado que esta vez debo marcharme."

La buena mujer puso el grito en el cielo; la hizo callar. Precisamente al otro día, el Padre Raimundo, su orgulloso vicario, le presentaba un nuevo auxiliar, el Padre Toccanier, hombre sencillo, afable y lleno de celo, y le comunicaba que el nuevo Obispo le concedería en adelante tantos ayudantes como fuera preciso. ¿No era, aquello, un síntoma providencial?

En el fondo, sabía muy bien que Monseñor se opondría a su partida. Por lo mismo, había resuelto no avisarle hasta que se hallara fuera de su alcance. Al efecto, llegado el momento, entregó una carta a Catalina Lassagne. Tal vez ésta, que es muy difícil fechar: en todo caso, del mismo tenor:

"Monseñor, cada día me vuelvo más enfermizo. Tengo que pasar parte de la noche en una silla o levantarme tres o cuatro veces cada hora. Sufro desvanecimientos en mi confesonario, que se prolongan dos o tres minutos. . .

"En vista de mis dolencias y de mi edad, quiero decir adiós a Ars para siempre."

"VIANNEY, pobre desdichado sacerdote".

Catalina Lassagne, autorizada por el Padre Vianney, ha confiado su secreto a María Filliat, su compañera. Las pobres muchachas, con la muerte en el alma, están dispuestas a ayudar en la fuga a su querido párroco. Una de ellas llevará las provisiones. Pero, a esa edad, más de sesenta y siete años, no podrá realizar a pie tan largo viaje. Por lo tanto, ponen al corriente del asunto al sacristán, para que se preocupe de conseguir un coche. Pero el sacristán avisa al Hermano Atanasio, que a su vez previene al Padre Toccanier.

"Vigilen —indica el nuevo vicario—. Si se marcha, llámenme."

A medianoche, el vicario, apostado en la plaza, puede ver por la ventana al Padre Vianney, armado con su breviario, su sombrero y su paraguas, disponiéndose a abandonar la casa.

Deja bajar al párroco. Este va al encuentro de Catalina y María: una lleva un canasto y la otra una linterna. Pero el Padre Toccanier, el sacristán y el Hermano Atanasio le cierran el paso.

"—Me han traicionado ustedes —exclama el Padre Vianey."

—"¿Donde va usted? —pregunta el Hermano Atanasio—. Usted quiere abandonarnos. Pues bien, tocaremos a rebato."

El sacristán agrega:

"—Y le seguiremos en procesión".

—"Háganlo —contesta el santo, cuya decisión es firme—. Y déjenme marchar."

Pero el sacristán se apodera de la linterna; simulando guiarlo, alumbra los pasos del Padre Vianney, no hacia el puentecito tendido sobre el Formans, sino en dirección a un camino desviado que lleva de vuelta al pueblo. Entretanto, el rumor de las voces ha dado el alerta a los peregrinos que velan a las puertas del templo y a los vecinos de la casa parroquial. El Padre Vianney está atrapado. No escucha a nadie, se orienta solo y huye. En el momento de cruzar el arroyo por el puentecito, el Padre Toccanier le detiene.

—"No irá más lejos, señor párroco."

Y a tiempo que habla, le arrebata su Breviario.

—"¡Devuélvamelo!"

Pero el Breviario ha desaparecido.

—"Bueno, lo rezaré en Lyon."

María Filliat replica:

"—Permanecerá usted un día entero sin rezar su oficio?

—Tengo otro en casa. Voy a buscarlo."

Regresa, pues, a la casa parroquial. En ese momento, se oye tocar a rebato.

—"¡El Angelus!" —grita una voz.

El Padre Vianney se hinca de rodillas y lo reza piadosamente.

En su biblioteca, que ha sido desordenada, le cuesta trabajo dar con el volumen en cuestión. Al pasar sus ojos se fijan en el retrato del Obispo difunto.

—"Le mira mal desde el cielo —indica el vicario.

—No, no. . . No me retará; ahora, él sabe muy bien que necesito ir a llorar mi pobre vida."

La obstinación, la inquietud tal vez, le dan un rostro sombrío y cerrado; atropella casi al alcalde y se lanza en dirección al patio.

Pero el patio está lleno de gente, feligreses y amigos. Lo toman suavemente del brazo, le sonríen . . . Parece enternecerse; diríase que ríe y llora al mismo tiempo . . . Pero no se rinde. Alcanza a abrir la puerta. En-

tonces, desemboca de la iglesia un batallón de mujeres que se lanzan a sus pies.

—"No se vaya sin escucharnos —claman—. No, buen Padre, no nos abandone. . ."

Y aprovechando la oportunidad, el Padre Toccanier toma la palabra:

—"¿Cómo es posible que usted, señor párroco, que conoce de memoria la vida de los Santos, olvide el celo de San Martín, que, con la mano ya en su corona, exclama: "No rehuso el trabajo?" ¿Y a San Felipe Neri, que decía que, si al llegar al umbral del Paraíso un pecador venía a reclamar su ministerio, abandonaría gustoso la corte celestial para escucharle?"

Como sea que las súplicas redoblaban, el Padre Vianney terminó por comprender que aquella era la voluntad de Dios.

—"Vamos a la iglesia" dijo.

Se echó a los pies del Tabernáculo y permaneció allí largo rato. Después entró en la sacristía, se puso el sobrepelliz y se dirigió al confesonario: fué llevado hasta allí en triunfo, cuenta un testigo.

Después de la Misa, el vicario general vino a notificarle oficialmente la decisión del Obispo. Estaba aceptada por adelantado. El Padre Vianney parecía más tranquilo que nunca. Al recordarle alguien los incidentes épicos de la noche anterior, no encontró más que una frase para contestar:

"Hice una chiquillada".

No cabe duda que, en aquella oportunidad, el santo párroco no era dueño de sí mismo. Estaba poseído —o por lo menos extraviado— por el diablo. Este había logrado insinuar en su conciencia de escrupuloso, este monstruoso sofisma: *que un sacerdote de la Iglesia puede obedecer a Dios, desobedeciendo a la Iglesia.* Era el único punto vulnerable: el diablo supo dar con él

Su influencia oculta no se mostró nunca tan manifiesta en la vida del Padre Vianney; ni jamás estuvo, tampoco, tan cerca de triunfar. El destino de los Santos es ser conducidos de pronto hasta el borde del abismo (como lo fué Nuestro Señor en la montaña y en el pináculo del Templo) por el mismo Satanás, con el permiso de Dios.

VI

El Padre Vianney sabe, ahora, lo que Dios quiere para él: que renuncie a la soledad. El deseo legítimo que tenía de ello —y que sigue teniendo, por cuanto lo conservará hasta su muerte— es la última manifestación del espíritu propio que le falta violentar. Si no lo comprendía, el demonio en persona, por medio de la furia de sus ataques, se lo revela. El "demonio" está vencido: acaba de jugar su último triunfo.

Sin embargo, un año después, intenta un ataque brusco. Se trata de un hecho misterioso del que jamás se ha podido conocer a los actores. Pero el *autor* ha firmado.

Cuando ya nadie piensa en una fuga, una noche, a las once y media, un coche arrastrado por dos caballos entra al galope en el pueblo y se detiene detrás de la iglesia. Algunos hombres se apean del vehículo y se apostan frente a la casa parroquial. Cuando el párroco sale de ella, a medianoche según su costumbre habitual, uno de los hombres se le acerca, le pone una mano sobre el brazo y le indica vivamente:

—"Señor párroco, si quiere usted marcharse, ahí tenemos un coche. . ."

¿Desaprovechará la oportunidad?

—"No tengo el permiso de mi Obispo" contesta

rápidamente. Y se refugia en el sagrado recinto.

El mismo año, encontrándose gravemente enfermo su hermano mayor, el Padre Vianney accedió a ir a visitarlo a Dardilly.

"Poco acostumbrado a los vehículos y debilitado por la indisposición que usted conoce —escribía el Padre Toccanier a su Obispo—, no pudo soportar mucho tiempo el traqueteo del camino. Al llegar a Parcieux: "No puedo seguir adelante, dijo; me siento desfallecer". Los caminos estaban cubiertos de nieve y de hielo. Al subir los Grandes Balmes, ya le había dado el mal de montaña. Entonces se bajó del coche y subió la cuesta a pie. Se le quiso cortar una rama de un seto para hacerle un bastón, pero se opuso a ello, porque "hubiera sido un robo". Pasaba un hombre cargado con un montón de ramas; le compró una por cuarenta sueldos. En esa forma recorrió tres o cuatro kilómetros, lentamente, a ratos en el coche y a ratos a pie, alternativamente."

En Barcieux ya no daba más. Decidió regresar. Cuando regresaba a su pueblo, se cruzó con una diligencia cargada de peregrinos que se marchaban decepcionados. Lo reconocieron de inmediato y fueron en pos de él. Entre ellos los había que no se habían confesado desde hacía cuarenta años.

—"Ya lo ve usted, señor párroco —le dice el sacristán—; el buen Dios le ha detenido Él mismo para devolverlo de inmediato a la obra que le es cara por encima de todo."

No contestó. Había recobrado su fuerza de alma. Ya no sentía el cansancio. Apenas acababa de llegar quiso volver al confesonario.

Su hermano, que vivió todavía algunos meses, le hizo pedir insistentemente que fuera por ferrocarril. Se negó. Tampoco asistió a sus funerales. No estaba bastante seguro de sí mismo. Para mayor seguridad, había renunciado.

Así terminó la gran tentación que puso al Padre Vianney a dos dedos de su perdición, pero, una vez vencida, terminó de purificarle. Nunca conoció otra más grave. Porque esa había tomado la máscara del amor a Dios.

CAPITULO VII

LA MEJOR PARTE

I

Frente a semejante existencia, el historiador se siente como desprovisto de recursos.

Ateniéndose a su actividad exterior, nunca se termina con el bueno del Padre Vianney. "No es preciso tener éxito para emprender". El Padre Vianney no deja de emprender. . . y tiene éxito. En la medida de sus fuerzas, imita el Amor de Dios, cuya virtud intrínseca es diseminarse.

El confesonario, la correspondencia, los desdichados, los importunos, las obras, las deudas, el mal humor de su vicario, las molestias del demonio, los dolores de muelas y los internos, los pinchazos del cilicio, la privación de alimento y de sueño y por último las dudas acerca de su vocación y la conciencia de su miseria —*pues hay que poner todo eso junto, ya que todo ello pesa a la vez*—; ¿se ha visto nunca a un hombre agobiado por tantas cruces? Uno llega a pensar que sus tentativas de fuga no fueron tanto la obra del espíritu

maligno, como del cansancio del "animal". El Padre Vianney es un pobre hombre, tiene un pobre cuerpo y su pobre cuerpo no puede más. Unos años más y será abrumado con una molesta tos que le obligará a permanecer en vela, incluso cuando ya el maligno haya levantado el sitio.

Dios rehusa el descanso a ese pobre cuerpo. Y sin embargo, ese pobre cuerpo permanece en su puesto y ese pobre cuerpo se mantiene firme. En eso hay un misterio. Un médico que examinó al santo párroco, más de diez años antes de su muerte, declaró que, tal como estaba y con la vida que llevaba "la ciencia no podía explicarse como permanecía vivo". No tenía ya lo necesario para vivir, pero no se desprendía de su tarea. A veces, cuando se ponía a la labor, ya subiendo al púlpito, ya penetrando en el confesonario, se le veía encorvarse; hubiérase dicho que se vaciaba de substancia. Y, de pronto, su tarea le hacía erguirse; la gracia obraba plenamente y el sacerdote resucitaba al hombre.

Se conservaba enteramente lúcido, siempre rápido en las respuestas y seguro en los consejos. Había conservado una excelente vista y un oído muy fino. Unicamente su voz bajó de tono, pero no por ello la mezquinaba. Y, sobretodo, ni el cansancio, ni la enfermedad, ni los años, alteraron en ningún momento la maravillosa igualdad de su humor. Salía del confesonario, destrozado por los pecados de los hombres; del púlpito de la verdad todavía empapado de lágrimas y jadeante de súplicas, para entregarse a la muchedumbre cada vez más densa que lo tironeaba de todos lados, en la calle, en la sacristía, en la nave misma de la iglesia; y aún apretujado, tironeado, empujado, no abandonaba nunca su sonrisa, su cortesía y su dulzura.

He ahí el signo de la santidad. Inexorable con los principios, infaliblemente compasiva con las criaturas.

Implacable para consigo misma, profundamente amena y reverente con el prójimo. "El Cura de Ars —escribe el Padre Monnin— no se sentaba nunca delante de nadie y no permitía que nadie permaneciese de pie delante de él." Rechazaba los cumplidos, aún los más discretos. *"Presento a usted mis respetos"* era su fórmula de saludo habitual. Sin embargo llamaba a sus penitentes "hijita mía", pero por bondad. Ya sabemos que no le gustaba el mundo y hablar por hablar le parecía una pérdida de tiempo. De todos modos, cuando recibía a sus cofrades, a parientes o a amigos íntimos, no temía divertirles con la gracia de sus salidas, siempre espirituales y vivaces. Sin la menor curiosidad por todo aquello que no era de Dios, interesábase sin embargo por todo y no ignoraba casi nada de lo que sucedía en el siglo. No había visto nunca un ferrocarril, y no tenía interés en verlo; pero cuando se hablaba de ello, hacía alusión al carro de Elías. En esa forma, con un pinchazo amable, llevaba siempre de nuevo la conversación al terreno que, según él, no debía abandonar nunca, puesto que la preocupación única del hombre debería ser su salvación.

Es preciso reconocer que tenía mucha espiritualidad natural y su espíritu sobrenatural sacaba partido de ello sin esfuerzo; parecía que aquella fuera fecundada y refinada por éste. Sus frases encantadoras, agradables y profundas, son innumerables.

—"Generalmente se cree que usted es un ignorante, Padre —le decía una vez una religiosa.

—Y no se equivocan, hija mía —contestó el Padre Vianney—. Pero no importa; de todos modos, siempre podré decirle más de lo que podrá usted hacer".

A una dama aristócrata para quien se le pedían reliquias, le replicó maliciosamente:

"¡Que las haga!"

Y a otra, que deseaba saber "cómo hay que ir hacia Dios":

—"Directamente, como una bala de cañón."

Basta hojear la colección de sus lecciones de catecismo (luego de la transformación de "La Providencia" era en la iglesia donde las dictaba y los peregrinos no se las perdían) para encontrar en cada página una imagen inesperada y tan natural como elocuente, o un enunciado sencillísimo, pero aguzado como una punta de flecha y que alcanza lejos. La lectura de esa recopilación es una admirable lección de estilo, pero de un estilo que no se aprende. No decir nada más que lo que debe decirse y extraer todo el efecto del pensamiento solamente. Tal es el caso del Evangelio, el caso del estilo de todos los Santos, especialmente de San Francisco de Asís y de los Santos franceses. En las frases directas de Juana de Arco y en las del Padre Vianney se descubre el mismo verbo popular, el de un pueblo que habla con precisión, ve claro y dice la verdad: la certidumbre de la fé en la precisión del pensamiento.

"Para nuestro cuerpo, la muerte no es más que una *lejía*".

"No estamos en la tierra sino en *depósito*, por un breve momentito".

"Al morir, hacemos una *restitución*".

"Cuando se va a confesar, es necesario comprender lo que va a hacerse; puede decirse que se va a *desclavar* a Nuestro Señor".

"Hay que hacer la señal de la Cruz con mucho respeto. Se comienza *por la cabeza:* es el jefe, la creación, *el Padre; luego, el corazón:* el amor, la vida, la redención, *el Hijo; los hombros:* la fuerza, *el Espíritu Santo*".

"Todo nos recuerda la Cruz. *Nosotros mismos estamos hechos en forma de cruz*".

Estas figuras, estos trazos no son flores de retórica, sino frutos de meditación que hay que masticar lentamente y que pueden alimentar ampliamente. No pertenecen a un Santo inaccesible, sino a un hombre como nosotros y que piensa por nosotros, con igual cabeza sólida, pero inspirada. No hay una sola de esas proposiciones que no sea teológicamente verdadera. El Padre Monnin había quedado impresionado por una expresión que usaba a menudo el párroco de Ars:

"El corazón de los Santos es líquido".

Encontró una imagen parecida en la *Suma Teológica* que el Padre Vianney no había leído nunca: el primer efecto del amor, según el Doctor Angélico, es la *liquefacción* del corazón.

Si se reprocha a la Gracia perjudicar a la Naturaleza, ningún ejemplo demuestra mejor la falsedad de semejante aserto: por el contrario, cicatrizando su herida, la restablece en su plenitud. En el transcurso de esa larga vida anormal, sofocada, especializada, —falsedad inclusive, dirán los paganos— encontramos hasta el fin en el Padre Vianney, el tipo más puro del campesino de Francia. Todas las cualidades naturales de su persona, la delicadeza, el buen sentido y la cortesía —esa "gentileza" que se encuentra en Juana de Arco y en San Francisco— floreciendo sobre una base sólida y terca, en lugar de borrarse, se destacan. Será más *él mismo* en el último día que en el primero.

En rigor, el exceso de trabajo, las pruebas, las maceraciones que habían arruinado su cuerpo, deberían haber agriado el carácter, obnubilado el espíritu. Pero lo mismo que el aparato sensorial, el aparato mental resiste. El caso escapa a la comprensión de los psicólogos, igual que a la de los médicos. Freud, que lo explica todo por el rechazo, se vería obligado a admitir que el pobre Padre Vianney dispensa, irradia a su alrededor, incompara-

blemente mucha más vida de la que rechaza. Hay que buscar la fuente en otro lado... más arriba.

En la oración y en el don de la oración. En el don por el que Dios contesta a la oración. A todo lo largo de estas páginas hemos tenido que rozar el asunto. Hay que penetrar más adentro.

II

"Se objetará que el Padre Vianney ya casi no reza. Lamenta la época en que era pastor y rezaba a Dios "tanto como quería". Se reprocha y se duele de no rezar ya tanto como sería preciso... *y sería preciso rezar siempre*. Es por eso que se fugó tres veces, etc."

Dios sabe lo que hace Su Santo —y como reza— mucho mejor que él y que nosotros. Cuando lo ha llevado a su apostolado, seguramente ha considerado suficiente la suma de sus oraciones. El Padre Vianney reza, tal vez sin saberlo. Si cree que le ha correspondido la parte de Marta, se equivoca.

"Marta, Marta ¿por qué te inquietas?..."

Por muy ocupado que esté, por muy activo, por muy agitado, el Padre Vianney no ha de haber recibido nunca de su Señor ese dulce reproche. ¿Acaso cabe considerar que Marta hubiera mantenido ese tren de vida durante treinta años, sin interrupción, sin un solo día de descanso, si con igual constancia y la misma asiduidad María no hubiera rezado por ella, *en ella?* Activos, contemplativos... ¿Es necesario clasificar y oponer a los amigos de Dios? Los activos no obran tanto sino porque rezan tanto. El Padre Vianney parece Marta y es María.

"Cuanto más se reza, más se quiere rezar" nos dice.

Y más lo que se ha dado de oración parece ínfimo.

El Padre Vianney aspira a rezar más, precisamente porque reza mucho, porque reza enormemente, porque vive en la oración como un pez en el agua, que no tiene conciencia del agua y al que no hace falta menos del mar entero para sentirse vivir en él. Ni siquiera retirado en el fondo de una cartuja, el Padre Vianney no hubiera tenido lo suficiente. Porque lo quiere todo. Y la sed del elegido no será apagada sino en el cielo, en el manantial de la eternidad.

¿Qué es la oración? Una orientación. Se orientarán los pensamientos, las palabras, el espíritu y el corazón, así como también los actos y los gestos —hasta los más comunes y los más vulgares— hacia la Luz que los valoriza. Una Hermana de San Vicente de Paul que venda rápida y hábilmente a un herido o que limpia maquinalmente el piso de la cocina, orienta la venda que enrolla y la escoba que mueve, hacia Dios. Si está bien afirmada en su fe y en su amor, será así sin que lo advierta siquiera. Desde el día que el Padre Vianney no podrá dar exclusivamente a Dios mas que el tiempo de su Misa y de su Breviario, se arreglará, como la buena Hermana, para ponerse en disposición y en posición de adoración y de alabanza: permanecerá en ella hasta la noche, hasta el momento —demasiado corto— en que las exigencias del ministerio no parecerán poner ya una pantalla entre él y Dios. Gritará de alegría al volver a encontrarle: no le habrá perdido de vista ni un segundo.

Privilegio sagrado. No lo posee quien quiere. Comprado y, sin embargo, gratuito. Un Don. Y un Don no es un intercambio. O lo es, pero espantosamente desigual. El hombre da lo que puede, muy poco; Dios pone el resto. Y, sin faltar a la Justicia, podría no darlo. Pero Dios no falta al Amor.

Para obtener semejante Don, he aquí lo que da el Padre Vianney (1):

Desde por la mañana, así dispusiera sólo de un segundo, eleva su corazón. Da gracias a Dios por cada uno de sus latidos. Se hinca de rodillas frente al Tabernáculo, con la certidumbre de que cuando se halla de pie en derredor, cuando vive, respira y piensa, y él mismo en primer lugar, no piensa, no respira, no vive, no se mantiene de pie sino por la presencia real, en la Hostia, del Dios que está entero en ella. ¿Por qué buscar a Dios en las profundidades de lo abstracto, cuando Su Divinidad y la Humanidad que asume están allí, cuando bastan unas pocas palabras del sacerdote para *fijarlas* en una rodaja de pan blanco? Jesús vivo, crucificado y triunfante, indisolublemente ligado al Padre y al Espíritu Santo, he aquí el don que nos ha sido hecho. Es como el centro visible del mundo. Bastaría poder fijar los ojos en él. Pero el sacerdote lo toca y, lo mismo que los fieles, lo recibe en su boca y se alimenta de él. Si el hombre supiera conservar en sí al Dios que recibe en la Misa, ninguno de sus actos, ninguna de sus penas debería costarle: sería capaz de todo.

"Lo llevo a la derecha y se queda en la derecha, lo llevo a la izquierda y se queda en la izquierda" decía el párroco de Ars, refiriéndose a Dios en la Hostia.

¡Qué lección de obediencia! Cuando Dios está en nosotros —y reside en toda alma en estado de gracia— somos nosotros quienes debemos dejarnos llevar a derecha e izquierda, según lo haya decidido Él. Habitado por Dios, el hombre abdica; Dios obra en él y por él.

(1) Es decir, lo que tomará porque no se da nada que no se haya recibido antes, y como decía Jacques Riviére:
"Lo que tiene de fastidioso el catolicismo, es que nunca se tiene ningún mérito".
Los propios méritos no se poseerían sin Dios.

"Cuando el Padre Vianney predicaba al pie del altar —indica el Padre Monnin— estaba tan impresionado por la Presencia Real, que llegaba casi a perder la respiración y la voz".

Un día, declaraba:

"No tenemos sino una fe distante trescientas leguas de su objeto, como si el Buen Dios estuviese al otro lado de los mares. Si tuviéramos una fe viva, penetrante, como los Santos, veríamos a Nuestro Señor como ellos. *Hay sacerdotes que Lo ven todos los días en la Misa*".

¿Lo veía él? Eso se desprende del capítulo de los consuelos. Organicemos progresivamente nuestra búsqueda.

Así, pues, el punto culminante de su jornada era la Misa; partía de ella y quedaba bajo el efecto de su primer impulso. La celebraba, ni demasiado rápidamente, por reverencia, ni demasiado lentamente, para no llamar la atención. Por lo demás, como nos dice el Padre Monnin, "consultaba más bien la utilidad de todos que su atractivo y su piedad".

Un peregrino que fué varias veces su ayudante observó que "el único momento en que se mostraba más lento que los otros sacerdotes, era antes de la Comunión".

"Terminadas las oraciones y litúrgicas, se producía un coloquio misterioso entre Nuestro Señor Jesucristo y Su servidor. El Padre Vianney contemplaba la Sagrada Hostia con amor. Su boca profería palabras. Se detenía, escuchaba, volvía a hablar y, con el esfuerzo visible del amigo que se separa del amigo, después de un momento de vacilación, consumía las Sagradas Especias".

"Permanecía hasta cinco minutos en una especie de éxtasis" refiere otro... y lloraba. Se le vió contemplar la Hostia, "tan pronto con lágrimas, como con una sonrisa". Un día, incluso, se atrevió a decirle, según ha confesado él mismo ingenuamente:

"Dios mío, si supiera que debiera tener la desdicha de no verte durante la eternidad, puesto que ahora Te tengo, no Te soltaría".

Permanecía perdido en Dios hasta el final de su acción de gracias. "Cuando se ha comulgado —exclama en una de sus lecciones de catecismo— el alma se solaza en el bálsamo del amor, como la abeja en las flores".

Entonces, entraba en la liza.

Para fijar su pensamiento a todo lo largo del día, a pesar de los lazos y de los paréntesis a que lo arrastraban y amenazaban distraerlo sus penitentes, elegía para cada día un tema de meditación sencillo y grande, sobre el que se afirmaba con fuerza. El domingo era la Santísima Trinidad, el lunes el Espíritu Santo, el martes los Ángeles Custodios, el miércoles la Corte Celestial, el jueves la Eucaristía, el viernes la Pasión, el sábado la Virgen Inmaculada.

Con el mismo propósito de simplificación "había agregado a las distintas horas del Breviario el recuerdo de las diversas escenas de la Pasión".

El recuerdo de sus Santos seguía a continuación; no necesitaba esforzarse para pensar en ellos; cada uno tenía su aposento en la iglesia, como él mismo tenía su sacristía y su confesonario; eran sus inquilinos y sus vecinos.

En ese terreno sólido y firme, la oración podía encontrar apoyo. No tenía tiempo, ni deseos, por otra parte, de perderse en las preparaciones sabias que aconsejan los manuales. A medida que su ministerio y sus deberes para con los pecadores se hacían más complejos, él se volvía cada vez más sencillo. Se *tomaba en cuenta* cada vez menos. *Era* más cada vez. Porque el ser es sencillo por naturaleza. Se vaciaba para dar lugar al Ser mismo que es la Sencillez misma, por su indestructible Unidad. Pronto debió llegar a esa *oración de sencillez* en la que, según nos dice el Padre Poulain (citado por el Padre F. Trochu), "la intención reemplaza en gran parte a los razonamientos, en la que los afectos y decisiones son poco variados y traducidos en pocas palabras". Tal vez hasta sin pasar por los estadios intermedios o, por lo menos, sin detenerse en ellos. Noche activa, noche pasiva (de los sentidos y del espíritu), camino purgativo, camino iluminativo, camino unitivo, según la progresión marcada por San Juan de la Cruz, constituyen un drama entre él y Dios, cuyo misterio no podemos penetrar. Lo mismo que la acción, la oración no le cuesta esfuerzo alguno: en lo sucesivo se mueve en Dios.

"¡Oh! ¡Cuán bienaventurados son aquellos que —indica San Francisco de Sales— luego de haber discurrido acerca de la cantidad de motivos que tienen para amar a Dios, limitando sus miradas en una sola dirección y todos sus pensamientos en una sola conclusión, detienen su espíritu en la unidad de la contemplación, a ejemplo del gran San Francisco que, hincado de rodillas en oración, pasó la noche entera en estas palabras: *¡Oh, Dios, Tú eres mi Dios y mi Todo!*"

Es como el estribillo del Padre Vianney. (Refiriéndose a ese humilde párroco, se puede hablar familiarmente de su oración más elevada.) Zumba sin cesar en su cabeza y en su corazón como una abeja de oro. Mientras confiesa y aconseja, hay en él dos hombres distintos: el que dosifica los dones de Dios para los penitentes, de acuerdo a su caso particular y a sus necesidades, y el que dice a Dios: "Te amo". Es el segundo, el que ama (tal vez el que "ve") quien permite al primero comprenderlo todo con media palabra y contestar rápido y claro, con aquella seguridad que confunde. Y el segundo no es distraído de su amor y de su oración por el primero. Está orientado, se abre. La suprema actividad frente a las criaturas, la suprema pasividad en presencia del Creador.

Hace un rato nos preguntábamos como podía sostenerse el Padre Vianney. ¡Oh! ¡Todo se explica! Mientras da, no cesa un momento de recibir.

III

Ese es todo el secreto de su existencia. Es en vano que aspire a "la mejor parte": la tiene ya. La tiene en sus preocupaciones, en sus tentaciones, en sus sufrimientos, en sus oscuridades, en su exceso de trabajo de cada día. Se le cree débil y es fuerte, se le cree cansado y está dispuesto, se le cree triste y está alegre. Sus desconsuelos no son nada en comparación con los consuelos de que Dios le colma.

Cuando el diablo le molestaba, cuando le privaba del sueño, ¿creen ustedes, acaso, que el Padre Vianney no empleaba sus veladas forzosas más que en sentir miedo o en burlarse del intruso? Si refería gustoso sus bromas ¿no sería para ocultar el reverso de ellas? Cuando suplicaba a Dios que le mandara sus Santos y sus Ángeles para protegerle contra el Maligno ¿venían aquellos acaso? ¡Quién sabe si no era en ese momento cuando Dios derramaba sobre el Santo sus favores más maravillosos!

De las "visiones" intelectuales del Padre Vianney, de los oscuros esplendores de que ha disfrutado, de esa desnudez total de las formas imaginativas y sensibles que constituyen el carácter de la "visión", no tenemos otras pruebas que sus miradas que atravesaban más allá de los objetos, su sonrisa luminosa, su llanto alegre. No parecía ya pertenecer a este mundo; estaba como aislado de él por una "gloria" que llevaba a través de la muchedumbre con humildad conmovedora. Pero, aunque no sean estos los principales, Dios no desdeña dar a sus Santos consuelos visibles, primicias de las alegrías que gozarán en

el cielo después de la resurrección de la carne. Tal vez el Padre Vianney, durante la celebración de la Misa, veía con sus propios ojos a Su Señor, en carne y hueso. Por lo menos, ha sido sorprendido en diversas oportunidades en conversación con la Santísima Virgen y algunas palabras involuntarias nos inducen a suponer que la pequeña iglesia y la antigua habitación del presbiterio eran incesantemente favorecidas por apariciones radiantes. Dios tenía en ellas Su Corte. Júzguese de ello por los ejemplos siguientes:

—"¿Reza usted todavía de noche? —le preguntó en los últimos tiempos de su vida el Padre Toccanier.

—Cuando me despierto. No me queda mucho tiempo de vida y hay que aprovechar todos los momentos.

—¿Se acuesta usted sobre un lecho duro y no duerme mucho?

—¡Oh! —contestó el Santo en tono de arrobamiento—. *No siempre es duro el lecho*. . ."

No dijo más y el Padre Tocannier no insistió.

En 1859, una persona respetable le interrogaba acerca de la dirección a dar a una obra.

"Me resultaba un poco difícil conocer la voluntad de Dios —explicó el Santo— Santa Filomena se me apareció; bajó del cielo, hermosa, luminosa, rodeada por una nube blanca; y me ha dicho: "Tus obras son buenas, porque no hay nada más precioso que la salvación de las almas".

Confesiones semejantes son excepcionales. El Padre Vianney ocultaba celosamente, por reverencia y por humildad, esos privilegios. Sin embargo, dos veces distintas, la primera en presencia del Padre Toccanier, la segunda frente al Padre Monnin, aludió a una visita nocturna —y no precisamente el "garfio"— y a una voz "muy dulce" que murmuró a su oído:

"In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum".

"¿Era, tal vez, su Ángel Custodio?"

El Padre Vianney no negó.

Algunos incrédulos quizá pretendan que había soñado. En tal caso, otros soñaron con él, pues he aquí lo que nos cuentan:

La señora Durié, que recolectaba fondos para las obras del Padre Vianney, llegó a Ars en la mañana del día 8 de mayo de 1840. Teniendo que hacer entrega de una elevada suma al santo varón, fué introducida en la casa parroquial por Catalina Lassagne. Al subir la escalera, oyó dos voces en el aposento. Una, infinitamente dulce, decía:

"¿Qué pides?"

La otra, la del párroco, contestó:

"¡Ah, madre mía! Pido la conversión de los pecadores, el consuelo de los afligidos, el alivio de los enfermos y, en particular, de una persona que sufre desde hace mucho tiempo y que reclama la muerte o la curación".

Se trataba de la señora Durié.

"Curará, pero más adelante" repuso la voz dulcísima.

La señora Durié no pudo contenerse más y empujó la puerta.

"¡Cuál no sería mi sorpresa —escribe— al ver, de pie delante de la chimenea, una señora de estatura corriente, ataviada con un vestido de extraordinaria blancura, en el que aparecían sembradas una cantidad de rosas de oro! Sus zapatos me parecieron blancos como la nieve. En sus manos refulgían los más ricos diamantes. Su frente se hallaba ceñida por una corona de estrellas que tenían el brillo del sol: quedé deslumbrada.

"Cuando pude fijar en ella mis miradas, la ví sonreir dulcemente.

"—Madre mía querida —le dije al punto—. Llévame, pues, al Cielo.

—"Más adelante.

—¡Ah! Ya es hora, Madre mía.

—"Siempre serás mi hija y siempre seré tu madre".

"Y apenas hubo pronunciado estas palabras, desapareció."

Cuando la señora Durié se recobró, vió al párroco "de pie delante de la mesa, con las manos cruzadas sobre el pecho, el rostro resplandeciente y la mirada fija". Temió que estuviera muerto. Se le acercó y le tiró de la sotana. Entonces, el sacerdote exclamó:

"—Dios mío! ¿Eres Tú?

—"No, Padre, soy yo."

El Padre Vianney salió de su éxtasis.

"—Qué ha visto usted? —le preguntó la señora Durié.

—Una dama.

—Yo también la he visto. ¿Quién es?

—Si habla de eso, no volverá usted a poner los pies aquí.

—¿Puedo decirle lo que he pensado, Padre? He creído que era la Santísima Virgen.

—Y no se ha equivocado usted."

Y agregó, espontáneamente:

"—Con la Santísima Virgen y Santa Filomena, nos conocemos muy bien".

Estas visitas datan de antes. Hacia 1828, una penitente esperaba, para confesarse, el final de una conversación que sostenía en la sacristía el párroco con una dama, una dama muy distinguida, ataviada sobriamente y como todo el mundo, pero de blanco. Habiéndose apartado la dama, la penitente se acercó a su vez.

"—Por qué no se ha aproximado usted de inmediato? —le preguntó el Padre Vianney.

—Pero, porque estaba usted conversando, Padre.

—¡Ah! ¿Ha visto usted a esa dama?"

El Padre Vianney no dijo más. La dama misteriosa había desaparecido, no se sabe por donde (1).

Un convertido por el Padre Vianney, Francisco Bourdin, habiendo confesado siete veces consecutivas, no se sentía aún, sin embargo, la conciencia completamente tranquila. Juzgando que no se hallaba en estado de gracia, no se atrevía a acercarse a la mesa de Comunión. Volvió a tomar turno frente al confesonario del Padre Vianney y se arrodilló en último término. En aquel momento, sin fijarse en él, el Padre Vianney se levantó de su escabel para conversar con una dama "maravillosamente bella, vestida de azul celeste y un poco mayor que él". El coloquio —silencioso— se prolongó alrededor de media hora. La dama observaba al penitente con suma bondad. "Sintió como si un peso inmenso fuera quitado de su pecho, la impresión sensible de la gracia en su corazón". Entonces ocultó el rostro entre sus manos. Unos momentos más tarde, el Padre Vianney le tocó en el hombro; la puerta continuaba cerrada, pero la dama había desaparecido.

"—Vaya, amigo mío —indicó el párroco con suma dulzura—. Vaya en paz. No necesita confesarse: con toda seguridad se halla usted en gracia de Dios."

Había visto a María, "llena de gracia".

Después de esto, acaso no cause sorpresa el hecho de que un joven sacerdote que pasaba sus vacaciones en Ars, hubiera notado, una vez, una claridad inexplicable que salía del tejado de la casa parroquial; y que un párroco de Chalon-sur-Saone, durante la oración de la tarde, viera al Padre Vianney, en el momento de rezar

(1) Otra tradición, que acaso sea una historia distinta, atribuye al párroco estas palabras: "Hija mía, ha visto usted a la Santísima Virgen; es una gracia extraordinaria. No se lo diga a nadie".

el Acto de Caridad, elevarse lentamente del púlpito "hasta que sus pies quedaron a la altura de la barandilla." Y quizá tampoco cause gran extrañeza que una dama de Villefranche-sur-Saone, que no era una exaltada ni muchísimo menos, al inclinarse frente al santo varón para besarle la mano, le oyera decirle "en tono grave, pero muy amable:

"—¡Oh! ¡No me saque mi anillo!"

Entonces, vió en el anular de la mano izquierda del sacerdote, un anillo de oro extraordinariamente brillante, que nadie más vió nunca.

Eso vendría a ser la prueba de que el Padre Vianney, al final de su vida, había escalado todos los grados, sin excepción, del conocimiento místico, y recibido en la tierra el máximo de lo que puede recibirse en ella, antes de la visión del cielo. Había ceñido el anillo misterioso del "matrimonio espiritual", como Santa Teresa de Avila y Santa Catalina de Siena. Estaba casado con Dios. Y, según nos dice San Juan de la Cruz, *"el matrimonio espiritual no tolera el sufrimiento"*. Pero, para un acrecentamiento de méritos, Dios puede hacer excepciones, aún frente a Su Madre.

CAPITULO VIII

LA MUERTE DEL SANTO Y SU TRIUNFO

I

Después de la gran fuga de 1853, el Padre Vianney había doblado el cabo. Quisiéralo o no, era párroco de Ars "por toda la vida".

El Padre Raimundo le había dejado. El diablo también, pero no así la enfermedad y la vejez. Los peregrinos tampoco. En el último año de su vida pudieron contarse cien mil. Entretanto, el Obispado le había dado misioneros, para quienes iba a edificarse en el lugar una gran casa. Para él era un consuelo: su "misión" no terminaría con "su cadáver". Indudablemente, sus colaboradores no podían ahorrarle las tareas más pesadas: el confesonario, el catecismo y el púlpito. Puesto que permanecía en Ars, era para mantenerse firme en la brecha. . . y no era a los demás a quienes se quería oir y ver. Pero se ingeniaban para protegerle contra los importunos, para evitarle las molestias inútiles, para cuidarle y para servirle. En la escuela de niñas las Hermanas de San José; en la de varones, los Hermanos de la Sagrada Familia; sus abnegadas servidoras; el alcalde

Des Garets y todo un grupo de fieles que se habían radicado en la comarca: los señores Cuol, Julien, Veret, Pagés, de la Batie, etc. eran otros tantos corazones de los que recibía la ayuda.

No tenía más remedio que dejar hacer. Se le alimentaba mejor. Aceptaba un poco de carne y un dedo de vino al mediodía. En invierno, sin que lo supiera, deslizaban una estufita debajo de la tabla móvil del confesonario en la que apoyaba los pies. Tenía que acostumbrarse, también, a no sufrir contrariedades ni reproches, a verse cada vez más admirado, honrado y venerado. Penitencia al revés, pues aceptaba como tal todas las muestras de afecto y de respeto. Por otra parte, no se dejaba engañar por las ilusiones de la buena gente a su respecto y consideraba que, en realidad, no valía mucho.

Tenía horror a las distinciones. Para sí. En los demás le imponían. Era más célebre que el más célebre de todos los canónigos del mundo. Por lo mismo, Monseñor Devie había considerado inútil imponerle la muceta. Cuando su sucesor, Monseñor Chalandon, dió al santo sacerdote tan poco agradable sorpresa, el 25 de octubre de 1850, apenas si permitió que se la impusieran. Se cuenta que, después del *Veni Creator,* buscó refugio en la sacristía para arrancarse de los hombros la esclavina de seda y armiño. Se le hizo notar que aquello sería inferir un insulto a Monseñor y reapareció ataviado en aquella forma, pero se refugió en el hueco de una ventana. Cuando regresó a la casa parroquial, "tenía el aspecto de un condenado a muerte". Nunca volvió a endosar aquel ornamento y lo vendió para dedicar el producto a una de sus obras.

Dos años después, como consecuencia de una gestión emprendida por el marqueés de Castellane, a la sazón sub-prefecto de Trevoux, el ministro de Instrucción Pública y Culto, con motivo de la fiesta del Emperador, otorgaba al Padre Vianney la cinta roja de la Legión de Honor. En el informe, podían leerse párrafos del tenor siguiente:

"La confianza de las poblaciones en el señor capellán de Ars es ilimitada: es esa fe angélica que transporta las montañas. Así, se mencionan varios hechos que sería difícil explicar mediante causas simplemente naturales".

¿Cómo recibiría en la actualidad semejante recomendación un ministro de la República?

El alcalde vino a anunciar la noticia al Padre Vianney. Este no pestañeó siquiera.

"¿Es dinero para mis pobres?

—No; sólo se trata de una distinción.

—En tal caso, le ruego se sirva decir al Emperador que no la quiero."

El alcalde no hizo tal cosa, pero el Padre Vianney se negó a permitir que prendieran la cruz en su sotana. Habiendo llegado un artista para hacer el retrato del nuevo condecorado, éste le indicó jovialmente:

"Le aconsejo que me pinte con mi muceta y mi cruz de honor y escriba al pie del retrato: *nada, orgullo*".

Temía que Dios en el cielo, le dijera:

"Vete, ya has recibido tu recompensa".

Esas fruslerías se deslizaban por encima de él; solamente para los demás eran oportunidades de risa; porque un santo puede resultar cómico cuando defiende su querida humildad. La defiende contra los pintores, escultores, fotógrafos; no es sino por sorpresa que se consigue fijar sus rasgos y amenaza al artista con expulsarlo. En esa época de gran celebridad, se destacan una gran inquietud y una gran alegría. Esta última fué la definición del Dogma de la Inmaculada Concepción por el Soberano Pontífice Pío IX, el 8 de diciembre de 1854. No debemos olvidar que el Padre Vianney había consagrado su parro-

quia a María, sin pecado concebida; dotado a cada casa de su pueblo con una ingenua imagen en colores de la Santísima Virgen, firmada por él; que había colgado al cuello de la Virgen Milagrosa un pequeño corazón de oro conteniendo una cinta de seda en la que se hallaban escritos los nombres de todos sus feligreses. ¡No debemos olvidar, sobre todo, que la había visto Inmaculada! Por lo tanto, en aquella oportunidad, estrenó en la Misa Mayor una magnífica casulla "de terciopelo azul recamado en oro"; subió al púlpito y habló; por la tarde, él mismo tocó la campana para dar la señal de la iluminación; finalmente, recorrió las calles con sus cofrades en una procesión de antorchas. Porque nunca había dudado de que la Bienaventurada Virgen María, estuvo "Preservada de toda mancha del pecado original desde el primer momento de su concepción".

La gran inquietud del Padre Vianney se relaciona, también, con la Santísima Virgen. No necesitamos explicar a nadie lo que fué la Aparición de la Salette en 1846 (magníficamente celebrada en un libro de León Bloy). La Señora "que lloraba" habló a dos pastorcitos, Melania Mathieu y Maximiliano Giraud, confiándoles secretos terribles. La autenticidad del hecho fué puesta en duda; se suscitaron polémicas. El Padre Vianney, que poseía el sentido de lo sobrenatural, creyó al principio en el hecho. Pero en 1850, por motivos que sería demasiado largo referir, condujeron a su presencia a Maximiliano. Era un muchacho raro, cansado de ser interrogado y de responder, que contestó de una manera tan vaga y tan extraña, que el Padre Vianney empezó a dudar. El mandamiento de Monseñor de Grenoble le tranquilizó, sin convencerle por completo. Renunció a una devoción que le había sido muy dulce: le complacía que la Reina de los Ángeles, que se le había aparecido a él en secreto, se hubiese manifestado brillantemente a dos niños. Ocho años

estuvo esperando una señal. Al término de los cuales se rindió. Había precisado determinada suma; la había pedido a Nuestra Señora de la Salette y al día señalado la recibió casi al centavo.

Así fué disipada su última duda, casi su última tristeza; porque también la guerra de Italia le inquietó; por la Silla de Pedro, a la que estaba unido filialmente, y por Francia... ¿Previó y predijo, como se afirma, 1870 y 1914? El hecho no es seguro, pero sí posible; porque su mirada penetraba en el tiempo. Pero había alcanzado una serenidad que le permitía ubicar en su verdadero plano todas las miserias humanas. Convertir a los vivos y redimir a los muertos; no tenía otra finalidad en la tierra.

En resumen, ahora era demasiado dichoso: podía morir.

II

Parecía fijado en la vejez. Sus largos cabellos rizados habían encanecido desde hacía más de veinte años. No cabía imaginarlo más reducido, más descarnado, más descolorido, ni más diáfano. Su cuerpo, dice el Padre Monnin, evocaba la idea de "lo que los antiguos llamaban una *sombra*. Realmente se veía a través de él, y el alma, ardiendo en los ojos cada vez más profundos y más grandes, iluminaba por transparencia la cera amarilla del rostro y de las manos". Una tos incesante lo convulsionaba; para bajar la escalera tenía que aferrarse a la pared; desfallecía sin cesar y, sin embargo, no se caía nunca. Se terminaba por creer que no caería nunca, que el alma había resuelto, por la gracia de Dios, vivir en el interior de una momia y comunicarse a través de ella con el mundo de los pecadores. En rigor, si el "cadaver" había permanecido en pie y andado hasta entonces, no se veía razón nin-

guna para que la Providencia se abstuviera de prolongar la paradoja hasta el fin de los siglos. Párroco de Ars para toda la eternidad. El mundo precisaba todavía de él.

El curso de su vida no había cambiado. Daba siempre dieciseis o diecisiete horas al confesionario. Se instalaba siempre en la silla de las lecciones de catecismo, cerca de la capilla de la Santísima Virgen y hablaba casi sin voz, con gestos, miradas y lágrimas, a la muchedumbre siempre creciente de peregrinos, de la gran bondad de Dios. La gente se agolpaba a su alrededor; todo un mundo al que había despertado de su sueño, se apresuraba a aprovechar sus últimas enseñanzas y sus últimas bendiciones, para revivir con la vida del alma. La atmósfera era sofocante. No parecía darse cuenta de ello.

Es que ocultaba cuidadosamente su mal. Puesto que la voluntad de Dios le había negado el retiro que deseaba, había resuelto morir en la tarea. Veía llegar su fin; probablemente sabía la fecha exacta del mismo; no admitía pasar meses o semanas en un lecho: reunía cuantas reservas le quedaban para obrar con plenitud y conciencia hasta el fin. Nunca había tenido la mente tan clara.

Hablaba a menudo de su muerte.

"Nos vamos. . . pronto habrá que morir."

Para Corpus Christi de 1859, renunció a llevar la Custodia; la tomó para "bendecir por última vez" a su pueblo.

El 18 de julio del mismo año, recibió la visita de la señora Durié, de quien se recordará que había visto a la Santísima Virgen en el aposento del sacerdote.

"Me quedan pocos días de vida —le dijo—. Necesito tiempo para prepararme. No lo repita. Querrían apresurarse para las confesiones y me sentiría abrumado."

"No sé —agregó llorando— si he llenado bien las funciones de mi ministerio.

—Padre, pida a Dios que le deje todavía un tiempo entre nosotros.

—No, el Buen Dios no lo permitirá.

—Entonces, Padre, ¿cuándo va usted a morir?

—Si no es a fines del mes actual, será al principio del próximo."

La señora Durié regresó a Ars al día siguiente de su muerte.

Hacía un calor espantoso. Se supo que el Padre Vianney, al dirigirse a la Iglesia a medianoche, se había caído varias veces, en su aposento y en la escalera. Sin embargo, "recorrió el círculo ordinario de sus tareas". Pero a la noche, al regresar a su aposento, se desplomó en una silla. Esto sucedía el 29 de Julio.

"Ya no puedo más" dijo.

Nunca se había quejado, sino riéndose:

"Los pecadores matarán al pecador. . . ¡Ah! Sé de alguien que resultaría bien embromado si no fuera al paraíso. . . *A menudo, pienso que, aunque no hubiese otra vida, sería una dicha bastante grande amar a Dios en ésta, servirle y poder hacer algo por Su gloria*".

Esta vez, estaba junto al final.

A la una de la madrugada llamó a Catalina Lassagne.

"Ha llegado mi pobre fin —dijo— hay que ir a buscar al señor párroco de Jassans."

El hermano sacristán, que le seguía siempre como su sombra, lo encontró helado en su lecho. Acudió al Padre Toccanier y trató de reanimarle:

"Santa Filomena le curará, como hace dieciseis años.

—¡Oh! Santa Filomena no podrá hacer nada".

Por primera vez en su vida, los peregrinos no le vieron bajar. Algunos acudieron junto a su lecho a terminar sus confesiones.

En el transcurso de la mañana, aceptó un colchón y bebió lo que le dieron para beber. Las moscas corrían por su cara. Cuando una Hermana de San José las espantaba con su pañuelo, indicó en voz baja:

"Déjeme con mis pobres moscas... Lo único que molesta es el pecado".

Se confesó sencillamente, con lucidez; estaba tan lejos de la desesperación como del éxtasis. Pero parecía dichoso.

Los peregrinos asaltaban la casa, hacían presentar al enfermo objetos para bendecir... y se hacían bendecir ellos mismos; eran los privilegiados. La muchedumbre, amontonada en la plaza, reclamaba al santo varón: éste la bendecía desde su lecho: cuando levantaba la mano se hacía tintinear una campanilla y todo el mundo se hincaba de rodillas en el suelo.

¡Cuántas oraciones! ¡Cuántas lágrimas! Se pedía salvajemente a Santa Filomena que obtuviera la realización de un milagro para su amigo. Una persona vino "a suplicarle con las manos unidas que pidiera a Dios su curación. Clavó en ella una mirada brillante y profunda y sin contestar una sola palabra, indicó que no con un movimiento de cabeza".

Estuvo así cuatro días.

"No se le veía mover los labios —explica un testigo—, pero sus ojos permanecían fijos en el cielo y permitían suponer que se hallaba en contemplación. Creo que entonces había en él algo de extraordinario."

El martes, alrededor de las tres de la madrugada, el tañido de la campana anunció la entrada del Señor en la casa parroquial. "Una veintena de sacerdotes, con cirios en la mano, escoltaban el Santísimo Sacramento".

"Es triste comulgar por última vez", indicó el santo varón.

"Se incorporó por sí solo, juntó las manos y sus lágrimas corrieron más abundantes. Su confesor le administró el Viático y luego la Extremaunción."

Por la tarde estuvo a visitarle Monseñor de Belley; el Padre Vianney le reconoció y le dió las gracias. Luego, a las dos de la madrugada, "sin sacudidas, sin agonía, sin violencia", se durmió en el Señor, en el preciso momento en que el joven sacerdote que rezaba junto a su cabecera las preces de la recomendación del alma (era, precisamente, el Padre Monnin), pronunciaba estas palabras:

"Veniant illi obvium Sancti Angeli Dei et perducant eam in civitatem coelestem Jerusalem".

Y hubo gran fiesta en la Jerusalén celestial.

III

Entonces se supo todo lo que había hecho. A partir de su muerte, entre un tumulto de lamentaciones y de sollozos, hubo una inmensa cosecha de testimonios. Los cuerpos que había curado, las almas que había salvado, las obras que había fundado, las vocaciones que había guiado. Todo quiso atestiguar el inagotable beneficio.

En el gran cuadro de Paul Borel que representa al Cura de Ars en el umbral de la puerta de la sacristía, indicando a los penitentes que se acerquen, el soplo que agita e hincha sus ropas, expresa maravillosamente la corriente de amor que suscitaba su simple aproximación. La inmensa muchedumbre que siguió sus restos a través de las calles de la aldea, el 6 de agosto de 1859 —trescientos sacerdotes o religiosos y seis mil fieles— fué sacudida por entero, estremecida con un mismo estremecimiento. Había desfilado por espacio de cua-

renta y ocho horas por la sala de la planta baja, donde se hallaba expuesto el cuerpo, revestido con el alzacuello y el roquete blanco que apenas había dejado en toda su vida. Había vuelto a encontrar a su santo tan dulce y tranquilo como si viviera, sin una sola arruga que delatara la muerte y la alteración de su ser. Todos sus bienes habían sido depositados para evitar el saqueo piadoso de ellos. Algunas mujeres "traían sus delantales llenos de imágenes, cruces, rosarios y medallas" para frotarlos en su cuerpo. . . Cuando apareció el féretro, hubo un silencio tan hermoso y una reverencia tan profunda que se tuvo la impresión de que la muchedumbre no lloraba y no saludaba a un hombre. Sólo al ver aquello, un indiferente exclamó, como el verdugo de Juana de Arco:

"Era un santo".

Y sintió la gracia penetrar en él.

No se conducía a Juan María Vianney a la tumba, sino al triunfo. Había alegría en las lamentaciones y luz en los llantos.

¿Quién era, sin embargo, aquel hombre? Nada más que un buen párroco de aldea, pero que había pretendido serlo y que lo fué plenamente, ejemplarmente y hasta el fin.

"Ahora bien —diría el cuento—, todo eso tenía lugar en Francia, en un siglo que se vanagloriaba de haber perdido la fe, la esperanza y la caridad."

Tres años después, Monseñor de Langalerie entabló el *Proceso del Ordinario* y recibió la declaración de setenta testigos. En 1865 llevó copia de ello a Roma. El 6 de febrero de 1866, Pío IX, a pesar de la regla que fija un plazo de diez años, abrió el *Proceso Apostólico*. La invasión de Roma retrasó la terminación del mismo. Pero el 30 de octubre de 1872, el Cura de Ars era declarado *Venerable* y el 8 de enero de

1905, bajo y por el Papa Pío X, que había sido párroco como él, *Beato* y, también, "patrono de todos los sacerdotes de Francia con cura de almas". Finalmente, el 1º de noviembre de 1924, Pío XI lo canonizaba en San Pedro, en presencia de doscientos Obispos y de treinta y cinco Cardenales.

En lo sucesivo, tendría en Ars su culto aprobado y su relicario. La peregrinación, aunque menos densa, no sería menos constante; las maravillas, aunque más raras, no menos probatorias. Se construiría allí, para él y para su Santita, una basílica que no expresa, ¡ay!, ni la gloria, por cuanto es fea, ni la pobreza, por cuanto es lujosa. Hay que cerrar los ojos y prosternarse frente al altar, en espíritu y en verdad. Pero la antigua iglesita que Pío X ha salvado de la destrucción, nos ofrece su refugio incomparable. El coro ha sido derribado para dar acceso a la vista a falsos esplendores; pero todo lo demás se ha conservado intacto, las paredes, el púlpito grande y el menor, las capillas, la sacristía. . . Por la mañana, cuando el venerable sucesor del Santo Cura, desde lo alto del púlpito, propone un tema a la meditación de un puñado de fieles y de buenas Hermanas, leyendo suavemente una frase y dándole tiempo luego, mediante una pausa de algunos segundos, a que haga su camino en nosotros, se cree oir pasar el alma del santo varón. Es la misma calidad de sencillez, de silencio y de oración que en su tiempo.

¿De dónde viene eso? Es que él se encuentra siempre allí, con sus Santos y sus Santas; que ha impregnado con su hálito todos los objetos ante los cuales ha rezado; y que la santidad no es pasajera, como la gloria. Las obras maestras perecerán: los cuadros, los mármoles, los libros, incluso aquellos que parecen haber sido algo inspirados por el Amor. Aunque también esa aldea, y esa iglesia, y la plaza, y la casa parroquial

(donde los Santos se dignaron entrar), y, en fin, todo cuanto se muestra al peregrino y le conmueve por su misma desnudez, puedan ser destruídos un día por la guerra, por el motín o por la impiedad, la oración del Santo no perecerá: porque *prosigue como él mismo*, y todas las obras humanas no deberán quizá más que a ella, durar lo que durarán.

FIN

BIBLIOGRAFIA

El Cura de Ars, por el Padre Alfredo Monnin, 2 vol. (Téqui, editor).

El Beato Cura de Ars, por José Vianney, 1 vol. (V. Lecoffre, editor) Col. "Los Santos".

El Cura de Ars, según todos los documentos del Proceso de Canonización, por el Padre Francisco Trochu, 1 vol. (Emmanuel Vitte, editor).

El Espíritu del Cura de Ars, 1 vol., por el Padre Monnin.

Catecismo del Cura de Ars, por M. Convert.

Sermones del Cura de Ars, por M. Convert.

El Cura de Ars, un capítulo de Andrés Thérive. **En la vida y las obras de algunos Santos** (Librería de Francia, editor).

Anales de Ars, publicación mensual.

INDICE

Este libro terminó de imprimirse el día 16 de septiembre de 1943, en los TALLERES GRAFICOS URQUIZA - Pueyrredon 1057 - Buenos Aires